

PREMIO ESTATAL DE LITERATURA | 2022 | Novela |

Una peluca rubia

Mónica Elizabeth González Rameño



|PeL|

Una peluca rubia

Mónica Elizabeth González Rameño

|PeL|

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA

Marina del Pilar Ávila Olmeda

Gobernadora Constitucional del Estado de Baja California

Alma Delia Ábrego Ceballos

Secretaria de Cultura y Directora General
del Instituto de Cultura de Baja California

Antonio Espinosa Rivas

Subsecretario de Cultura y
Coordinador General de Educación Artística y Fomento a la Lectura

Francisco Javier Fernández Acévez

Director Editorial y de Fomento a la Lectura

Una peluca rubia

D.R. © 2023 Mónica Elizabeth González Rameño

D.R. © 2023 Instituto de Cultura de Baja California.
Av. Álvaro Obregón #1209, colonia Nueva,
Mexicali, Baja California, C.P. 21100

Primera edición, 2023.

ISBN de la versión impresa: 978-607-8661-29-9

Coordinación editorial: Elma Aurea Correa Neri

Diseño editorial: Rosa Espinoza

Corrección ortotipográfica: Néstor de J. Robles Gutiérrez

Ilustración de portada: Yajaira Villaseñor Ruelas

Foto de la autora en solapas: Silvia Yoldi

Jurado calificador: Josué Camacho, Abril Castillo y Alejandro Espinoza

Queda prohibida, sin la autorización expresa del autor y editor, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial, por cualquier medio o procedimiento, comprendida la reprografía y tratamiento tipográfico.

IMPRESO EN MÉXICO / PRINTED IN MEXICO

Este programa es de carácter público, no es patrocinado ni promovido por partido político alguno y sus recursos provienen de los impuestos que pagan todos los contribuyentes. Está prohibido el uso de este programa con fines políticos electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos. Quien haga uso indebido de los recursos de este programa deberá ser denunciado y sancionado de acuerdo con la ley aplicable y ante autoridad competente.

PREMIO ESTATAL DE LITERATURA | 2022 | **Novela** |

Una peluca rubia

Mónica Elizabeth González Rameño



**BAJA
CALIFORNIA**
GOBIERNO DEL ESTADO

CULTURA

Secretaría de Cultura
Instituto de Cultura de Baja California

PRESENTACIÓN

En sus 33 años de historia, los Premios Estatales de Literatura han sido un semillero para el talento emergente de las letras en Baja California. También han fungido como espacio para el desarrollo de la trayectoria artística de más de 70 personas premiadas y publicadas.

En este largo periodo, Baja California evolucionó en muchos sentidos. Hemos sido testigos del acelerado dinamismo social, cultural, político y económico de nuestra sociedad fronteriza en la última década del siglo xx y las primeras dos del siglo xxi, en que pasamos de tener cuatro municipios (Ensenada, Mexicali, Tecate y Tijuana) a un total de siete, con la fundación de Playas de Rosarito en 1995, San Quintín en 2020 y el más reciente, San Felipe, en 2021. A su vez, el ámbito literario sufrió una transformación importante, con la aparición de escuelas de artes y literatura, así como de múltiples medios impresos y digitales que abonaron al florecimiento de los géneros literarios, tanto en foros oficiales como en una rica tradición de editoriales y escenas independientes.

Poco a poco se volvió común ver en presentaciones editoriales y en mesas de lectura a mujeres y hombres de distintas generaciones, con un pulso diverso en perfiles, inquietudes e intereses, que compartían, sin embargo, la poderosa experiencia de ser y vivir en la frontera. El gremio literario en Baja California

ganó notoriedad en una vasta gama de quehaceres, desde la labor periodística a la tenacidad de la poesía, pasando por la intensa voz de la dramaturgia y el aliento de la narrativa, con presencia en revistas, libros, antologías, fanzines y blogs.

Una ojeada en perspectiva nos permite descubrir el notable esfuerzo de profesionalización en las habilidades literarias y la búsqueda de espacios para la manifestación de las artes y la literatura, con un aumento en el roce entre pares en eventos locales, regionales y también fuera de nuestra latitud. Existen casos de quienes, de manera posterior o paralela a obtener uno o más de los Premios Estatales de Literatura, crecieron en el aprecio de los lectores para trascender en la escena nacional y, en algunos casos, internacional.

Al encabezar el proyecto cultural que hoy nos ocupa, con el impulso y liderazgo de nuestra Gobernadora del Estado, Marina del Pilar Ávila Olmeda, tuvimos clara la necesidad de replantear las condiciones de los Premios Estatales de Literatura, no solo para poner al día asuntos incumplidos de administraciones previas, sino para responder a la exigencia de los tiempos y forjar un renovado prestigio del certamen en el mediano y largo plazo. La ilusión sigue intacta: queremos tener en nuestras manos obras literarias de calidad, bien editadas, con una política amplia e inclusiva de distribución para llegar a una gran cantidad de lectores.

Como primer paso, se tomó la determinación de incrementar la bolsa individual que se mantuvo por décadas, pasando de 25 mil pesos a 40 mil pesos en todas las categorías. Asimismo, a partir de la edición 2022-2023 se integró a las ocho categorías existentes la de crónica, para alentar la producción de esta manifestación literaria que captura la expresión de los acontecimientos y la vida cotidiana en nuestros tiempos. Cabe mencionar que, en la contienda inicial, la categoría de crónica fue declarada desierta, lo que derivó en talleres especializados para detonar la habilidad técnica y el entusiasmo en la escritura de este género. De igual manera, apostamos por el diseño editorial como ele-

mento crítico en la elaboración de los títulos, para contar con obras en formato digital e impreso y dar vida al objeto que tanto nos atañe e inspira: el libro.

El fallo de la presente edición, que da lugar a la colección que integra el presente libro, favoreció a cuatro mujeres y a tres hombres. Es alentador saber que seis de las siete obras corresponden a nuevas voces, siendo en algunos casos su primer libro publicado.

En la categoría de novela, el jurado describió así los méritos de la obra ganadora *Una peluca rubia*, de Mónica Elizabeth González Rameño:

Destaca la originalidad e hilaridad de la trama. Presenta una diversidad de registros y un buen manejo de los diálogos que permite conocer a los personajes y su interrelación, con una prosa amena y envolvente. La obra logra crear atmósferas tanto oníricas como reales que se desarrollan en un territorio mexicalense, al mismo tiempo que en un entorno surrealista que permite conocer la cotidianidad de un circo y las experiencias de la realidad urbana.

Esperamos que la difusión de los títulos ganadores de los Premios Estatales de Literatura 2022 favorezca la continuidad creativa de las escritoras y los escritores en nuestra entidad, para beneplácito de la población lectora en Baja California.

Alma Delia Ábrego Ceballos

Secretaria de Cultura y Directora General
del Instituto de Cultura de Baja California

|Capítulo 1|

La feria

“Pásele, pásele a ver a la Mujer Tarántula”, se oye en un altavoz: “el show está a punto de comenzar. Niño, tráete a tu papá, vengán a ver a La Juana, la Mujer Tarántula viva. No vengán solos, traigan a sus padres. En cinco minutos comenzamos”.

Ella sabe que hay público para todos, aún para las distracciones. Pero ella es la mejor. La Mujer Tarántula es la estrella y la carpa León lo sabe. Por eso el espectáculo es cada hora. En cuanto empiecen las luces de su espectáculo, mucha gente se volverá hacia Ella.

Los asistentes a La Feria caminan de un lado a otro, hipnotizados con el olor a gorditas de nata que se deja sentir a varios metros. Sólo el puesto de la rata los despierta:

—¡Pásele y juegue! Si la rata marca su numerito usted gana, ponga la ficha en el numerito. Una ficha, un premio, dos fichas, dos premios... y se va y se corre!

Antes de la prohibición de animales en circos y ferias, había un hombre apodado “El Mirinda” que tenía unas ratas de campo y una ruleta de casino. Había construido un mueble como una barra de bar de forma cuadrada donde se sentaban las personas. En esa barra había hoyos grandes por donde cabían sus ratas y caían a una trampa. Cada hoyo tenía un número. En el centro de todo eso giraba un pedestal durante 15 segundos con una de

sus ratas encerrada con una campana de vidrio; segundos en los cuales el animalito no respiraba porque la cubierta de vidrio impedía la entrada del aire. Todo esto sucedería siempre y cuando hubiera más de cinco participantes. Sólo entonces comenzaba el juego de la rata:

—¡Se va y se corre! —gritaba El Mirinda.

Y cuando salía de su encierro, mareada, la rata buscaba refugiarse en uno de los hoyos de la barra que estaban numerados. Cuando ya se iba a meter a uno de los hoyos, la gente le gritaba: “¡No, a ese no!”, como si la rata entendiera. Finalmente, la rata se metía a un hoyo y la gente ganaba un premio.

—¡Vamos de nuevo, Chalán! —gritaba El Mirinda—. ¡Apúrate! ¡Saca la rata!

La Mujer Tarántula esperaba en su casa rodante, que por un lado presentaba el escenario de este espectáculo y, por el otro, su camerino. Observando de cerca vemos a Paty la asistente que le pone la peluca y le ayudada a maquillarse. Ella mira el espejo y ve una mujer rubia de bello rostro; pero como es miope, no pone cuidado en el exceso de lápiz negro que la asistente le ha puesto alrededor de los ojos verde humano. En cambio, un fantástico sentido del tacto impera en sus diez patas, y su cuerpo peludo distingue hasta el movimiento más fino. Por ello, percibe las pisadas de los transeúntes y puede notar quiénes se detienen frente al escaparate y quiénes siguen su camino. El Jarocho, su asistente, se acerca intentando no hacer ruido; pero al balancearse con una pierna más corta que la otra, no lo logra.

—Ya te siento, Jarocho —ella le habla con voz grave cuando se enfada—. Te pedí de favor que trapearas el agua que estaba tirada en el piso.

—Así lo hice, mi señora. El hombre se inclina hacia adelante en actitud servil.

—Pero no lo hiciste cuando te lo pedí, sino hasta ahorita. Todavía está húmedo y no me gusta sentir la humedad, Jarocho... —se coloca en su posición antes de que abran la cortina—. En fin, enciende las luces, por favor.

El altavoz comienza a reproducir la grabación del espectáculo: “La Carpa León presenta el espectáculo donde lo desconocido se ha vuelto real: Juana, la Mujer Tarántula. Pase usted. Bienvenidos a ver a la mujer que fue maldecida por sus padres, acérquese...”.

Los visitantes pagan 30 pesos para ver a través de una mica. “Y ahora, con ustedes La Mujer Tarántula”. El Jarocho verifica que todos traigan boleto antes de abrir la cortina del escaparate, donde Juana aparece recostada sobre una cama en tono morado con luces rojizas. La visibilidad no es buena, pero la grabación sigue: “Ella era una muchachita normal hace años, incluso iba a la escuela...”.

En una vitrina como de panadería, Juana recostada sobre una cama alta reposa de lado con las patas enredadas unas encima de otras, sin posibilidad de mover su cuerpo completo, sólo la cabeza. Al centro de la cama, una luz brillante ilumina su cabeza humana con cabellos rubios. La grabación continúa: “Hace varios meses, unos campesinos la encontraron en la selva michoacana y la capturaron, pensando que era una bruja...”.

La voz masculina del narrador se dirige a ella:

—Díganos, señorita, ¿por qué se encuentra en ese terrible estado?

Ella levanta la cabeza y grita:

—Es una maldición de mis padres por no obedecerles.

Se hace el silencio. La luz blanca le lastima los ojos, piensa, pero el trabajo es el trabajo y sólo quedan unos minutos. Alguien de entre los espectadores, que siempre es El Jarocho, le grita:

—¿De qué te alimentas, Mujer Tarántula?

—De insectos y animales rastreros... y algún niño perdido que se suelte de la mano de papá o mamá.

El Jarocho vuelve a preguntar:

—¿Qué le quieres decir a la gente, Mujer Tarántula?

—A ustedes, adultos, quieran a sus hijos por sobre todas las cosas y edúquenlos para comportarse como humanos y convivir

en sociedad, respetando a los animales. A ustedes, niños, pórtense bien con todos: con otras personas, con los seres vivos, pero principalmente, pórtense bien con ustedes mismos.

Se quedan inmóviles unos cuantos segundos. Ella sabe que no es un espectáculo agradable, así que no puede extenderse mucho tiempo. Se apagan las luces y El Jarocho corre la pesada cortina que cubre el ventanal de plástico. El escenario que da hacia el público queda cubierto, y la escena en penumbra. Entonces, El Mirinda recupera la atención de los transeúntes:

—¡A mil pesos la ficha, vengan, participen! ¡Todos llevan premio grande! ¡La rata es la que decide su suerte! ¡Le compra al Chalán sus fichas y usted pone la ficha donde desee! ¡Antes de que el Chalán abra la copa, todos tienen que tener sus manos fuera de la línea de apuesta!

—¡Chalán, quieren fichas! —El Mirinda señala a nuevos jugadores con sus manotas como de guantes de beisbol.

—¡Chalán, saca las manos de todos! En este momento la rata se va a meter a su numerito... Que Chaleco saque las manos de todos los participantes. Y se va y se corre... la rata, ¡la rata se mete al diecinueve! ¡Hay ganador! ¡Tenemos número ganador!

Entonces se prende una sirena de luces, de las de antes. Hay muchos premios colgados arriba de donde la rata giraba. Antes, los inspectores de alcoholes no trabajaban y se podían ganar paquetes de 12 cervezas o botellas de bebidas. Otros asistentes limpian el premio y lo alzan como una copa de campeonato. O bien, el premio podía ser un cuadro original pintado por algún artista, mesas de billar o dinero, según lo que el ganador escogiera.

En el extremo opuesto de la casa rodante, su ayudante le quita la peluca rubia.

—Paty, dame agua, por favor. Recuerda que mañana a esta hora iremos al museo.

—Señora, mañana pedí permiso para no venir a trabajar, ya le había avisado, ¿no se acuerda? Va a ir El Jarocho con usted.

Ella, con su ceguera parcial, se mueve apoyándose en el sentido del tacto. Se queda tumbada en su cheslón con las piernas colgando a cada lado, atenta al ritmo de su respiración. En general disfruta de su propia compañía, porque siendo su carácter territorial y posesivo como todas las tarántulas, no permite fácilmente otra presencia en su madriguera. La asistente y El Jarocho salen a los alrededores de la feria, pero de todos modos se turnan para acercarse a las ventanas del camerino cada media hora, por si se le ofrece algo a la señora; gesto que ella agradece en silencio. Afuera, la feria sigue. Al fondo de la calzada, la rata mantiene su propio espectáculo de ventas:

—¡Vamos, saca la rata! —gritaba El Mirinda a su asistente—¡Todos con las manos afuera!

—La rata se va a meter a su numerito... si la rata entra en el número que usted apostó se lleva todo, y va y se corre con la rata! Y la rata da vueltas.

—¡Entró al cincuenta y dos! ¡Hay premio! ¡Chalán, recoge todas fichas!

En aquel tiempo, si la feria era en un pueblo, la gente llegaba con lámparas porque salían de su casa de noche y cruzaban parcelas para llegar aquí o venían a caballo. Pero todos venían a ver las atracciones y especialmente a este tipo de personas: la Mujer Tarántula, el niño de dos cabezas, la niña águila. Pero principalmente la Mujer Tarántula les llamaba mucho la atención. Antes de que hubiera celulares o redes sociales, la gente se creía de todo porque era muy ingenua.

|CAPÍTULO 2|

La denuncia

“¿Qué tengo que hacer yo aquí en el Ministerio Público, maldita sea? Si mi tía no me hubiera traído a rastras con su rollo de ‘Susi, tienes que hacer esto por mí, por tu prima, por la familia’, no estaría aquí, obvio. Como si a mi tía le importara la familia. Todo pa’ poner una demanda por la desaparición de mi prima Teresa, su hija, y aquí estamos frente a un escritorio. Lo único bueno es que me salvé de ir a la prepa hoy y no me tuve que levantar a las cinco. Mi mamá le llamó a la tutora de mi grupo y me van a justificar la falta.

”En realidad, mi tía y su hija nunca se han llevado bien, porque la verdad mi tía es bien gacha con ella, conmigo, con todos; hasta con la pobre muchacha que la está atendiendo ahorita, que porque le molesta que esté la radio prendida. Pero si es lo único que alegra en esta horrible oficina de color mostaza rancia”.

¡Muy buenos días! Son las diez de la mañana de hoy, lunes 11 de abril. Bienvenidas a su programa, Bossa nova MILF dedicado a todas las mujeres lindas, habitantes de este planeta, aunque nada más nos oigan en esta ciudad y en San Luis. Un saludo en especial a las que andan por los cuarenta y tantos años. Soy su servidor El Chileno y les anuncio que estaremos regalando cinco pases dobles para ver

este fin de semana la Feria de los Hermanos Pérez-Grovas. Anímense porque éste es el último fin de semana de la feria en nuestra ciudad.

“Ahí va mi tía de enfadosa...”.

—¿Le puede apagar al radio por favor? No me deja concentrarme en lo que trato de decirle.

—Sí, señora.

La agente del MP tensa ligeramente el labio superior, pero lo hace sin dejar de mirar el monitor de su computadora. La señora de Jiménez no se percata. La oficina está llena de voces, pues los cinco escritorios de atención al público están ocupados y eso la aturde. Incluso hay personas de pie. Afuera, un hombre despacha tacos *paseados* de huevo con chorizo.

“¿Por qué este montón de gente? A lo mejor porque es lunes y todos se esperaron a que pasara el fin de semana para venir a hacer sus denuncias. Mi tía está peor, porque vino hasta hoy, mientras que la Teresa se fue hace 15 días. Todavía es temprano, afuera está la señora que vende tacos de hielera. Cómo se me antoja uno... mi tía me trajo sin desayunar, me muero de hambre. Me trae de testigo por si se ocupa, pero no voy a decir nada. Esos niños corriendo, supongo que son hijos de las señoras de aquí adentro. Mi tía Mina está aturdida, dice que no se puede concentrar y está pidiendo que la pasen a una oficina privada. De por sí que la concentración es un proceso que no se le da muy bien... tanta desvelada tiene consecuencias sobre el cerebro y ella es bien tira *party*, mi tía. Ahí va de nuevo...”.

—Quiero que quede estipulado en la declaración que mi hija es menor de edad, para que castiguen al tipo que se la robó. ¡Es un corruptor de menores, mi Teresa tiene diecisiete!

“Otra vez mi tía está mintiendo”.

—Señora, ¿quiere poner una denuncia por rapto?

—Hace calor aquí. ¿Por qué no han prendido la refrigeración?

“Se hace mensa, mi tía, bien que sabe que Teresa no fue raptada”.

—Señora, el aire acondicionado está prendido, pero mire toda la gente que hay. De hecho, tengo mucha gente esperando y usted no me ha contestado, ¿desea poner una denuncia por rapto?

“Mi tía toma su bolsa y le empiezan a sonar todas las pulseras de oro que trae puestas. Luego abre la bolsa para ganar tiempo, pero trae los dedos con uñas acrílicas de una pulgada. O sea, dos centímetros y medio, ¿cómo le hace?, quién sabe. Ay, mi tía, ¿pa' qué se hace? Ella es la primera en salir por la noche, antes que su hija. Es más, me consta que mi prima ni sale. Siempre ha sido una morra tranquila. Yo creo que cada quien debe seguir su destino, incluso ella...y mi tía Mina la tiene que dejar ser”.

Cuando por fin voltea hacia la agente del MP, esta continúa las preguntas de rigor:

—¿Por qué se tardó una semana en reportar la desaparición de su hija?

—Pues, es que no sabía qué hacer, como ya me lo había hecho una vez... pensé que iba a regresar.

—¿Ya había desaparecido antes?

—No. Digo, una vez se fue y volvió muy noche, como a las cinco de la mañana...

—¿Hace cuánto tiempo fue eso?

—Hace como dos años, cuando conoció a ese muchacho, Joaquín. Se me fue con él y volvió hasta la mañana siguiente. Pensé que esta vez iba a ser lo mismo, y pues se me fueron pasando los días con todo el trabajo que he tenido en la oficina, ya ve que es época de impuestos. La verdad es que mi hija se me está descarriando y no sé qué hice para merecer este castigo, no sé en qué fallé como madre...

“Yo creo que mi tía se refiere a la vez que Teresa conoció a Joaquín y se quedó en su casa hasta las cuatro de la mañana. Se habían quedado transcribiendo poemas en la computadora, poemas que Teresa traía escritos en el brazo. Ella me contó que cuando regresó en la madrugada, mi tía le dio tres cachetadas ahí

mismo delante de Joaquín. Luego le dijo a él que no era bienvenido y que no volviera a poner un pie en su ‘humilde’ casa de Residencial Milán. También la llevó a rastras con un médico ese mismo día, nomás pa’verificar que seguía siendo virgen...”.

En la oficina color mostaza, la agente del MP continúa con su trabajo:

—Voy a agregar eso a la declaración.

—No, oiga —la madre de Teresa, Guillermina de Jiménez la para en seco— no le va a poner ahí que mi hija es una coscolina ¿o qué? ¿Qué le quiere agregar, que tengo mucho trabajo y no estoy cien por ciento pendiente de mi hija? ¿Ahora me echarán la culpa de su desaparición? ¿Es así como funciona la justicia? Los muchachos son así, pregunte a otras mamás, los hijos y las hijas se gobiernan solos, no nos hacen caso, no sabemos qué es lo que hacen en la escuela. Yo por ejemplo, tengo a la mía en escuela de paga, para ver si ahí sí me la cuidan aunque sea unas horas extra, porque nomás llega a la casa... o sea, nomás sé que es mi hija porque yo la parí, pero se comporta como si yo fuera una desconocida. Y pues yo también tengo mi vida, oiga, aun soy joven; debo hacer mis cosas, ir al gimnasio, si no, ¿cómo cree que mantengo este cuerpo?

“¡Ah, mi tía!, ni cómo ayudarla... hasta mueve los brazos pa’ que le crean que está muy indignada, mientras las pulseras suénele y suénele, a ver si a la salida no le mochan un brazo pa’ robárselas. Pero es plan con maña, porque al mover los brazos se le mueven esas dos grandes cosas que tiene al frente y que carga con grandes escotes. De seguro quiere impresionar a alguien. Ya tuvo que haber visto un agente o un policía que le haya gustado; no de gratis mi tía hace tanto escándalo corporal”.

—Señora, sólo voy a agregar al expediente el dato de la desaparición de su hija hace dos años.

—¡Ah! Usted perdone... agregue también que en la desaparición de este año se llevó mi celular, porque lo traigo perdido desde que ella se fue.

—Se va a asignar al agente Rangel a su caso, y a él se le va a pasar copia de esta declaración. Luego, el agente va a comunicarse con usted cuando tenga noticias o cuando necesite más información. Él va a indagar con los vecinos, con la familia, con los amigos, en la escuela...

—Perdone, pero, en la escuela no quiero que se sepa que hay un agente investigando. Verá, es que yo la reporté enferma y a mis amigas y compañeras les dije que se había ido con su abuela a Sinaloa. Usted sabe, no quiero que la gente murmure. Me ha costado mucho hacerme de una reputación como para que venga esta cría a echarme todo a perder.

“¿Reputación? ¡Ay! Mi tía...”.

—Lo siento, señora, pero el agente va a andar indagando, es su trabajo... ¿Alguna otra información que deba agregarse a esta declaración sobre la desaparición de su hija Teresa Jiménez?

—No, nada más. Me dejó una carta, pero como es correspondencia privada, no quiero que aparezca en esta denuncia.

—Cuando el agente Rangel se entrevistó con usted, se la menciona para que él considere si puede ser una prueba o no.

—Ahí me las arreglaré con él, entonces. ¿Esto va a ser todo, muchacha?

—¿Podría leer su declaración, señora? Revise sus datos y la narración de los hechos y si está de acuerdo, fírmela, por favor.

—Espéreme tantito... oiga, no le entiendo nada, ustedes escriben muy raro. ¿De qué me sirvieron cinco años de universidad si no puedo leer lo que usted escribe?

—Tiene que concentrarse y leerlo, señora. Ahí aparecen sus datos, dirección, ocupación, y que está reportando a su hija como desaparecida. Revíselos por favor. También aparece la información del sospechoso, sus datos, su descripción, etcétera. De igual forma, el documento dice que se va a asignar un agente investigador a su caso, para buscar a su hija.

—Los datos están bien, gracias. Aquí le firmo.

—Gracias a usted, señora. Espere la llamada del agente.

“Salimos por fin, ya casi es mediodía, ya no están los tacos. Los niños ya mejor se metieron a la oficina con refrigeración porque el calor ya arreció. Espero que mi tía me lleve derecho a mi casa, ojalá que no se le ocurra ir a Caléxico y quiera que la acompañe...”.

—¡Tía, por favor, llévame a mi casa!

“¡Vaya! Me llevará a casa, al menos ya con eso se me pasa el enojo de esta mañana, me cae gordo que decidan por mí y no me pregunten primero, ¿qué tal que hoy tuviera un examen en la prepa?... En fin, esa carta que mi tía le mencionó a la MP, ¿qué dirá? Me gustaría leerla. Quién sabe qué mosca le picó a mi prima que después de vivir distanciada de nosotros como diez años, volvió a la casa a visitarnos a mi mamá y a mí. Además, venía muy platicadora. Por ella conocimos a Joaquín, porque venían los dos y jugábamos cartas por las noches o se quedaban a cenar. Hasta celebraron mi cumpleaños número 16 con nosotros, comiendo pastel en casa. Pensábamos que eran novios, pero luego, cuando me empezó a gustar el Joaquín yo misma se lo pregunté y ella me aclaró:

—Prima, tú me conoces que no soy noviera.

”Aunque en realidad hubiera querido decirle ‘morra, apenas te conozco’, pero me quedé callada. Luego, ella dijo que no andaba con él, que no era su tipo. Por eso, no checa que se hayan escapado juntos. No sé cómo su mamá no ve eso. En fin, mi tía no ve lo que no quiere ver. En cambio yo, soy la pareja perfecta para él, platicamos de todo y no me da vergüenza preguntarle cosas. El otro día le pregunté qué significaba eso de *MILF*, porque así se llama el programa de radio donde él es operador. Entonces me dijo, con esa voz grave y pausada que usa siempre que va a explicar algo, que una *MILF* era una doña buenota, que anda pegándole a los 40, pero todavía esta joven y delgada, se arregla bien y, principalmente, tiene hijos. Luego ya no quería decir más para no faltarme al respeto. ¡Awww me encanta, qué tierno! Como yo insistía, me siguió explicando y, casi en susurros, me

dijo muy cerca del oído: ‘En principio son los amigos de sus hijos quienes la desean en secreto, por eso la llaman *MILF*, que en inglés significa Mom I’d Like to Fuck; es decir, la mamá con quien me gustaría... you know...’.

—No sé, dime —me acuerdo que esa vez estábamos en el patio de mi casa y Teresa se había ido a buscar un repelente de mosquitos.

—Pues que les gustaría tener sexo con ella, vaya... ya sabes, del verbo *fuck*.

—Ah... ¡Aaaah! No sabía. ¿De verdad hay doñitas antojables? ¿Es en serio? —inventé esa frase nomás para sostenerle la mirada.

—No existiría el nombre si no fuera así.

¡Y me sostuvo la mirada! Me hormigueaba todo el pecho y me perdí la explicación por estarle mirando los ojos, así que nomás alcancé a pescarle cuando decía:

—Son mujeres que a lo mejor tuvieron a sus hijos muy jóvenes o que se siguen cuidando, que hacen ejercicio... Pero mejor busca en Wikipedia, Susy, ya no quiero hablar de sexo ¿sí?, ya no quiero hablar de sexo porque siento que te estoy ofendiendo.

”¡Ay, hermoso! El tiempo no se siente cuando estoy con él. Así podíamos pasarnos la tarde entera. Aunque casi siempre estábamos los tres, Teresa, él y yo. Pero no le hace, igual estábamos bien los tres juntos. Ahora ya no tenemos eso, y me hace falta”.

PROCURADURIA GENERAL DE JUSTICIA
DEL ESTADO.

Dirección de Averiguaciones Previas

Localización Oficio no. 433/05/211

Fecha y hora: once del mes de abril de dos mil nueve.

Informar a: Centro de Atención a Personas Perdidas (CAPP)

Acta no. 111/05/193/AC

Ciudadano comandante de zona MEXICALI de la Policía del Estado.

PRESENTE.

Sírvase designar elementos a su cargo, a fin de que realicen una investigación en relación a los acontecimientos que dieron origen a la presente Constancia de Hechos, con el objeto de proceder a la búsqueda y localización de la persona TERESA JIMÉNEZ LÓPEZ 17 AÑOS, con fundamento en lo establecido en el Artículo 20 Fracción II, 22 y 24 del Código de Procedimientos Penales, en relación con el Artículo 28 inciso A) Fracción IV y 30 Inciso B) Fracción I, II, inciso C) Fracción I, II e inciso D) Fracción I de la Ley Orgánica de la Procuraduría General de Justicia del Estado.

DATOS DEL DENUNCIANTE:

Nombre: GUILLERMINA LÓPEZ DE JIMÉNEZ	Sexo: Femenino	Edad: 38
Domicilio: C. del Cacao #528	Colonia: Residencial Milán.	Teléfono: 6865670323
Punto de Referencia: Entre calles Pimiento Rojo y La Mora Azul	Lugar de Trabajo: Sistema Nacional de Recaudación de Impuestos (SINARI).	Ocupación: Contador Asesor.

NARRACIÓN:

PRESENTE REPORTA PERSONA DESAPARECIDA DE NOMBRE TERESA JIMÉNEZ LÓPEZ, 17 AÑOS.

Sello de recibido: Policía Judicial del Estado con fecha del 20 de marzo de 2009.

CAPP

RELACIÓN CON EL SOSPECHOSO (AMIGOS, POSIBLEMENTE NOVIOS)

DATOS DEL (LOS) SOSPECHOSO (S)

Nombre: Carlos Joaquín Romero Sexo: M Edad: 21

Domicilio: Calle de la Industria Teléfono---

Lugar que frecuenta: Gimnasio "G" No. 300 Colonia Productividad Lugar de Trabajo: "Q Radio 88.8" Mexicali, BC

Ocupación: Operador de cabina

Tez: Morena

Complexión: Fornido

Nariz: Afilada

Cabello: Negro

Frente: Amplia

Ojos: Cafés

Boca: Pequeña

Barbilla: Partida

Labios: Grueso

Barba: no

Bigote: no

Ceja: Poblada

Peso: --

Estatura: 1.75-1.80 m

Señas Part. NO

Casualidad con causalidad

Teresa Jiménez nunca pensó que un par de ojos audaces pudieran paralizar a alguien de esa forma. Los encontró en el museo de la ciudad.

Era su día libre en el Instituto Depilatorio de Belleza (IDB) y como no quería quedarse en casa peleando de nuevo con su mamá, se salió rumbo al trabajo, tomó el autobús y se bajó en el museo. En otras ocasiones usaba su día libre para atender a las clientas pendientes en lista de espera; pero ese día se le antojó hacer otra cosa. El problema fue que, al llegar a la puerta del museo, no era posible la entrada al público general.

—Pero, señorita —había insistido Teresa—, por favor, no hay ningún letrero en los horarios que diga que cierren el museo ahora, por eso vine. Hoy es mi día libre del trabajo y si no puedo entrar, tendré que esperar una semana más.

—Sí, muchacha, los lunes cerramos —le dijo la empleada, pero al ver su cara de frustración quiso consolarla:

—Mira, de todos modos no te iba a gustar estar aquí —y acercó su cara a la de Teresa—. ¿Has oído de la Mujer Tarántula la de la feria?

Como Teresa asentía con la cabeza, la empleada continuó hablando en secreto:

—Pues reservaron el museo para que ella lo visitara. Es una cosa horrible, ya la vi. Te digo, no creo que te vaya a gustar el museo con ella aquí.

Los ojos almendrados de Teresa manifestaban un gran asombro: por fin podría ver a una Mujer Tarántula de cerca. Desde niña lo había deseado; pero su madre nunca lo permitió, pues decía que no le gustaban las ferias. Así que, pasó saliva y se atrevió a preguntar:

—Oiga, ¿y si le pido permiso a la mujer —no se atrevió a decir “Mujer Tarántula”— de usar el museo mientras ella lo visita? Al fin que nomás soy yo.

—Yo te puedo dejar; pero sólo si ellos te dejan. Les tienes que preguntar directamente, mira, ahí vienen —dijo, mirando por detrás de Teresa—. Esta volteó y vio a dos individuos que se acercaban por la acera: uno era El Jarocho, de tez muy oscura, labios gruesos, cabello corto y chino. Traía sujeta, con una cadena dorada que venía jalando, a la tarántula de talla humana que lo acompañaba. Teresa parpadeó dos veces seguidas antes de fijar su vista en el suelo para no mirar directamente a la acompañante, pues alguien en su infancia le había dicho que era de mala educación observar directamente a los desconocidos, más cuando eran portadores de algún defecto físico. Aun así, alcanzó a ver que era una mujer rubia que en lugar de tener cuerpo humano, tenía cuerpo de tarántula.

La recepcionista que sí los miraba, se mostró optimista.

—A lo mejor sí te dejan estar con ellos, son sólo dos, pensé que serían más.

Ambas mujeres se quitaron de la puerta de vidrio, misma que la empleada dejó abierta y se adentraron en la recepción. Guardaron silencio mientras veían dos piernas largas grises y peludas traspasando el umbral de la puerta, con las que la Mujer Tarántula impulsaba su cuerpo, ayudándose con las patas laterales. Todo era tan rápido que parecía avanzar dando saltitos. Era un arácnido gigante. De su cuello humano pendía la cadena dorada que sostenía El Jarocho.

Vino un intercambio de miradas esquivas entre las tres mujeres. Teresa se topó con aquellos ojos verdes que lanzaban una mirada difícil de sostener. Pensó que sería a causa del denso delineador negro que los rodeaba o tal vez la seriedad con que parpadeaba. Era como si aquellos ojos gritaran cada vez que se los cruzaba: “¿Por qué me miras?”.

Teresa iba a dar un paso hacia ellos, pero El Jarocho le hizo una seña firme para que se detuviera. La Mujer Tarántula interrumpió al hombre pequeño:

—Está bien, déjala que se aproxime ¿En qué puedo ayudarte? —le dijo con sus ojos verdes mirándola directamente. Teresa ya no se acercó, sólo preguntó:

—Quisiera pedirle permiso para visitar el museo al mismo tiempo que usted... puedo permanecer en una sala diferente a la suya para no molestarla, es que si hoy no me dejan entrar, no podré venir otro día.

Teresa también tenía un par de ojos color almendra que podían impresionar, aunque no tuviera conciencia de ello.

—Por mí no hay ningún problema, pero no permanezcas en la misma sala que yo, por favor —los ojos de la Mujer Tarántula se aligeraron mientras sonreía—, no es nada personal, es que así lo necesito.

Si aquella conversación fuera parte de una escena teatral, el personaje de la Mujer Tarántula dominaría con todo su peso, fuerza, carácter y energía. El Jarocho ni siquiera aparecería y Teresa sería una figura secundaria, una pequeña mariposa nocturna revoloteando en la telaraña luminosa de aquella mujer. Ambas lo percibían. La mujer se sabía poderosa, por eso reaccionaba indulgente y amable, manteniendo a raya al El Jarocho, a quien le gustaba ser prepotente con los demás.

—¡Le agradezco mucho! —casi interrumpió Teresa la última sílaba pronunciada por la Tarántula—. ¿Sabe? yo siempre quise conocer a alguien como usted, pero mi mamá nunca me ha dejado ir a las ferias —inmediatamente se avergonzó y sus ojos almendra miraron hacia el suelo.

—Que disfrutes tu visita —dijo la tarántula, y cada quien tomó su camino hacia las salas del museo.

Teresa respetó la petición de la Mujer Tarántula durante los cuarenta y cinco minutos que duró su recorrido: mientras la Mujer Tarántula se encontraba en una sala, ella se mantenía en la sala anterior, y cuando veía que ella y El Jarocho se desplazaban a la sala contigua, ocupaba la que ellos habían abandonado. De cuando en cuando, se encontraba con los ojos de la Mujer Tarántula, que era como un par de pájaros que volaban aquí y allá: en un momento se encontraban con ella, para luego cambiar de dirección y mirar otra cosa.

Finalmente, en la última sala, la Mujer Tarántula miraba las fotografías viejas de la ciudad que eran exhibidas sobre los muros. Teresa la observaba cuando ella se volvió para hablarle:

—Oye —dijo en voz alta para hacerse oír, mientras sus ojos se enganchaban en Teresa—, ¿te sabes la historia de estas fotos?

—¡Claro! Es mi ciudad —respondió Teresa, pero luego bajó la mirada, avergonzada de su reacción—, yo conozco ese edificio antiguo de la fotografía, todavía existe.

—Ven, acércate, por favor, para que me platiques más —pidió la mujer—.

Empezaron a conversar. Teresa hablaba de las fotos y oía su voz salir, que le sonaba ajena, como si alguien más dijera esas palabras, como si otra persona habitara su cuerpo. Era como si la verdadera Teresa estuviera escondida, observando detalles como los pelitos grises que cubrían todas las piernas de la tarántula, que por cierto, era enorme: poco más alta que ella. Nunca había hablado tanto y al hablar le miraba de soslayo el tinte rubio de los cabellos, el collar de cristales de Swarosky del que pendía la cadena de oro que El Jarocho tenía entre las manos, además de los ojos verdes cuya mirada ya no era tan dura.

En realidad, era como una cacería de ojos: Cuando Teresa miraba las imágenes sabía que la Tarántula la miraba a ella y viceversa. Cuando la Mujer Tarántula veía las fotos, Teresa apro-

vechaba para mirarla mientras seguía hablando sobre la historia que conocía de la ciudad. Hasta que, poco a poco, se acostumbraron a mirarse de frente.

—Si va derecho por esta calle topará con la catedral. Ahí gire a la derecha y el edificio estará a dos calles a la izquierda, pero, cuidado, porque esa calle es de un solo sentido.

Teresa percibió la fuerza de esa mirada encima de sus propios ojos y se rindió. Era como si esos ojos verdes hubieran crecido tanto, tanto, que abarcaban todo su campo visual. No había en el museo ningún otro objeto que importara más. Era un verde luminoso, como el de un caleidoscopio.

Era una sensación conocida que Teresa percibiera ese interés hacia su persona, ya que le recordaba a Joaquín. Sin embargo, una mirada con esa intención y viniendo de una mujer, la inquietaba. Le parecía como si esos ojos intensos quisieran entrar más allá de los suyos, hacia dentro de ella.

Finalmente, Teresa le contó que la escuela de la foto ya no funcionaba como tal, que habían construido otra escuela nueva con el mismo nombre; que el edificio viejo que tanto le había gustado ahora se llama Casa de la Cultura. Para ella fue un descubrimiento escuchar su propia voz saliendo de su boca y ahí estaba la Mujer Tarántula para escucharla, quien además se quedó con ella veinte minutos en la última sala de exhibición e incluso despachó a El Jarocho para que la esperara afuera. Además, le pidió a Teresa que sostuviera con sus manos la cadena de oro para que los empleados del museo se sintieran tranquilos. Sus ojos verdes se habían vuelto alegres y habían adquirido un brillo especial; tal vez los de Teresa también, pues al final de la exhibición caminó silbando hacia el Instituto Depilatorio de Belleza. Al llegar, se encerró en el baño y escribió en el interior de su brazo izquierdo: “Hoy he visto un par de ojos... de agua”.

|CAPÍTULO 4|

Arrebatos

“Ya van para diez días que acompañé a mi Tía a poner la denuncia y todavía no se averigua nada. Mejor para mí, para Teresa, para todos.

”Mi tía es muy dura con ella. Yo, al principio pensaba que era severa porque como era la única hija que le quedaba viva, pues quería hacer de ella la hija perfecta. Pensaba que quería criarla así por su bien. Bien me acuerdo que le decía: ‘Píntate las uñas de un color bonito, ponte este vestido para ir a misa...’ y así”.

Mientras Susi hurga en los recuerdos sobre Teresa, alcanza a percatarse de ciertos detalles. Por ejemplo, que su prima rechazara ponerse vestido y prefiriera andar en patineta. A medida que Teresa iba haciéndose mujer, no alcanzaba a satisfacer la imagen que su madre esperaba de ella: una imagen de princesa, una femineidad que Teresa no manifestaba y que hacía que su madre se volviera más exigente... o terminara por rechazarla. Teresa, entonces, creció llena de inseguridades pues, todo lo que hacía decepcionaba a su madre, quien era todo su universo, aunque esta no se percatara de ello. Hasta que un día Teresa dejó de luchar.

“Resulta que, a quien había acusado mi tía de la desaparición de su hija es al Joaquín, el mejor amigo de mi prima, pero además es el muchacho que me gusta. Joaquín trabaja como operador en una estación de radio, la que transmite el programa de las mañanas con El Chileno. Mi tía se engrana y le llama para

amenazarlo mientras está el programa de radio en vivo. Lo que no sabe es que cuando la Teresa se fue de su casa, la escondimos en la mía, y que apenas el viernes pasado se fue con Joaquín. Agarraron autobús quién sabe a dónde, ni a mí me quisieron decir. En fin, tengo que arreglar mi cuarto, toda la ropa está regada. Mi mamá me dijo que ha venido el tal teniente Rangel a preguntar por mi prima y como no queriendo, ella le ha sacado plástica y averiguó que la Teresa, poco antes de su desaparición, había estado trabajando en la feria que vino a la ciudad; mientras que todos nosotros creíamos que trabajaba en el Instituto Depilatorio de Belleza (IBD). A lo mejor por eso andaba bien peluda los últimos días que la vi”.

Efectivamente, Teresa había sido la empleada del mes en el IBD. Era la especialista en la línea del bikini y tenía tantas clientas que se llenaba una lista de espera cada semana, pues decían: “con Teresa no duele... al contrario, te termina gustando”. Sin embargo, cuando dejó de trabajar para el instituto, no avisó. Sólo dejó de presentarse y les rompió el corazón a más de tres clientas que se presentaron directamente para comprobar lo que se les había dicho por teléfono: “no hay citas porque Teresa no se ha presentado a trabajar”.

Esta información, tanto Susana como la familia, la desconocían. Ellas se ocupaban muy poco de la prima, quien era más bien una pariente distanciada. Sin embargo, en las últimas semanas, Teresa se había acercado a Susana y a su mamá. Ellas constituyen su única familia por parte de su padre, ahora divorciado de su madre. Fue entonces cuando Susana conoció a Joaquín, a través de Teresa. En eso está ahora, pensando en él:

“Poco antes de que se fueran, me acuerdo que le dije a Joaquín que, si se iba a ir con Teresa, ya no íbamos a poder ser amigos, que no me buscara nunca más. Ni modo si le dije que sentía algo por él, pero no podía guardármelo. Sentía que no estaba siendo honesta de seguir la relación normal, como si no pasara nada, cuando en el fondo me moría porque me correspondiera.

No sé, me parecía que le estaba ocultando información. Además, no quería que pensara que estaba enojada porque se fuera con Teresa. Lo que pasa es que me dolía el corazón infinitamente porque él prefirió ser leal con su amiga. Está bien, era de esperarse porque ella es más su amiga que yo, por derecho de antigüedad... y de intensidad. Tal vez no llegue el día en que ella haga lo mismo por él, pero eso ya no me toca. En fin, allá fue este de solidario tras de ella, aunque Teresa no le va a corresponder nunca... ¡Ah, Joaquín! la que te quiere corresponder soy yo. Yo le sugerí a mamá que escondiéramos a Teresa en mi casa nomás para quedar bien contigo, para que vinieras a verla y yo pudiera verte... por lo menos voy a tender la cama pa' que mi amá no me regañe si se asoma. En cambio, la Teresa ni se fija en él, nomás lo estuvo usando. Hasta en las madrugadas le hablaba pa' decirle 'tráeme esto' o 'cómprame una recarga para el celular'. Ella en su mundo y al Joaquín nomás lo traía dando vueltas como menso... ¡Bien!, la cama lista, ahora, a la regadera.

"No quiero saber a quién le hablaba la Teresa... bueno, creo que sí sé, pero no quiero pensar en ello, no es asunto mío... ¿Muy su pedo, no? Yo la quiero así, y ya... En fin, que era el Joaquín quien pagaba el crédito del celular. La Teresa nunca le dio dinero, no tenía ni ropa, yo le tuve que prestar una pijama. El día que se salió de casa, su mamá le dijo 'todo lo que tienes te lo he comprado yo, así que no te llevas nada'. Claro que no era cierto, hacía tiempo que mi tía ni se ocupaba de la Teresa porque ella ganaba su dinero, aunque no sé en qué se lo gastaba, en ropa no, eso es seguro. Nomás había que ver los trapos que se cargaba mi prima: camisas de algodón de manga larga, compradas de segunda mano y sus tres pantalones a los que les daba vueltas y vueltas... calcetines ni siquiera usaba y los tenis se los regalé yo. 'Ten' le dije, porque los que traía ya estaban rotos. Este... eso me recuerda que no he lavado mis tenis... ¡híjole!, no tengo ni calzones limpios... más vale que separe la ropa sucia: la blanca y la de color...

”Debería rasurarme las piernas... las axilas también. Tengo que comprar espuma porque ya se me está terminando, le echaría la culpa a la Teresa por acabarse mi espuma, pero esa morra últimamente andaba bien peluda. ¿Qué la habría hecho cambiar? Antes, se rasuraba los brazos y piernas para escribirse cosas encima. Hasta creí que se había hecho la depilación láser en su trabajo, porque se veía bien lisita, pero cuando estuvo aquí en la casa y dormíamos juntas, ¡vi que estaba más peluda que nunca! ¡Ah! esta morra... nadie se esperaba que de veras se fuera a escapar, mucho menos mi tía Mina, que luego anduvo llamando pa’ acá, preguntando por ella cuando ya no aparecía. ¡Y qué no se entere nunca de que aquí la escondimos!, porque entonces viene y nos prende fuego junto con la casa. Es bien mala mi tía, nomás la toleramos porque es cuñada de mi mamá, pero es un alacrán... A ver, ya me revolví, el papá de Teresa y mi mamá son hermanos, y mi tía Mina es su esposa y por eso la toleramos. Mi tío sí que es un pan de Dios... Me siento cansada. La tristeza de no saber de Joaquín hace que se me bajen las pilas. A ver si ahora que no está mi prima, tengo mejor suerte. Pinche Teresa, bien que le funcionaba su táctica de hacerse la interesante, la que tenía siempre la mente en otra parte, la flaquita frágil que no hablaba mucho porque siempre estaba depre y ni siquiera se pintaba. Siempre con su eterna cola de caballo, con su modo bajito de hablar, pausadito, que yo de plano a veces no le oigo nada. Pinche Teresa, quién sabe cómo le hacía pero siempre conseguía que ahí anduviéramos nosotros de mensos, haciéndole favores sin que ella siquiera pronunciara las palabras para pedirlos”.

Como parte de la depre a la que se refiere Susana, estaba el hecho de que Teresa dejara de tomar el camión y comenzara a recorrer la ciudad a pie. Salía de casa desde temprano y llegaba hasta muy avanzada la noche. Perdió mucho peso y su cabello comenzó a crecer sin control. Aun cuando en el IDB la obligaban a despuntarse el cabello y la depilaban ahí mismo sin costo, Teresa dejó de maquillarse. Fue como abandonarse a sí misma.

“Mejor le prendo al radio y ya dejo de pensar tonterías ¡ay, no! Primero me cambio y me pongo zapatos, no vaya a ser que me electrocute porque ando recién bañada”:

A ver, caramelitos macizos que me encantaría chupar, faltan diez minutos para que termine nuestra emisión de hoy 18 de abril, de su programa Bossa Nova MILF. Les anuncio que tenemos boletos gratis para ir a la feria de nuestros patrocinadores, los hermanos Pérez-Grovas. Se los daremos a las primeras cinco señoronas guapas que nos llamen y puedan comprobar que están como reinas. Mándenos sus fotos a nuestra página de Facebook para que puedan llevarse un boleto para ustedes y un niño. ¡Salgan! ¡Vayan a la feria y déjense ver! ¡Iluminen nuestro paisaje mediocre con la belleza de sus cuerpos! Los mexicalenses tenemos derecho a ver cosas hermosas, no nomás puro chamizo del desierto. Anímense a ir a ver a la Mujer Tarántula, lleven a sus hijos pa' que se eduquen, señoras hermosas. Últimos días de la feria y su Mujer Tarántula en San Luis.

—¡Susi! ¡Te llama Joaquín por teléfono de San Luis, dice que está en la comandancia, que si puedes ir por él!

—¡Gracias, mamá!

“¡Pucha! Lo llamé con el pensamiento. Mira pues... ¿Por qué está detenido? ¿Y la Teresa? Nomás por eso me llama...”

—Bueno, ¿Joaquín? Sí, puedo ir por ti, le pido el carro a mi mamá, dame *chance* en lo que me arreglo y llego. Okey, *bye*.

“¿Qué me voy a poner? Ya no alcanzo a echar una lavadora de ropa antes de irme...”

—Mamá, ¿me prestas el carro para ir por el Joaquín?

—¿Pero por qué está detenido? ¿Qué hizo? ¿Qué le pasó?

“Me choca que mi amá me pregunte cosas desde la cocina o el baño, me desespera tener que gritar para responder.”

—¡No sé, mamá!, por eso voy. Lo traigo y le pregunto, ¿sí?

“¿Qué me pongo, pues? ¡Ah!, este vestidito está bien porque como que está cortito-sexy, pero con las flores de la tela parece

que soy inocente y que no me doy cuenta. Luego, rímel y brillito labial, y ya está”.

—Voy contigo —dice su mamá cuando Susi viene bajando las escaleras.

—¡Olvídalo! ¡Nooooo!, ¡hazme el paro, amá!

“¿Cómo no se da cuenta que necesito ver a Joaquín a solas? Además, ella sabe que manejo bien en la carretera a San Luis porque siempre que vamos allá por cocos, yo me llevo el carro”.

—Bueno, pues —dice su madre—, te lo traes a comer y aquí le preguntamos. —Y se vuelve a la cocina para seguir machacando frijoles.

—Sí, amá —una corriente de aire hace que Susana azote la puerta al salir.

“No me gusta tanto manejar en esta carretera, lo bueno es que si al regreso encontramos un vendedor de cocos, nos podemos beber uno, ¿o chupar? ¡Ay no, se oye muy feo eso! Beber, mejor beber, aunque el coco también se come... Bueno, beber-comer. A ver si el Joaquín trae ánimos. ¿Lo habrán agarrado solito o habrán agarrado a la Teresa también? No creo, porque dijo: ‘¿podrías venir por mí a la comandancia de San Luis?’. Y no dijo: ‘venir por nosotros’, así que tiene que estar solo. Qué bueno, ojalá que esté solo. Ojalá que la Teresa se haya largado, que se haya ido bien lejos con quien sea o con quien platicaba por celular, y ojalá el Joaquín sea para mí.

”Qué mala, no debería yo hablar así de mi prima... es que la pasión me ciega, pues, pero ella no tienen la culpa, la pobre. Es bien rara, bien especial, pero no en el mal sentido. Nomás es que no es como las otras chicas. Tampoco se cree mucho, creo que se siente diferente. Siempre vivió pensando que era insignificante y creció muy abandonada. Se me hace que se quedó con la idea que era normal sentirse así. Su mamá nunca le dijo ‘eres inteligente’ y mira que sí lo es y es muy hábil para todo eso de usar las manos en su trabajo: depila, da masaje, aplica faciales... ha logrado ser la depiladora de mes en el IBD y varias veces. No

sé si mi prima se sienta fea aunque nunca oí que su mamá le dijera que era bonita, y mira que tiene unos rasgos finos y una nariz que a mí se me hacen bien; pero no le interesa arreglarse. Es más, ni se peina, nomás se agarra el pelo en una cola baja que la hace ver bien machorra. Pero eso sí, siempre ha sido una buena persona, a pesar del mal ejemplo de su madre”.

Entretanto, Rangel había recibido la orden de investigación no. 433/09/211 y tres días después visitó la casa de la desaparecida. No es un empleado modelo, es más, entre menos tenga que mover sus pies con ácido úrico, mejor. Cambió los zapatos por tenis pues el ardor del dedo gordo le retumbaba en la garganta y esta se le hacía nudo, hasta ganas de llorar le daban. Pero las carnitas “ni muerto las *voa* dejar”, alardeaba.

Sin embargo, para impresionar a la madre de Teresa, a quien conoció en esa primera visita, quiso que ir a indagar hasta la prepa de su hija que está al otro lado de la ciudad. Ahí se enteró que desde febrero Teresa dejó de ir a la escuela y que la orientadora había agotado sus fuerzas llamando a su madre, pero nadie respondía al teléfono en casa. También fue al IDB, donde le informaron que ya no trabajaba ahí. Una de las empleadas dijo haberla visto trabajando en la feria. Con el dolor y todo, tuvo que ir allá. “La gota la tengo en los pies, pero me duele hasta los huevos”, le habían oído decir sus colegas. Sin embargo, los senos turgentes de la ex-señora de Jiménez bien valían el esfuerzo, nada más para volver a verlos de frente con esa carnosidad, blancura y tamaños... Además, él ya le había prometido hacer “hasta lo imposible”.

—Llámeme Minnie —había dicho sacando el celular apriionado entre el seno izquierdo y el brassiere—, así me llaman mis amigos.

Para retribuir a la confianza de Minnie, quien le había dado su número de celular, o más claramente, para tener una excusa y visitarla, fue a indagar a la feria en San Luis, Río Colorado, a una hora de distancia de la ciudad. Bien lo valían aquellos senos

que tenían vida propia, que desafiaban la fuerza de gravedad. Sin embargo, en la feria lo habían retenido a la entrada porque no traía orden de cateo y a esa hora la feria estaba cerrada al público. Mientras buscaba un billete de quinientos pesos para convencerlos, vio cómo un hombre salía corriendo de la taquilla y se perdía entre las casas móviles. Su cojera era evidente y parecía de esos negros jarochos que casi no habitan acá en el norte.

—¿Y ese negro, qué?

El silencio del empleado lo obligó a buscar otro billete.

—Aquí trabaja —dijo el taquillero guardando los billetes con indiferencia.

Dime más, cabrón, es mejor tenerme de “amigo” que de policía encabronado.

—Trabaja en el show de la “Mujer Tarántula” pero siempre anda apurado, no tiene nada de especial —el taquillero iba apenas a abrirle la puerta, cuando uno de los dueños, el Sr. Pérez-Grovas Jr., se acercó a la taquilla. Este invitó al policía a su oficina y se ofreció acompañarlo en un recorrido por las instalaciones de la feria.

Mientras se oía el piso de grava crujir bajo las suelas de goma, el agente Rangel pensaba que ese recorrido oficial era poco conveniente para su investigación porque sólo observaría lo que los dueños quisieran enseñarle, y no los detalles sucios que seguramente se escondían en la parte trasera. Además, alcanzó a ver cómo la magia de ese lugar desaparecía con la luz del sol: los adornos evidenciaron manchas de mugre, telas roídas, madera reseca y pintura descarapelada; los juegos mecánicos, oxidados e inmóviles como un conjunto de fierros viejos a punto de ser triturados, presentaban restos de pintura que alguna vez fue brillante; y lo peor: todo estaba quieto, todo en calma. No había música, ni voces, ni risas, ni gritos de “pásele, pásele”. Nada. Sólo había un silencio que perturbaba la investigación y, además, le entristecía un poco. Él recordaba las ferias de su juventud: llenas de vida, de luces, de gente; llenas de su familia también. Sabía

que este universo estaba en peligro de extinción, las ferias eran las últimas expresiones nómadas de fantasía y folclor. Por eso la tristeza: era más bien la nostalgia por la infancia perdida, por los kilos ganados, por la gota y los años encima.

El recorrido en la feria no había aportado nada en claro para su investigación; pero el hecho que Teresa hubiera estado trabajando ahí era suficiente para llamar a Minnie y acordar ir a las ocho a su casa. Durante el camino de regreso iba tan ansioso que el dolor de la gota pasó a segundo plano. Luego, al llegar a casa de la dama y encontrarla en el marco de la puerta esperándolo, vestida con un pequeño atuendo que anunciaba sensualmente el regreso del verano, olvidó incluso que tenía pies y sentía que flotaba sobre el césped.

—Agente —le habló con voz grave y pausada mientras ponía las yemas de sus dedos sobre la rodilla del detective—, yo ya te tengo confianza, ayúdame: mi hija está a punto de arruinar mi reputación y necesito que me protejas.

Rangel sintió un calor en la rodilla que le subió por la pierna, invadiendo la zona de los bajos. El dolor de la gota tuvo que esperar para tener de nuevo su atención. Balbuceando, prometió la mayor discreción en el caso “hasta que de plano me lo exijan mis superiores, señora”.

—Minnie, llámame Minnie.

—Sí, Minnie, pero usted también ayúdeme: hágase de la vista gorda y no vaya a la comandancia, no llame, no pida información. Yo se la voy a traer a su casa...

—Gracias, Rangel, será un placer recibir tu visita después de las ocho. Me mandas antes un mensajito, para estar lista.

Las visitas de Rangel a la casa de la mamá de Teresa llevaban ocho días consecutivos, ya hasta se tuteaban. La noche anterior al 30 de marzo, por fin se atrevió a decirle:

—Llámame Roberto.

Al día siguiente de tal arrebatado de confianza, Susana conducía su coche de regreso a Mexicali, llevando a Joaquín en el asiento del copiloto:

—Gracias por venir por mí, Susi, no tenía ni pa'l camión.
“¡Sí, bebé! Lo hago nomás por el gusto de verte, y de tomarte la mano...”

—No te preocupes, Joaquín. Sabes que lo hago con gusto porque eres importante para mí.

Joaquín voltea hacia las parcelas al lado de la carretera, buscando el espacio que le hace falta en ese carro tan pequeño.

—¿Te molesta que te tome la mano? —Susi se adelantó a la pregunta, no le fueran a decir que no...

—No, al contrario. Me hace bien sentir una mano amiga, y tan suave.

—Es que me pongo mucha crema en las noches, antes de dormir y después de ponerme el camisón, que más bien es una batita transparente de tela delgadita, como ya hace calor...

—Esa pijama, ¿qué no era de Teresa?

“No, idiota, es mía. Yo se la presté a la harapienta de mi prima, pero eso qué te va a importar, nomás te importa lo que haga la Teresa... mejor te suelto la mano y me concentro en manejar”.

—Esa pijama era mía, yo se la presté a Teresa mientras estuve en mi casa. Te voy a soltar, tengo que agarrar el volante del carro con las dos manos.

“Así es mejor, Joaquín. En lugar de hablarme de Teresa, mejor quédate callado y mira el paisaje como un tonto; como si nunca antes hubieras pasado por aquí. ¿Qué le ves? No hay nada, más que terrenos pelones o parcelas. Ni vendedores de elotes hay porque no es temporada. Bueno, a ver si encontramos un vendedor de cocos. Pero no, ya me enojé y no tengo ganas ni de un coco helado pa' este calor. Lo bueno es que el carro de mi mamá sí tiene refri, no como tu carcacha... aunque este silencio es un poco incómodo, mi amor”.

—Oye, ¿no se te antoja un coco? De esos que se ponen a la orilla de la carretera. Te caerá bien un poco de agua de coco ahorita que no has comido: repone los electrolitos cuando la gente está deshidratada y he leído que combate los parásitos intestinales.

—No estoy tan peleado con mis parásitos intestinales como para correrlos de casa, pero si tú quieres, está bien.

—Entonces, abre bien los ojos, para que me avises si ves un coquero, y poderme orillar a tiempo, porfis...

—Estuve encerrado todos estos días.

—¿En serio? ¿Y Teresa?

—Ella sí alcanzó a huir. La vi que se internaba en las parcelas. Bueno, fue lo último que vi antes que me metieran a la patrulla. Espero que no la hayan agarrado.

—Oh.

—Me interrogó un agente de la policía que está buscándola.

—¿Miraste al agente Rangel?

—¿Lo conoces?

—Es el agente que le asignaron a mi tía cuando fue a poner la denuncia. Me aprendí el nombre, pero no lo conozco.

—Es un mamón.

—Sí, me imagino, como todos los policías

“Así que fue en San Luis Río Colorado donde los interceptaron... Sólo Teresa se alcanzó a escapar, de una manera bien sarra, pero eso no importa. Lo bueno es que el Joaquín se quedó; aunque lo agarraron y metieron a una celda provisional en San Luis. Ahí lo interrogó el agente Rangel, un viejo panzón con hebillas piteadas; quien le dijo que andaba investigando la desaparición de Teresa y que al parecer, también es fan de ‘El Chileno’. ¿Será que a ese boiler del agente también le gustan las cuarentonas?”

—De todos modos, en lo que me platicas, estate atento al vendedor de cocos, ¿eh?

Postura abierta, actitud cerrada

—Por favor, ven a visitarme a la feria —le había dicho la Mujer Tarántula al salir del museo, ya con unos lentes negros que enmarcaban su rostro y contrastaban con la melena rubia. Se habían puesto de acuerdo para verse el próximo día libre de Teresa. La Mujer Tarántula alzó una de sus patas, a manera de un saludo de manos. Teresa la estrechó con las dos manos y sintió los pelos de la tarántula, como si fueran de un gato.

—Desde que pases por la taquilla, díles que me avisen de tu llegada.

Teresa lo tomó como muestra de gentileza, como si la Mujer Tarántula quisiera estar lista en la puerta del camerino, esperándola. Por eso a la semana siguiente, sin querer abusar de la amabilidad, no le pareció tan grave que El Jarocho la encaminara personalmente al camerino diciéndole: “aquí está a tres pasitos, me tardo más en avisarle que en lo que tú llegas y te anuncias por ti misma”.

Con la habitación en penumbra, las ventanas cubiertas por oscuras cobijas verdes, El Jarocho la empujó suavemente hacia el interior, cerrando la puerta con un ruido seco.

—¿Estás ahí, Jarocho? ¿No sabes si ya llegó mi amiga? —Teresa escuchó aquella voz ya conocida, pero no se movió hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Sólo dijo:

—Soy yo, Teresa —y se quedó quieta, pero nadie respondió—. Entonces añadió:

—El Jarocho este, con quien fuiste al museo, me abrió la puerta y no quiso anunciarme.

Cuando por fin sus ojos se habituaron a la oscuridad, vio a la Mujer Tarántula pegada al muro, parada en sus patas traseras con el cuerpo en posición vertical y las patas de enfrente alzadas. Parecía una estrella marina; pero no alcanzó a ver más porque la mujer le pidió que saliera un momento.

—Es que necesito acostumbrarme a la luz —mintió.

Teresa sonrió y salió. La luz la cegó y tuvo que mantener los ojos cerrados un momento. Algo le incomodaba. Era como si su visita, aún con invitación, de pronto no fuera grata. Le dolían los ojos y hasta le salieron unas lágrimas enchilosas. “Debe ser por el sol”, se dijo mientras bajaba con dificultad los escalones de la casa móvil del camerino. Concluyó que El Jarocho había actuado premeditadamente, sabiendo que ella se incomodaría si Teresa entraba sin anunciarse. La excusa de la Mujer Tarántula sólo era para no lastimarla, y se sintió agradecida con ella; aunque definitivamente no era un comportamiento normal el que se pusiera como estrella de mar cuando las visitas no se anuncian anticipadamente. Pero, ¿acaso había algo de normal en esa mujer? Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz comenzó a dar algunos pasos. Al caminar sentía la grava filosa bajo la delgada suela de sus Converse y sopesaba la precaución que debía tener de ahí en adelante, en su trato con la tarántula, igual que con El Jarocho, en quien más valdría no confiar.

Pasados diez minutos, la cabeza de la Mujer Tarántula se asomó por la puerta.

—¡Teresa, pasa por favor! —la llamó con voz cantarina.

—¡Voy! Acá ando atrás.

Al llegar a la puerta, ella retrocedió para facilitarle la entrada. La habitación ya estaba iluminada pues habían retirado la cobija verde de la ventana y podían verse dos bonitos sillones

estilo cheslón, uno frente a otro. Con una de sus patas, la Mujer Tarántula señaló aquel pegado a la ventana para que Teresa se sentara. En medio había un servicio de té. Teresa usó su cheslón como si fuera un banco y se sentó en el borde con los pies sobre el piso.

—Pedí que nos prepararan té y galletas —dijo la Mujer Tarántula recargándose en su cheslón con las patas de atrás colgando a los lados, mientras se detenía con las de enfrente—. ¿Conoces el té Oolong?

—No —le avergonzó su ignorancia.

—No te preocupes, querida, yo tampoco lo conozco —rio mientras intentaba subir las patas laterales al cheslón— apenas me van a enviar unas muestras para probarlo. Lo que nos han servido es té negro con trozos de caramelo y esencia de nueces. Le pondremos leche y miel, lo pruebas y me dices qué te parece. ¿Quieres que llame a la muchacha de servicio, o nos lo servimos nosotros? Bueno, tendrías que servirlo tú, con tus manitas, porque yo no tengo.

—Yo lo sirvo, no hay problema —comenzó a vaciar el té en las tazas, mientras la Mujer Tarántula se resignaba a quedarse montada en el cheslón.

—Gracias, Teresa —se inclinó hacia enfrente y recargó la barbilla en un cojín mientras observaba la preparación del té— al mío ponle dos cucharaditas de miel y poca leche, nomás que pinte tantito y que el líquido deje de verse transparente. ¿Tú eres de aquí?

—Verás —comenzó Teresa. Se dio cuenta que por primera vez en mucho tiempo, tenía ganas de hablar de sí misma— soy de Ensenada, pero mis padres se vinieron a vivir a Mexicali hace ocho años. Ellos tampoco son de allá: mi mamá es de Sinaloa y mi papá es de Jalisco, de hecho él vive actualmente allá en su tierra—. Y cuando se dio cuenta, ya llevaba diez minutos hablando: que si no se llevaba bien con su mamá, que su hermanita fallecida, que la mudanza, que el divorcio y la partida de su padre, sus estudios, el IDB...

—Oye, perdona, no te acerqué el té para que te lo tomaras, ya se habrá enfriado —interrumpió Teresa su historia personal para tomar el plato y la tacita de té.

—No, está perfecto, nunca me lo tomo caliente —la Mujer Tarántula se incorporó y el cojín cayó al suelo—, ponlo aquí junto a mi boca, porque no uso las manos.

Teresa lo puso sobre el cheslón de La Juana y fue a sentarse al suyo. Vio como la otra tomaba la tacilla por la boca y la empinaba suavemente con una pata delantera, para beber un sorbo.

—¿Y tú, de dónde eres? —titubeó— perdón, ¿usted de dónde es?

—Déjalo así. Tutear es una costumbre que me gusta de acá en el norte —con ayuda de la boca y una pata, la Mujer Tarántula puso delicadamente la taza sobre el platito y continuó:

—Yo también soy de Jalisco, como tu padre, pero de un pueblito cerca de una presa; aunque mis abuelos son de Los Altos de Jalisco, por eso todos en mi casa somos güeros y de ojos claros. Mi pueblo es muy chico. Entre los jóvenes, de chiste le llamábamos “Grullork” porque rima con Nueva York; aunque sea ínfimamente pequeño. Cuando recién contacté con los de la feria, empecé a recorrer todo el país. Desde entonces, viajo con ellos.

—¿Terminaste la universidad? —preguntó Teresa impresionada.

—Por supuesto —dijo la otra con orgullo—, una licenciatura en psicología a distancia. También hice mi examen CENEVAL y toda la cosa.

Cuando ambas se quedaron en silencio, Teresa levantó los ojos y se encontró con los de la Mujer Tarántula que la miraba sonriendo. Era una sonrisa franca, de boca y dientes grandes, blancos, sanos y armónicos. Hacía rato que había dejado de sentirse nerviosa, tampoco se sentía intimidada. Sonrió también y ambas se miraron en silencio, frente a frente. Entonces se percató que la Mujer Tarántula tenía el cabello corto, cepillado hacia abajo, de un color castaño claro.

—¿Entonces, no eres rubia? —Teresa se atrevió a preguntar.

—Es una peluca, me encanta llamar la atención —y sonrió mirando hacia el cheslón.

—De todos modos eres “güerita” —dijo Teresa intentando elogiarla.

—Gracias —la Mujer Tarántula se alisó el cabello con una pata, y añadió apurando su té— por favor, disculpa la escena de hace rato y el que te haya pedido que salieras, es porque soy muy territorial y si la gente me toma por sorpresa, siento invadido mi espacio, ¿sabes? No es nada contra ti, es que necesitaba unos minutos para respirar, prepararme y hacerme a la idea que alguien más ocuparía parte de mi territorio, ¿comprendes? Por eso es que ese Jarocho tenía que avisarme —su voz sonaba grave—, pero se quiso pasar de bromista. No confíes en él, yo tampoco lo hago. Pero bueno, ya has visto que soy muy amigable —su tono de voz se volvió festivo, mientras jugaba con su cabello.

—¿Y por qué está contigo si no le tienes confianza? —Teresa metió sus manos entre las piernas y alzó los hombros, lamentándose de haber preguntado eso. Ella le respondió:

—Tiene una deuda con el patrón, por eso trabaja aquí. Es como una especie de esclavo. Me lo asignaron hace tiempo y lo acepté por exótico, es muy diferente a la gente del resto del país. Eso lo vuelve un personaje, es como un disfraz natural. Funciona perfectamente como acompañante de una Mujer Tarántula, ¿me entiendes? Ambos llamamos la atención, eso es bueno para la feria. Pero cuídate de él, ese tipo apuñala a cualquiera por la espalda si así le conviene a sus planes.

—¿Y yo, por qué debo cuidarme de él?

—Porque vas a seguir viniendo y te lo vas a encontrar.

Siguieron conversando. Teresa se había puesto de pie y miraba por la ventana, su estómago le indicaba que había llegado la hora de comida, que tendría que irse a buscar alguna cafetería. Entonces, una mujer tocó y habló a través de la puerta: “Señora Teresa, ¿ya le traigo su comida?”.

—Gracias, Bety, dame 15 minutos.

—¿Te llamas como yo? —giró su cuerpo hacia la tarántula, dando la espalda a la ventana—. Quiero decir, ¿nos llamamos igual?

—Sí, pero tú llámame como quieras. Vamos, invéntame un nombre, puedes llamarme Juana, como me llaman aquí.

Qué coincidencia, pensó Teresa, así se llamaba la tarántula que su padre le había comprado en la tienda de mascotas cuando era niña: Juana. Por eso estuvo de acuerdo en llamarla así. Luego buscó las palabras para despedirse y quiso caminar hacia la puerta.

—Ya debo irme, Juana-Teresa.

—Por supuesto —dijo la tarántula impulsándose con sus patas traseras para dejar el cheslón—. ¿Cuándo vas a volver? Que sea antes de una semana. A este paso nos volveremos amigas hasta el próximo año, querida.

—Podría venir —dijo tímidamente Teresa— durante la hora de la comida.

—¡Excelente! —se entusiasmó la otra— comeremos juntas ¿mañana?

—¿Pasado mañana está bien?

—¡Perfecto!

—¿Qué te traigo de comer?

—Trae para ti, yo aquí te acompaño con algo.

—Entonces, ¡adiós, Juana!

Teresa caminó lentamente por el pasillo central de la feria rumbo a la salida. Necesitaba un día completo para digerir toda la vivencia y las emociones: había visitado a la Mujer Tarántula; pero le había sacado un susto. Así que tendría que prevenir a la otra Teresa la próxima vez para no verla “como estrella marina” de nuevo. Finalmente, se había sentido muy bien en su presencia y hasta podrían ser amigas. Mientras caminaba, ni se acordó del suelo de grava y sus piedras filosas. Sonreía.

|CAPÍTULO 6|

La revelación

El Joaquín es muy bueno pa' narrar: hace voces y efectos especiales. Como trabaja de operador en la radio, pues todo eso se lo sabe. Mientras yo vengo manejando y viendo a ver si encuentro un coquero a bordo de la carretera, él me está contando que el agente Rangel fue a verlo a la celda para interrogarlo, y que desde que se iba acercando, venía oyendo el radio en su celular porque le había conectado una bocina. Lo traía en la estación de "El Chileno" que en ese rato estaba transmitiendo su programa...

Ya estamos de regreso en el 88.3 de su FM con su programa Bossa Nova MILF este lunes 20 de abril, ya empieza a calentar el solecito. Saludos a las guapas seguidoras de este programa, en especial a aquellas mamitas que ya hicieron los cincuenta minutos diarios de actividad física del día de hoy. Yo soy El Chileno y tenemos a alguien en la línea telefónica ¿Cómo te llamas, mamita?

—No soy tu mamita. Soy la mamá de Teresa Jiménez. Hablo para denunciar que tu colega Joaquín Romero pronto comparecerá ante la justicia por el rapto de mi hija, ya va a ser un mes que se la llevó...

—Ejem... gracias por su llamada, señora, esperamos que su hija se encuentre bien... Y sigue la búsqueda de nuestro colega y leal amigo

Joaquín, y de la joven que aparentemente lo acompañaba. Dice esta señora que llevan desaparecidos casi un mes, aunque ustedes podrán comprobar que hace todavía una semana, Joaquín se presentó a la cabina de nuestro programa. En fin, juzguen ustedes y esperamos la pronta aparición de nuestro compañero operador de cabina, a quien todos extrañamos mucho en este programa Bossa Nova MILE y yo sé que ustedes también, señoras hermosas de muslos firmes. Para ustedes que nos escuchan, aquí les va esta melodía de 1983 en versión Bossa Nova, espero que les guste, son las diez cuarenta de la mañana...

“¿Pa’ qué se hace la tonta, mi tía? Sabe que la Teresa no desapareció, sino que se fue de su casa después de un pleito con ella, pero se quiere hacer la víctima, la pobre madre, para que sus amigas no la juzguen. Lo que no me puedo explicar es cómo sabía el agente que mi tía Mina iba a llamar al programa esa mañana. En fin, Joaquín me siguió contando que el viejo panzón se recargó en la reja para que él oyera el programa de radio también, con la llamada de mi tía y todo. Ahí se quedó la media hora que restaba para que se acabara el programa”. Luego se presentó:

AGENTE RANGEL: Oye, muchacho, te tocó suerte de estar solo en la celda. Soy el agente investigador, asignado a la búsqueda de Teresa Jiménez desde que su madre puso la denuncia por su desaparición. Llámame agente Rangel y por favor ¿podrías confirmar que tú eres Joaquín Romero?

“Joaquín me dijo que había decidido no responder. Se había quedado quieto al fondo de la celda, sentado sobre un muro bajo mientras el agente apagaba el radio y se guardaba el celular en uno de los bolsillos del pantalón. Apenas le cabía la mano, por la panzota. ¡Ah! pero eso sí, la hebilla bien grande y dorada con la figura de una hoja de marihuana”.

AGENTE RANGEL: Hazte pa’acá pa la luz, chingado, que tampoco quiero estar gritando.

“Joaquín dice que se acercó a la reja donde había más luz, porque la celdas no tenía foco, nomás en el pasillo. Hasta enton-

ces miró a los ojos al pinche viejo y le sostuvo la mirada con sus grandes y hermosas cejas, en silencio los dos. El agente Rangel sacaba unas hojas dobladas del bolsillo de la camisa mientras chasqueaba la lengua para sacarse algo de entre los dientes, viejo sucio. Entonces le habló:

AGENTE RANGEL: ¿Todavía sigues atontado por el golpe? Aquí en el parte de la policía dice que te *lanzastes* a las llantas de la patrulla cuando te iban a capturar ¿A quién se le ocurre lanzarse a las llantas del carro? Y luego era un pickup, antes no te atropellaron. Al menos *lograstes* que la muchacha escapara. ¿Adónde te dijo que se iba?

JOAQUÍN: No me dijo, nomás se fue.

“*Oi*, nomás... ‘*lanzastesss*, *lograstess*’... viejo burro... ¡Yupiiii! Me encontré un vendedor de cocos. Así, a la sombra de un pino salado, sentados en sillas y mesas de plástico, cada quien con su coco en mano y sorbiendo con un popote, Joaquín me contó la conversación con el agente panzón. Pobrecito Joaquín, traía la ropa toda sucia por no cambiarse en tantos días. Su camisa Old Navy de cuadritos está arrugada y percutida; y su camiseta anaranjada, toda jalada del cuello y él, hediondo de tres días. Pero bueno, lo dejé hablar, desahogarse, contarme todo, toditito”.

AGENTE RANGEL: Sí, ya sé que se fue, agarró entre las parcelas y se escondió. Después llamó a alguien para que vinieran por ella, porque nomás no apareció. Dijeron en el mercadito Ultra Express, que habían comprado tiempo aire, pero tú no traes celular.

JOAQUÍN: No sé, ella... Yo no sé.

AGENTE RANGEL: Ocupo que cooperes pa’ ayudarte. Su mamá puede poner una demanda por raptó o peor, por corrupción de menores, tu amiga es menor de edad.

JOAQUÍN: Ya no. Cumplió 18 cuando se salió de su casa.

AGENTE RANGEL: ¡Ah! te da risa, crees que me vas a ganar, que me *matastes* la cura...

JOAQUÍN: No me río, pero se supone que usted es el agente investigador... ya lo debería saber, aunque puedo asegurar que su mamá no se lo dijo para que siguiera pensando que es menor de edad y la buscaran con más ganas.

AGENTE RANGEL: Más te vale que hagamos equipo, ¿eh? Porque igual, aunque ella hoy sea adulta, aquí se te pueden traspapelar los expedientes y quién sabe, a lo mejor hasta te tardas una semana en salir. Si acaso es cierto eso que tú dices, todavía falta reunir evidencia y conseguir un acta de nacimiento en el registro civil... y para saber dónde nació la morra, si nació en Mexicali ya la hiciste, pero si viene de Sinaloa o de otro estado... a menos que su mamá tenga una copia del acta de nacimiento, sigue el trámite; pero estoy casi seguro que va a decir que no la tiene.

JOAQUÍN: Teresa tiene una prima que se llama Susana y ella puede traerle una copia del acta de nacimiento.

AGENTE RANGEL: Primero me vas a decir lo que yo quiero saber y luego me prestas a tu prima y vemos lo que quieras.

JOAQUÍN: No es mi prima, es de ella.

AGENTE RANGEL: Me vale madres. ¿La muchacha se escapó o tú te la *robastes*? Y coopera si quieres que yo coopere.

JOAQUÍN: Como veo que no lo sabe, señor agente investigador, se lo voy a decir: Teresa se fue de su casa. La primera semana de abril estuvo escondida en casa de su prima Susana. Yo lo sabía, pero claro que no le iba a decir a su mamá. Teresa es mi amiga y sé que lo que quiere es alejarse de la vieja esa, que es insoportable y manipuladora y quien toda la vida se la ha pasado diciéndole que Teresa es la causa de sus “desventuras”. Además, no sé de qué pone denuncia la señora, ella siempre le estuvo diciendo a Teresa que ya quería que fuera mayor de edad para que se largara de la casa e hiciera su voluntad. Entonces, como ya iba a cumplir 18, me dijo Teresa que quería irse primero ella antes que su mamá la corriera. Se llevaban mal. A veces, duraban días sin hablarse, o la señora de repente “se le botaba el chango” y la corría. Entonces, Teresa se quedaba conmigo en mi depa o con

su prima Susi. Pero, oiga, qué casualidad que siempre la corría en viernes... para quedarse sola en su casa durante el fin de semana y quién sabe, invitar amigos. Con eso de que no tiene marido...

AGENTE RANGEL: Ya me cansé de estar parado ¡Guardiaaaa! ¿Tú vives solo? ¿No eres de aquí?

JOAQUÍN: Soy de Navojoa, estoy estudiando ingeniería. Mi papá y mi mamá me ayudan para rentar un cuarto y pagar la escuela

AGENTE RANGEL: Ah y ¿ella trae tu celular?

JOAQUÍN: ¿Mi mamá?

AGENTE RANGEL: No, wey, la Teresa. ¡Guardiaaaaa! vengan a abrimmeeeee.

JOAQUÍN: No, se lo agarró a su mamá. Oiga, se supone que aquí es un lugar de no fumar, hágame favor, me va a doler la cabeza con el humo.

“El teniente sostenía el cigarro apagado entre los labios, chúpelo y chúpelo. Joaquín pensó que lo iba a prender, pero no. Ahí nomás lo traía en la boca, arrugando los ojos y mostrando unas patas de gallo resacas por el sol. Así, moviendo las mejillas cacarizas, era como si el universo interno del agente Rangel estuviera eternamente en movimiento. Ya cambiaba de un pie, se apoyaba en el otro, o con los brazos a la celda, como si le dolieran las rodillas. Al rato, un guardia abrió la celda y el agente gordo se fue al muro del fondo para sentarse un ratito”.

AGENTE RANGEL: ¿Entonces, tú la *ayudastes* a irse de su casa o la *raptastes* o qué?

JOAQUÍN: No, ella se fue sola. Apenas hace una semana me habló para decirme que quería agarrar camión para el sur, pero no lo quería agarrar desde Mexicali. Me pidió que la acompañara a San Luis y le prestara dinero. Como lo que le presté apenas le alcanzaba, el viernes se nos ocurrió pedir raite a San Luis, pero nos dejaron en el Ultra Express de la carretera. Ahí pedíamos raite de nuevo, para que alguien nos llevara gratis, cuando las patrullas nos encontraron...

AGENTE RANGEL: ¿Y por qué te le *lanzastes* al carro?

JOAQUÍN: No me lancé, me tropecé y fui a dar contra la defensa del pickup.

AGENTE RANGEL: Agradécele a tu santo Malverde que el pickup venía frenando, que si no...

JOAQUÍN: Discúlpeme, pero no creo en Malverde.

AGENTE RANGEL: Peor pa' ti, muchacho; pero deja de comerte las uñas, me desesperas, chingado.

“Joaquín me describió al agente Rangel. Dice que, ya de cerquitas, se le ven los ojos claros... pero no sé de qué le sirva si tiene la cara gorda, hinchada como si comiera mucha carne. Seguro que sí, porque si le duelen las rodillas es por el ácido úrico, mi profe de geografía está gordo e hinchado por lo mismo. En fin, que el Agente Cara Gorda, sacó otra vez los papeles del bolsillo de la camisa y los revisaba mientras le seguía hablando a Joaquín”

AGENTE RANGEL: Oye, uno de los patrulleros dice que se le figuró ver que la muchacha te aventaba...

JOAQUÍN: Imposible, Teresa no haría eso.

AGENTE RANGEL: A lo mejor iba a irse con alguien y tú le estorbabas.

JOAQUÍN: Me lo habría dicho, ella no me guarda secretos. Yo bien me acuerdo que tropecé con algo, pero con el susto de que nos hubieran encontrado, no me fijé lo que era.

AGENTE RANGEL: O sea que ahorita ella bien pudo haber llegado a San Luis desde anoche y agarrado camión pa' quien-sabe-dónde al Sur. ¿No te dijo a qué parte del sur se iba?

JOAQUÍN: Pues me dijo que tal vez a Guadalajara, allá vive su papá, pero que primero le iba a hablar por teléfono.

AGENTE RANGEL: Teresa es muy amiga tuya, o sea ¿te cuenta todo?

JOAQUÍN: Sí, por supuesto.

AGENTE RANGEL: Entonces ¿qué sabes de la carta que le dejó a su mamá?

JOAQUÍN: ¿Cómo? ¿Una carta?

AGENTE RANGEL: ¿No lo sabes? ¿No que te lo cuenta todo, pues?

Joaquín me dijo esas palabras con la mirada perdida en el suelo y con los pulgares metidos en las bolsas de su livái. Luego se quedó callado. Me miró fijamente mientras sacaba una hoja doblada del bolsillo de su camisa. Hasta el coco se me atravesó con la pregunta que me hizo:

JOAQUÍN: ¿Qué sabes de esto? Me la dio el agente, es una carta que dejó Teresa.

|CAPÍTULO 7|

Merienda de grillos

En la siguiente visita, Teresa pidió que la anunciaran desde que llegó a la feria. Al acercarse a la casa móvil, la vio en la puerta con sus diez piernas, su cabello corto, lentes oscuros y una sonrisa:

—Oye, ¿te gustaría dar una vuelta por los juegos?

Teresa veía sus sombras sobre el suelo de la feria y, mientras caminaban despacio, se percató que ella era la única que hacía ruido con sus pisadas sobre la grava. La Mujer Tarántula se movía como si flotara. A esa hora de la tarde el tiempo estaba detenido: los juegos mecánicos quietos y los puestos cerrados. De pronto, se soltó un viento de esos que aparecen en cada cambio de estación y sólo se oían las lonas de los puestos sacudiéndose.

—De buenas que no se ha soltado la tierra —dijo Teresa— ya estaría con la alergia a todo lo que da.

—Es porque inconscientemente te sientes agredida y tu cuerpo se defiende.

—No. Es que tengo alergia al polvo —aclaró.

—Tu cuerpo agarra la excusa del polvo; pero en el fondo tu mente y tu corazón se defienden de quién-sabe-qué porque se sienten amenazados.

Teresa se quedó callada oyendo sus pisadas sobre el suelo de grava. Se preguntaba “¿qué se creía esta sabihonda para opinar sobre su vida o la de cualquier persona?, ¿quién le había pedido su opinión? Bueno, si estoy conversando con ella, es normal que

emitamos opiniones cada una sobre el tema, de eso tratan las conversaciones, ¿no?, pero, ¿por qué me molesta tanto?, ¿acaso porque está acercándose a la verdad? La verdad no peca, pero incomoda, decía papá”.

La Juana guardaba silencio, como adivinando las emociones de su interlocutora. Cierto era que Teresa nunca se había sentido segura de sí misma y era muy susceptible a los comentarios de los demás, pero de ahí a que se estuviera defendiendo de todos y de todo a través de su alergia, le sonaba extraño. Volteó hacia La Juana mirando su cabello corto castaño claro, sin peluca y con brillos color verdoso por la luz del sol. Parecía una jovencita. “Definitivamente la peluca rubia la hace verse mayor”, Teresa pensó en decírselo, pero como la edad es un tema tabú en ciertas mujeres, prefirió cambiar de idea:

—Tu color de cabello es muy bonito —le dijo sin dejar de mirarla.

La Mujer Tarántula llevó los lentes oscuros sobre su cabeza con una de las piernas laterales. Luego la miró a los ojos, cubriéndose el sol con otra de las patas. Teresa sintió un vértigo, un aturdimiento que la hacía sentirse nerviosa. Tomó el riesgo y se hundió en los ojos de La Juana, que tenían unas chispas verde olivo dentro del iris café claro.

Luego quiso cambiar el tema y a la vez regalarle algo, corresponder con ella: en el lugar donde trabajo hacemos depilaciones, eliminamos vellos. Puedo conseguir para ti un buen descuento... Teresa, últimamente se aventuraba a hablar y después se arrepentía, preguntándose de dónde sacaba tanta confianza para expresar sus ideas.

—Gracias, Teresa —su voz era indulgente, queriendo ser dulce pero a la vez dejaba clara su posición—. Yo estoy contenta conmigo, no quiero cambiar, no quiero quitarme ni un solo pelo porque soy una actriz de carpas y la historia que monto en las funciones es sólo eso: espectáculo —volvió a acomodarse los lentes oscuros—. En realidad no soy así por una maldición sino

porque lo he decidido. Ya no lo escondo. Y al no esconderlo, he permitido que mi personalidad fluya. El aceptarme como alguien distinto, me enorgullece.

Llegaron al juego de las tazas locas. Teresa la miró con incredulidad y se sentó en una de ellas. La Mujer Tarántula intentaba colocar sus patas sobre el asiento de una taza de color azul o en la agarradera.

—Lo que la gente mira de mí es lo que su miedo les hace ver. Algunas personas tienen más miedo a lo que es distinto a ellos, a lo que no comprenden. Eso no puedo cambiarlo. Lo bueno es que pagan por venir a verme y no se les permite que me agredan. Es el mejor trabajo que puedo tener, puedo ser yo, sin tener que esconderme. Qué importa lo que piensen si no los volveré a ver —dijo encogiéndose de sus diez hombros—. Además, estoy en pláticas con los de la feria y mis antiguos jefes para mejorar el show.

Todavía no llegaban los visitantes, así que tenían la feria para ellas solas.

—¿Y como qué te gustaría hacer? —Teresa mostraba interés a pesar que ya se le estaban entumiendo las asentaderas por estar en una misma posición dentro de esa taza loca.

—Yo quisiera que más que una exhibición, fuera un espectáculo con luces y moverme en un escenario. Tengo mis ahorros y estoy buscándolos como socios para comprar las cosas y quitar esa cama horrible que nomás acumula polvo... Es un ganar-ganar porque ellos tendrían participación de las entradas del show... ando negociando eso.

Duraron casi una hora sentadas dentro de una taza, tiempo suficiente para apreciar al interior, la pintura blanca descascarada dejaba visible el metal oxidado.

—Yo pensé que sufrías con esta maldición, que te sentías un monstruo.

Las manos le olían a metal oxidado y sintió desagrado por ese olor y por haber pronunciado esa palabra. “Tal vez la estoy lastimando, debo cuidar mejor lo que digo”.

—Ya no sufro. Cuando era más joven sí me lo creía y no me aceptaba, ¿sabes? Pero ahora valoro como soy. Además, me pagan por ello. ¡Súper! ¿No crees?

Teresa sonrió mirando la grava del suelo. Ojalá a ella también le pagaran por ser tan seria, por su timidez, por escribir poemas, por llorar a veces en silencio y de la nada, por no ir a las fiestas, por sentir miedo del futuro y de su madre; por encerrarse en el baño y esconderse de la gente cuando a veces ya no la soporta, cuando la hartan; por querer a veces abandonar todo y largarse a buscar a su padre en Guadalajara.

Se estaba terminando el tiempo de comida y Teresa debía volver al trabajo.

—Pero no has comido nada —regresaban al camerino por el pasillo central de la feria.

—De todos modos no quiero comer yo sola, sino contigo.

—Es que no te va a gustar verme comer, como lo que comemos las tarántulas.

—¿Y qué comen?

—Busca en Internet —dijo riendo y se dio la media vuelta. Movi6 rápidamente sus diez patas hacia el camerino.

Teresa sólo vio como se movían en aparente desorden pero con mucha ligereza. Al llegar a la casa móvil, La Juana subió hábilmente los escalones y desapareció tras la puerta.

Teresa y la Mujer Tarántula siguieron frecuentándose durante los veinticinco días restantes de la feria en Mexicali. Comenzaron viéndose a la hora de comida. Luego, sus días libres Teresa se los pasaba en la feria. Incluso, se aprendió de memoria la secuencia del espectáculo: en qué momento entraba la grabación, cuándo las luces, la intervención de El Jarocho gritando desde afuera, etcétera. Teresa preparaba su comida la noche anterior en su casa y la recalentaba en el camerino de la Mujer Tarántula (que por cierto, tenía una cocina integral muy bonita y moderna). Lejos aún estaban los días grises de la huida, la pesquisa, las denuncias en la radio y el MP; de la angustia de no saber qué hacer ante situaciones desconocidas.

En una de esas tardes, estando sentadas contra cheslón, ya sin la mesa de por medio, Teresa dijo:

—Oye, yo creo que tú y yo nos estamos volviendo amigas, ¿no? —y le dio un sorbo a su limonada.

—Sí, creo que sí —La Juana sorbió también a su popote.

—Entonces, no veo por qué no quieres comer conmigo; ya investigué sobre tus hábitos alimenticios y te advierto que de todos modos me adaptaré, porque te estimo y somos amigas.

Y cubriendo su recipiente con una tapadera plástica, agregó:

—Es más, no voy a continuar hasta que estés comiendo tú también, sirve que guardo un huequito porque ya me estoy llenando.

—Entiendo —dijo la Mujer Tarántula con una sonrisa y pidió su comida a Betty, la muchacha de servicio—. Teresa pensaba en las chispas verde olivo de aquellos ojos, mientras oía la voz de su amiga:

—Sinceramente, espero que llegues a adaptarte. Yo como directo del plato, no uso cubiertos porque no tengo manos, ¿entiendes?

Teresa parpadeó lento, diciendo “sí” con sus ojos. Bajó la cabeza y sonrió. Desde esta nueva amiga, no había dejado de sonreír un solo día.

Bety colocó sobre el bordo del cheslón de La Juana, un plato hondo con dos grillos inertes, recién descongelados.

—¿Sólo dos grillitos vas a comer? —Con esa pregunta Teresa quiso disimular la impresión que le causaba ver a los insectos en el plato.

—Sí, como poco —dijo mientras supervisaba la cantidad de queso parmesano que Bety espolvoreaba sobre los grillos.

La Mujer Tarántula empezó a comer y su cabello cubrió la visibilidad de Teresa, pues estaban de frente, lo cual esta agradeció; se concentró en mirar esos cabellos cortos y castaños, casi rubio cenizo sobre la cabeza de La Juana. No tuvo manera de observar cómo estiraba la lengua para pescar cada grillo e introducirlo en su boca.

Merienda de hombres

En una tarde de análisis antropológico y social en que la Mujer Tarántula hablaba de los gimnasios mixtos y de cómo estos le parecían una fábrica de feromonas, paseaban por los juegos mecánicos aún apagados y quietos, cuando se le oyó decir:

—En serio, ve a un gimnasio mixto y verás todo el juego de miradas entre hombres y mujeres, cómo se exhiben, como se muestran. Verás que los hombres, así como los pavorreales que extienden su plumaje para ser vistos, así ellos se desplazan frente a las chicas, extendiendo sus músculos, haciendo ruidos y llamando la atención. Claro, a veces muy sutilmente, otras veces no tanto.

—Creo que yo me volaría si un hombre hiciera eso del pavorreal para mí, creo.

—Si ambos están en la misma sintonía, sí. Es decir, que perciba las feromonas del chico y acepte el mensaje. De otro modo, podría sentirse acosada.

—Yo nunca he estado en un gimnasio mixto, ni he percibido esos mensajes —Teresa miraba sus tenis, cuidando sus pasos sobre la grava, y sus palabras—. En el instituto donde trabajo, somos puras chicas y ahí la atmósfera es distinta. Es como una hermandad donde hallas complicidad, solidaridad... y las mujeres se dan consejos unas a otras o se cuentan historias, sin importar la edad.

—Perdona que sea tan pesimista, pero ello sucede porque no hay ningún trofeo o premio por el cual competir. Cuando no

existe la competencia, las mujeres somos muy amorosas unas con otras, aunque no nos conozcamos.

—¿Y los hombres? —Teresa sintió curiosidad.

—No lo sé de cierto —rio—, no soy hombre; pero supongo que ellos compiten todo el tiempo.

Teresa de verdad esperaba que le diera una respuesta, exigía que La Juana le diera su opinión como siempre. Entraron a la nave de Julio Verne y ya instaladas en las butacas, la Mujer Tarántula se puso seria:

—De los hombres, sé muy poco. Cada vez que creo conocerlos, me he ido de espaldas. Sólo sé que algunos no perdonan que queramos usurpar posiciones, privilegios u obligaciones que por años ellos han ocupado. Entonces, te castigan con actos inesperados, en silencio, sin previo aviso ni explicación. A veces, sólo desaparecen cuando más los necesitas, ese es el castigo más recurrente.

—No entiendo...

—Porque no te ha pasado. En mi experiencia personal, fueron adorables mientras jugaba respetando sus reglas; pero cuando las alteré, perdí.

—¿Y cómo saber cuáles son sus reglas? —Teresa miraba que la alfombra que cubría la nave era roja.

—Nuevamente te hablo de cómo me fue a mí y de ninguna forma son cápsulas de verdad absoluta. Pero he oído amigos hablar de lo desabrido que les sabe estar con una mujer que les ha declarado su interés. Aun cuando antes se interesaran en ella, el hecho de ya no tener ese juego de presa-cazador que les fascina, hace que pierdan interés en la presa cuando esta toma el lugar activo del juego, rol que sólo ellos quieren jugar. Ellos nos quieren frágiles palomas, quietas, silenciosas y pasivas; sobre todo pasivas. Volviendo al ejemplo de los gimnasios mixtos de los que te hablaba hace un rato, ahí los únicos autorizados a comportarse como pavorreales, son los hombres. Imposible que una mujer haga eso, sería una *obvia* en el sentido despectivo de la palabra,

una *facilota*. Esto, claro está, no ha impedido que las mujeres desarrollen otros mecanismos sutiles de comunicación que no opaquen a los hombres en ese juego eterno de la presa y el cazador. El problema conmigo es que yo siempre llegaba con toda la caballería para cercar a mi presa y ofrecerle mi corazón. Sobra decirte que salían huyendo despavoridos. En silencio, siempre en silencio porque de estas cosas no se habla. Entonces, tenía que frenar en seco y muchas veces mis perros de caza se fueron de hocico sobre el pavimento, y yo junto con ellos. No sé, nunca supe estarme quieta, era demasiado impaciente. Yo quería ser halcón y atraparlos al vuelo.

—Yo no tengo papá que me enseñe, y mi mamá usa métodos que no me gustan: como hacerse la indefensa, pero a la vez bien sexy, como si quisiera atraer a todo el mundo. Tiene muchos “amigos” que le resuelven la vida, le hacen favores y la siguen como moscas. Yo decido no jugar así; aunque tampoco conozco otras reglas. Sólo sé que quiero resolver mi vida por mí y ser yo —Teresa movía las puntas de los pies, sin lograr tocar el piso alfombrado de la nave.

—Las mujeres independientes que no sigan las reglas de este mundo masculino, serán castigadas. Te lo digo yo.

—¿Qué tanto sabes de esos castigos?

—Yo he sido castigada por querer vivir una vida de hombre: autosuficiente, independiente, mi propia jefa. Pero al menos, me he vuelto un espectáculo a los ojos de todo el mundo y hoy tengo una empresa. Como te dije antes, quiero asociarme para mejorar el show.

—Pensaba que era un castigo por desobedecer a tus padres, afirmaba Teresa con ingenuidad.

—En cierta forma, desobedecí a los padres, de los padres, de los padres de mis padres. En otro momento te contaré mi historia. Oye, me gustaría llevarte a un lugar que me gusta —le dijo La Juana cuando llegaban a su camerino—. ¿Cuándo es tu próximo día libre? ¿Hasta el martes que viene?

—Pues... —Teresa miraba el cielo como buscando en su memoria, mientras sus manos descansaban en los bolsillos de su livián dos tallas más grande. Segundos más tarde encontró la respuesta que quería dar.

—¡Ya sé! Este domingo puedo faltar porque me nombraron la empleada del mes...

—¡Bravo! —la Mujer Tarántula alzó sus dos patas delanteras—. Entonces iremos el sábado en la noche a ese lugar que te quiero mostrar. La feria cierra a las 11, ¿te veo a esa hora?

—Vendré más temprano para ver tu última función y nos encontramos en la salida.

—O pasas al camerino después de la función. Estaré esperándote.

Teresa dudó en preguntar, pero había que ser precavida:

—¿No necesito que me anuncien desde la entrada? No quiero incomodarte...

—Teresa, ya no es necesario —Juana apoyó su patita delantera en el hombro de Teresa para manifestar su confianza y complicidad—. Ahora te espero cada vez y siempre te percibo cuando llegas: conozco tus pasos, la ligereza con que caminas, la lentitud al subir los escalones cuando quieres parecer discreta, los dos toques queditos que das a la puerta antes de golpear tres veces con fuerza y hasta percibo el cambio de vibraciones en tus movimientos cuando te vas, como más contenta que cuando llegas.

Teresa sonrió mirando hacia las piedrecillas del piso, se sintió descubierta. La Tarántula se inclinó para alcanzar su mejilla y le dio un beso, apoyándose en sus patitas traseras y laterales. Teresa se quedó inmóvil cuando percibió su cercanía, cerró los ojos y aquellos labios se adhirieron a su cara: estaban tibios.

—Te espero el sábado —se fue caminado cargada hacia su lado derecho.

Noche de tarántulas

Llegó el sábado en la noche. Teresa pidió a sus compañeras del Instituto de Depilación y Belleza que la maquillaran y le laciaran el cabello durante el día. Se puso un vestido de mezclilla que le había pedido prestado a su prima Susana y se presentó en la feria.

El último show de la Mujer Tarántula era a las 10 p.m. e incluía un espectáculo de luces con un faro “buscador de estrellas” que se encendía cuando el altavoz de la feria invitaba al público a acercarse, y finalizaba apuntando a La Juana, justo cuando la voz en *off* decía:

“Es una maldición de mis padres por no obedecerles”.

La Mujer Tarántula odiaba esa luz que le lastimaba los ojos. Afortunadamente, sólo tenía que padecerla en los dos últimos shows de la noche del viernes. Al terminar, encontró a Teresa en su camerino.

—Estás hermosa —le dijo Juana cuando la vio—, me encantas, ¡qué lindos cabellos!

—Gracias, tú también te ves muy guapa —dijo Teresa mientras se saludaban como en París. Así decía la Mujer Tarántula cuando se saludaban a doble mejilla. Ella traía un mini vestido plateado, cuello redondo y diez mangas. Generalmente, no se vestía, le bastaba con su cuerpo cubierto de pelos, pero “hoy estoy de celebración”, le había dicho a Teresa, era la primera vez que salían juntas.

—Quítame la peluca, por favor —le pidió a Teresa—, esta vez no necesito llamar la atención. Además, saldremos tú y yo nada más, sin El Jarocho. Nos llevará el chofer de los Pérez-Grovas.

Teresa le quitó la peluca y la colocó sobre una cabeza de plástico que había en el tocador. Juana sacudió la cabeza de un lado a otro, alborotando su cabello con la patita derecha. Pronto, sus cabellos cortos y lacios tomaron su lugar, cayendo sobre su frente.

—Listo —dijo con voz festiva—. ¡Vámonos!

Llegaron a un sitio llamado Wave: era muy luminoso, con luces neón y un faro buscador de estrellas que apuntaba al cielo; era un sitio para bailar, beber y divertirse.

Contrario al exterior, estaba muy oscuro. La Tarántula se movía con naturalidad, incluso saludando a personas que conocía. Teresa, un paso atrás, caminaba muy despacio esperando acostumbrarse a la penumbra. Juana le tomó la mano para guiarla. Nuevamente sintió la suavidad de los pelitos como de gato en su mano. La música era movida, agradable, pegajosa. Se quedaron en una mesa, cerca de la pista de baile.

—¿Vienes seguido aquí? —preguntó Teresa mientras se instalaban ante una mesa con bancos. Como la música era muy alta, tenían que hablarse al oído, más bien gritarse.

—Sólo cuando tengo buena compañía —Juana la miraba directamente a los ojos, sonriendo con una mirada que penetraba a Teresa. Luego de terminar su frase, volteó hacia la pista.

—Se me hace que has de ser muy “dandy” y vienes bien seguido —dijo Teresa, que pronto se dio cuenta de que, con esa frase, estaba aceptando que venía en plan de cita. “Uy, pensó, se me hace que la regué”.

—Mira —le dijo la tarántula con la vista puesta en aquellos que bailaban.

—¿Qué? —Teresa no había puesto atención, le parecían personas normales. Pero ya, observando bien, vio que en la pista había otras tarántulas. Es decir, otras personas con brazos de tarántula bailando con humanos normales.

—¿Por qué tienen los brazos llenos de pelo? —preguntó Teresa.

—Mira bien sus piernas —le dijo ella.

Siguió con la mirada las piernas de un hombre en la pista, no sin dificultad, pues la luz era escasa y descubrió que no usaba zapatos. Las piernas del pantalón terminaban en una pata gorda y oscura.

—¿Tiene la pata hinchada?

—Son tres patas en cada pierna del pantalón —ella le hizo observar que además llevaba camisas de manga larga— llevan dos patas en cada manga —agregó.

—¿Y por qué lo hacen? —Teresa no podía dejar de mirarlos—, pues se mueven como si trajeran zancos, con sus patas amarradas.

—Sí —dijo la tarántula con amargura— tratan de pasar desapercibidos; pero no se puede, siempre hay algo que los delata: un gesto, algo en el caminar, el largo de los brazos. Existen señales que siempre nos definen a aquellos que trasgredimos las reglas de nuestro género. Aunque, en otro tiempo, ellos también fueron humanos. Igual yo, sólo que yo me convertí en tarántula inmediatamente. Pero hay otros casos en que primero empiezan a ponerse más velludos, luego se les alargan las piernas. Hasta que un día, después de pasar una mala noche con dolores, despiertan y se han vuelto lo que yo: una tarántula. Luego, aprenden que ha pasado su primera muda de piel; aunque en realidad es un exoesqueleto.

—¿Una muda? —Teresa no podía quitar la cara de tonto asombro que se le había puesto, por lo que La Juana explicó:

—Los artrópodos tenemos el esqueleto por afuera no por adentro: se llama exoesqueleto, es como una armadura. En la muda se nos forma uno, quiero decir, uno nuevo. Por ejemplo, después de pasar varios meses en que los vellos de mi cuerpo aumentaban, tuve la peor noche de mi vida, con fuertes ardores de piel. Luego, amanecí en la mañana con un esqueleto por fuera y con forma de tarántula.

—¿De tarántula? —la voz de Teresa era casi inaudible, así que la Mujer Tarántula se acercó más a su cara. Podían rozarse las mejillas de una y otra.

—Así es —dijo La Juana respondiendo con paciencia las preguntas obvias de Teresa.

—¿Y por qué te pasó eso? —Juana encontraba que las preguntas de Teresa no sólo eran obvias, también ingenuas; pero al menos, honestas. Así que se preparó para responder con la misma honestidad:

—Porque el pueblo entero me señaló de monstruo, yo me lo creí y actué en consecuencia... Luego me convertí en esto.

Teresa la miraba confundida, lo que la tarántula aprovechó, como buen “dandy”:

—Ven, baila conmigo —La Juana cambió el tono de voz y tomó la mano de Teresa con una de sus patitas. Teresa apretó esa patita de pelos suaves y se dejó llevar a la pista. Allá también había humanos como ella, bailando con tarántulas y tarántulos, disfrazados de personas. Todos buscaban divertirse, pasar momentos juntos.

|CAPÍTULO 8|

Diario de sueños I

Me besó de nuevo. "¿Volveremos a vernos?"—le pregunté—. "No lo sé —me dijo—, no tenemos nada en común, no sé si podemos coincidir pero voy a tratar de verte. Te nombraré Brisa, para que cuando te llame, vengas a cubrir toda mi piel y me recorras gotita a gotita".

Eso dijo mientras su mano resbalaba por mi pecho, entre las lágrimas que bajaron hasta quedar atrapadas en sus dedos.

La primera vez que nos encontramos fue mientras soñaba que estaba en la banca de un parque. Nunca hemos vuelto ahí. Aquella vez sólo nos miramos por largo rato. Ahí descubrí la profundidad de sus ojillos negros, pequeños e insignificantes a simple vista, pero tranquilos y suaves si me miraban por largo tiempo. En cambio, yo causé revuelo porque mis senos traspasaban la ropa, como si miraran fijamente. Luego, me fui a soñar con mis amigas.

La segunda vez, soñé que empujaba la puerta de cristal de un hospital. Al entrar, estaba ahí, al fondo de la sala, sobre un escritorio, en posición de Flor de Loto.

—¿Cómo me encontraste?

—No lo sé —dije—, es la primera vez que vengo aquí.

—Búscame otra vez —me dijo.

—Búscame tú.

Diario de Sueños II

Se llamaba Tony y estudiaba medicina. Tenía problemas con el lenguaje poético y la terminología médica. En realidad, no conocía su nombre; pero tampoco era importante. Usábamos nuestros nombres favoritos para llamarnos. Nos habíamos encontrado, nos habíamos reinventado. Él tenía el cabello muy chino y muy negro. A mí me gustaba enterrar mis dedos en esa marea oscura mientras uníamos nuestras cinturas, atrayéndome una y otra vez. Yo comenzaba a sentir sed cada vez que su mano hacía contacto con mi piel.

La siguiente vez coincidimos en esta habitación donde escribo.

Aquí, en este espacio, he tenido el mejor sueño recurrente de toda mi vida.

Aquí, en esta piel, escribo mi diario.

En este diario indeleble que camina conmigo,
que respira conmigo, registré a Tony.

Este diario que mi madre nunca va a leer.

Carta sin sueños

En el puesto de los cocos el viento soplaba caliente y Susana sentía un dolor de cabeza por el sol. La sombra del pino salado ya se había desplazado, y bajo una lona de plástico no hay gran sombra. ¿O será que la cabeza duele por tantos pensamientos hirviendo dentro?

“A lo mejor el dolor de cabeza es para evadirme porque Joaquín sacó el tema de la carta y ahora está callado, mirándome con sus ojos y sus hermosas cejas oscuras... y esas pestañas que parece que se mueven en cámara lenta de tan largas, rizadas y... ¡aaah!... hace un calor maldito, pero al menos ahora estamos bajo esta sombrita y ya con el coco helado no se siente tanto. Joaquín me fija la mirada. Está con una mano en el bolsillo del liváiis, se ve que la trae hecha puño; apretada como su mandíbula”.

—¿Por qué aprietas los dientes? ¿Estás molesto? —preguntó mientras le daba un sorbo al agua de coco.

“Y ni modo, tengo que decirle la verdad a medias: oficialmente no sé nada de la carta, porque a mí nadie me ha dicho directamente nada, ni la he tenido en mis manos. El hecho que yo sea muy intuitiva y observadora, es otra cosa”.

—A mí Teresa nunca me dijo nada, aunque fuera su prima. Ya ves que te confiaba más cosas a ti que a mí...

—El Rangel me dio esta copia, pero está incompleta, le faltan hojas. El agente ni se había fijado, creo, porque no lo mencionó —empezó a desdoblar las hojas arrugadas.

—¿Cómo sabes que le faltan hojas?

—Nadie que se vaya de su casa deja una carta de despedida nomás para contar anécdotas inútiles. Falta como mínimo, el clásico “no me busques” y esta carta no lo tiene; deduzco que le falta más contenido.

“Vaya, aquí todo el mundo es intuitivo y observador”.

—¿Y qué más dice?

“Por más que sorbo ya no consigo sacarle nada al coco”.

—Ten, léela y vámonos.

Mamá:

Ya sé que te va a parecer raro que te escriba si te tengo aquí enfrente para decirte, porque tú me estás viendo que escribo, pero acabamos de pelear y sé que no vamos a hablarnos en días. Tu orgullo te impide preguntarme qué escribo, además, no tardas en pedirme que me vaya de casa durante el fin de semana, dirás que por causa de nuestra pelea vas a querer quedarte sola. Ya me la sé. Precisamente por esta recién pelea es que me decidí a escribirte, porque ya entendí que no podemos comunicarnos. No mientras yo esté en “la edad de la punzada” y tú estés entrando en la “pre-menopausia”. Sí, así me dijo la orientadora de la escuela. Además, es difícil hablarle de mis cosas cuando en la tele hay mujeres a quienes les harías más caso que a mí. Seguiré escribiendo con la esperanza que quieras leerla. De todos modos, le dejaré esta carta a mi tía Paty, para que te la entregue cuando te hayas calmado, porque eres capaz de quemarla o romperla sin leerla. A lo mejor le digo que te la lea en voz alta. A estas alturas ya no importa si ella se entera de nuestras broncas.

Sabes, mamá, ha habido varios cambios en mí pero tú no te has enterado. Ya no soy la misma. Y quiero me conozcas como soy porque, si no volvemos a vernos, al menos quiero que quedemos en paz. Ya no quiero más gritos, no quiero hacerte más reclamos, quiero hacerme cargo de mí, quiero que cada quien siga su camino. Yo sé que después de leer esta carta no vas a buscarme, estarás demasiado enojada. Es más, casi estoy segura que vas a quemar o enterrar todas

mis cosas en el patio de atrás de la casa. Luego harás remodelaciones y mi cuarto lo volverás gimnasio, estudio o meterás ahí la lavadora y la secadora. Estoy segura que un día sabrás que estoy en la ciudad, pero no harás nada por buscarme. Ya me la sé. Así eres tú, amá, pero no le hace, ya estuvo. Quiero irme en paz, sin pleitos. Soy demasiado feliz como para guardar resentimientos. Por eso necesito decirte esto, porque no volveré a repetirlo:

“¿De dónde habrá sacado Teresa esa fuerza para esos rollos a la luz? si siempre todo se le iba hacia dentro de su cuerpo flaco y prieto... siempre se tragaba todo lo que le pasaba y no lo dejaba salir, así fueran penas, sueños, enojos, reclamos, sonrisas. Parecía un hoyo negro que absorbía todo. Nunca, casi nunca comunicaba nada...”.

Te escribo, mamá, porque sólo escribiendo puede salir la verdadera yo. Te parecerá raro pues nunca antes me has visto escribir. Pues ese es el primer secreto que voy a revelarte: adoro escribir. Llevo años haciéndolo. No has podido leer nada porque, aunque has volteado mi habitación de cabeza, no has encontrado mis escritos: escribía sobre mi piel, madre: sobre mis brazos, sobre mi vientre; sobre mis senos. Mis hombros y mis muslos eran mis sitios preferidos. Ahí la piel es firme y se puede escribir fácilmente con cualquier tipo de pluma. ¿Por qué crees que siempre me ponía pantalones y camisas de manga larga, aún en verano? Todos los días en la mañana, antes de vestirme, repasaba mis escritos con pluma de alcohol. Allí mismo los corregía, si era necesario, escribiendo con otro color y repasándolo al día siguiente.

Cuando estuve con Joaquín la primera vez y él conoció mis escritos, comenzó a transcribirlos en su computadora. Trabajamos hasta el día siguiente. Eran demasiadas letras. Fue la vez que no llegué a dormir a casa sino hasta la mañana siguiente. Tú hiciste un escándalo ¿Te acuerdas? Me llevaste a rastras con el médico, para ver si seguía siendo virgen....

“¿Y si al fin la Teresa se hubiera decidido y la carta fuera sólo el pretexto para soltarle todo sin interrupciones y contarle lo más importante que había vivido en los últimos meses?”.

... Oye, mamá, no me lo vas a creer, ya sé. Yo tampoco lo creía pero algo pasó dentro de mí. Es el otro secreto que me falta decirte, no creo que te guste: Me siento otra persona, como una mujer nueva que yo misma desconocía.

—Si ya te acabaste el coco, ¿nos podemos ir, por favor?, me siento sucio y me quiero bañar.

—Espérame, deja pido que nos corten el coco: Mushasha-aaa, ya nos acabamos el agua, ¿puedes ponernos la carnita en bolsas para llevar con limón, sal y chile? ¡Gracias! Sígueme contando qué más te dijo el agente panzón.

La joven comerciante de cocos, con una gubia separaba la carne de la cáscara en pequeñas bolsas de plástico transparente. Joaquín terminó de contarle a Susana lo que habló con el agente:

“Ahí le había dicho la neta, que no sabía nada de la carta. Luego, el agente se sacó del bolsillo del pantalón un puño de hojas dobladas en cuatro y le preguntó a Joaquín si las conocía. Él tuvo que poner cara de *poker face* pa’ que no se le notara el asombro de que esos textos eran copias del diario de Teresa”.

Ahí, entre las manos gordas del agente, impresos en papel reciclado y numerados con claves que sólo los policías comprenden, estaban los secretos de Teresa, expuestos, desnudos, incluso subrayados con tinta azul...

Diario de Sueños xv

Búscame aquí siempre. Memoriza este espacio, aprende sus colores, sus muebles. Recuerda este olor a madera. Haz que todo coincida en tu cabeza mientras sueñas, recuérdalo todo al mismo tiempo. Cuando todo eso coincida, tú y yo coincidiremos.

Yo tampoco sabía cómo encontrar a Tony. Cuando despertaba mojada de sudor, trataba de recordar dónde había estado. Con el tiempo comencé a tener ciertas sensaciones sobre esa habitación, lo que había hecho y escrito en mi diario. Para cuando pude evocar esta conversación, tenía dieciséis años cumplidos y aprendí que había ciertas condiciones para llegar a coincidir: dormir del lado del corazón, con mis manos en la entrepierna, poca cena y cosquillas bajo el vientre.

A veces, él no llegaba a la habitación y aparecía soñando en otros lugares, según me contaba después. Yo tenía que esperar y esperar, y sacar las manos de mi entrepierna porque afuera había muchos hombres que golpeaban la puerta, pidiendo entrar en mi sueño. Otras veces, también se equivocaba de puerta, dependiendo de su sueño y aparecía en fiestas o conciertos. Yo siempre trataba de explicarle qué hacer, cómo dormir, pero sin éxito, porque olvidaba mis consejos al despertar.

Diario de Sueños v

Hoy quiero dormir y reunirme contigo. Quiero encontrarme de nuevo con tu ternura. Esa que siento bajo las yemas de tus dedos, que sale de tu boca, que encuentro en tus ojos cuando buscan los míos. Ternura de tu piel con que me abrigas, de tus manos que siempre son más grandes que las mías.

*Tu corazón en un abrazo
cae exhausto
abatido
enamorado.
Yo lo recibo entre mis manos
cobijado
protegido
pequeñito.*

*Y el mundo
con todo su caos
se detiene para mí.*

Teresa tomaba notas, Joaquín transcribía en su computadora y revisaba; hacía sugerencias sobre una copia en papel. Ambos lo comentaban, tachaban, añadían. Teresa volvía a corregir en la computadora. Joaquín le había dado una llave. Ella entraba

por las tardes o en su día libre, imprimía de nuevo, le dejaba la copia a revisión. Luego, Teresa rompía todo y dejaba sólo el texto virtual. Era demasiado arriesgado, pensaba Joaquín, si invadiera un virus, todo se iría al carajo. Ocultó una copia en papel en una lata vacía, *chicken rice* en la propia cocina de Teresa. Ahí estaría a salvo de su madre, autoexiliada de las labores culinarias, y de la propia Teresa, quien no comía enlatados. Era el escondite perfecto para preservar una copia de tantas vivencias, tantas historias, tanta poesía, hasta que llegó el agente Rangel.

“Me quedé pensando en lo triste que fue para Teresa no encontrar a nadie en quién confiar. Nadie sabía de ese diario, sólo Joaquín y ella misma. En fin, creo que los últimos días en casa con mamá y conmigo, la hicieron sentir mejor, estoy segura. Mientras era interrogado en San Luis, Joaquín le contó al agente lo que ya sabíamos: él ya conocía esos papeles, él mismo le había ayudado a capturarlos en su compu, y Teresa originalmente traía apuntes de esos textos escritos encima de ella.”

AGENTE RANGEL: ¿Cómo encima?

“Preguntó el agente que ya se había puesto de pie y estaba a punto de orinar en el retrete”.

JOAQUÍN: Así, encima...

“Obvio que Joaquín le explicó que el cuerpo de Teresa estaba lleno de apuntes poéticos. Era hora que el agente no acababa de mear. Aun así rezongó preguntando ¿y eso pá' qué? Y se enfrascaron en aclaraciones”.

JOAQUÍN: Para que su mamá no los leyerá.

AGENTE RANGEL: Cuéntame bien, cabrón, ¿cómo que no quería que supiera su mamá? Por cierto, qué buena está esa vieja, me cae... —dijo el agente sobándose los bigotes.

“Mientras el agente se sobaba los bigotes pensando en mi tía, Joaquín le explicó que conoció a Teresa hacía dos años, lo de la transcripción y corrección de los textos en su computadora; de la llave que Teresa tenía y del acceso ilimitado para que Teresa siguiera escribiendo, ya en la compu, no encima de ella”.

AGENTE RANGEL: Tendremos que ver todos los textos escritos en esa computadora.

“El agente se puso a dar pasos por la celda, muy en actitud de investigador. No llegó muy lejos porque las celdas miden no más como dos metros, pero se puso a caminar de ida y regreso. Cuando Joaquín le respondió que no había nada más que ver, se le acercó en plan intimidante, mirándolo a los ojos”:

AGENTE RANGEL: Tú sabes que no son todos. Aquí no más están las hojas donde habla de ese muchacho, el tal Tony. ¿Eran novios?

JOAQUÍN: No.

Joaquín le sostuvo la mirada.

AGENTE RANGEL: ¿Cómo sabes? ¿Ella y tú eran novios entonces?

JOAQUÍN: Tampoco.

AGENTE RANGEL: Pero a ti te gustaba, ¿no?

Primero, el comentario del agente le recordó la pérdida: extrañaba a Teresa. En los últimos meses se la habían pasado juntos. Eso se sintió como un pellizco largo que le estiraba la garganta hacia abajo y le obligó a pasar saliva. Luego, le golpeó el ego, él se veía a sí mismo como un chico afortunado con las mujeres; hasta que llegó Teresa. Eso le provocó un calor que subió desde la garganta por la nuca hasta la coronilla y le obligó a pasarse la mano por el pelo. Finalmente, le hizo sentir desencanto “pinche vida, y encima aquí encerrado valiendo nada”. Se sintió indefenso, entre esas paredes grises que recorrió con la mirada, se metió las manos en los bolsillos del liváis y se recargó en el muro lateral, para agarrar fuerzas, respirar y contestar que sí, que Teresa le gustaba.

AGENTE RANGEL: ¿Habría una posibilidad que se haya ido con él?

JOAQUÍN: No, Tony no es nadie. No existe.

AGENTE RANGEL: ¿Cómo que no existe? Si le escribe cuánta cosa...

“Joaquín me dijo que había tenido que buscar un puntito en el techo, una esquina donde enganchar la mirada para poder hablar de cosas que no le eran propias, y que además le recordaban el desencanto de verse despojado de la mujer que quería; y por culpa de quién sabe quién, cuya identidad Teresa protegió siempre. Entonces, habló y contó que Teresa, siempre imaginativa y obsesiva, se fabricaba sus historias de amor y aparte, se las creía sola. Le contó que el nombre lo había sacado de una sudadera que se había encontrado en un montón de ropa usada del mercado sobre ruedas. Era una sudadera azul marino con un nombre bordado que decía ‘Tony F.’. Era de algún equipo deportivo gringo, porque en la parte de atrás tenía impreso en letras blancas TRINITY, así, con mayúsculas. Teresa compró la sudadera, la llevó puesta una semana completa y durante ese tiempo imaginaba que Tony se la había regalado y entonces, escribía en su diario sobre una historia de amor con ese Tony”.

JOAQUÍN: Eran cosas que nunca sucedieron de verdad, nomás en su cabeza.

AGENTE RANGEL: ¿No será que hablas por celos y quisieras que no existiera ese tal Tony? ¿Qué tal que se fue con él?

Joaquín guardó silencio, volvió a repasar los tres sentimientos anteriores; de nuevo pasó saliva y se rascó la coronilla, mirando hacia las hojas arrugadas del *Diario de sueños* que el agente Rangel aún sostenía en la mano. Tampoco le aclaró la confusión que el agente manifestaba sobre si eran puros sueños o cosas reales lo que en el diario había. ¿Para qué? si ni siquiera se había atrevido a aclararlos con la propia Teresa, porque pensaba eran parte de las licencias poéticas que todo escritor se toma.

Diario de sueños XXVIII

¿Por qué tengo nostalgia de tus manos sobre mis hombros, frotando mis brazos, en este andar primitivo como la vida misma?

¿Por qué me da escalofrío recordar tu lengua en mis labios, en movimientos tan nobles, como prosaicos?

¿Por qué busco ver mi figura reflejada en espejo de tu mirada?

¿Por qué ansío perderme en ti y explorar una a una las líneas de tu corteza y las ramas de tu cuerpo?

¿Qué es esto que llevo en el pecho y me dirige en pos de tus deseos no manifiestos?

Yo debía sacar las manos de mi entrepierna porque afuera había muchos otros hombres que golpeaban la puerta, pidiendo entrar.

Recuerda este olor. Haz que todo coincida en tu cabeza, recuérdalo todo al mismo tiempo.

Tony, Tony. ¿Dónde estás?

Una noche, algo comenzó a gritar debajo de mi ombligo ¿Qué me pasa? Son tus ovarios, me dijo Tony, ya vas a hacerte mujer. Desperté entonces con una sensación de calor. Me dolía el bajo vientre, pero ya no los oí gritar. Al día siguiente menstrué por primera vez, a mis 17 años.

Entonces toqué la locura. Tony no volvió, había dejado de soñar conmigo y yo no estaba lista para eso. Yo quería

tenerlo sobre de mí todo el tiempo, como la sudadera. Quería escucharlo noche tras noche, como mis discos favoritos. Yo quería seguir soñando en su compañía. Comencé a vagar como autómatas por todos los pasillos, habitaciones, espacios donde existiera la menor posibilidad de encontrármelo. Comencé a llamarlo en mi pensamiento, después repetía su nombre en cada lugar. Seguí llamándolo a gritos y Tony no respondía a mis llamados. No quise entender sus señales de indiferencia y seguía durmiendo del lado del corazón, con la mano entre las piernas, evocando su recuerdo, sus manos, su voz, mi estremecimiento.

Lo llevaba dentro mío, por debajo de la piel.

Escribí mil páginas imaginarias en mi diario con recriminaciones, diálogos, preguntas. Seguí alimentando mis recuerdos con utopías.

La intensidad me marcó entonces. Deseaba fuertemente verlo, hablarle. Como no podía lograrlo, me desesperaba; quería gritar, pero las palabras no salían de mi boca. Así pasa cuando se sueña. Ahora sé lo que son las ansias, las experimenté en carne viva. No quería ver a nadie, sólo dormía para buscarlo. En sueños visité los hospitales para ver si lo encontraba, si la coincidencia lo llevaba hasta mí.

Intenté decir a gritos palabras, poemas, peticiones eróticas. Gritaba sin abrir la boca, ésa es la clave. En consecuencia, las personas en los sueños reclamaron que no los dejaba dormir.

*Me volví retraída para seguir soñando despierta
perdí el equilibrio*

Me cansé de buscar y no encontrar

Quise entonces llorar de muchas maneras

llorar con mi voz

Quise llover sobre la tierra

*que mis ojos gritaran lágrimas
Quise verter mi dolor lejos
más allá del límite de mis ojos
que mis lágrimas cantaran mi nombre y su nombre
Quise que él se inundara con mi llanto dolorido
bebiera mi dolor y lo llevara lejos
se ahogara con mi nombre y su nombre
que cada una de mis lágrimas resonara en sus oídos
cabeza
ojos
Y lloré mucho
intensamente.*

Ahora, en mis sueños ya no está él. Hace mucho tiempo que no viene. Tal vez no encuentra el camino de regreso, o es pura indiferencia. Sólo recuerdo sus palabras: "escribe para mí cosas bonitas en tu diario".

Empecé a escribir con tinta roja, roja como mis ojos hinchados y las mejillas turbadas, como mis labios agonizantes y la sangre de mi período.

Sigo frecuentando esa habitación. Ahí puedo ser yo y escribir como quiera, en este diario que ya ni siquiera él va a leer.

Diario de Sueños XXXIII

Era él, estoy segura, fue en un restaurante al que fui sola. Lo vi y no pude dejar de mirarlo. Él se sintió impresionado pero no me reconocía. Yo quería hablarle, decirle que era yo quien lo llamaba en mis sueños, que yo era Brisa de Verano, la niña mimada que lo invocaba.

Escribí sobre una servilleta todas las indicaciones para que nos encontráramos de nuevo en el sueños. Mientras lo buscaba con la mirada, vino un mesero y se llevó todo, también la servilleta.

Quiero decirte que soy Brisa, leerte fragmentos de mi diario, sentirte como ahora siento al viento, fresco y travieso, recorriendo mi cuerpo y jugando con mis cabellos; sentirte como siento al mar, como al sol, centímetro a centímetro hasta cubrirme de sudor.

Esperé hasta el final de la cena para ver si reunía fuerzas y hablarle, pero no pude. Cuando se marchaba vi que su carro era gris, con un caballito en el cofre. Se fue y no pude decirle nada. No pude. La semana siguiente estuve soñando despierta. Lo estuve soñando a él.

Tony, debo escapar de tu mar y de tu viento porque me lastima recordarlos.

|Capítulo 9|

La misión

—¿Tú y yo somos amigas, verdad, Teresa?

—¡Por supuesto!

—Necesito que hagas algo por mí.

—¿Qué necesitas?

—Necesito de tu compañía por varios días, el día completo... también la noche.

Estaban de frente al mar. Amanecía en la terraza de una habitación, en el quinto piso de un sitio en algún punto entre Rosarito y Ensenada. Había humedad en el aire y eso disminuía la sensación térmica, por lo que Teresa tenía frío. La Mujer Tarántula le había ofrecido su suéter y lo tomó, pero no atinó en cuál de las diez mangas metería sus dos brazos, así que le quedó chueco.

—Es muy largo de explicar, se llama “muda”.

—¿Por esa muda amaneciste con cuerpo de Tarántula?

—Así es como voy a cambiar de cuerpo, más bien de exoesqueleto, como dicen los libros. Se me va a caer esta cubierta que tengo y que ves, y se me formará otra, no es la primera vez y puede durar un día entero. El problema es que me pongo muy débil y otras veces he tardado semanas en recuperarme. Por eso te pido ayuda.

Teresa veía en su cara tintes azulados y violetas por la claridad incipiente. Se preguntaba si acaso la tarántula confiaba en

ella, si por eso le pedía ayuda. Pensar en ello le subía la autoestima. Habían llegado hasta ahí gracias al chofer de los Pérez-Grovas, de ellos era el departamento con terraza. Se habían pasado la noche bailando e intercambiando miradas hasta las tres de la mañana que cerraron el lugar. Luego, como en un juego, la Mujer Tarántula decidió tomar carretera y pidió que el chofer las llevara al condominio, del que tenía llave. Una vez ahí, pusieron música y bailaron tomadas de la mano hasta que comenzó a clarear.

—¿Necesitas algo más durante esos días?

—Sólo que me acompañes. Es muy duro pasar esto en soledad...

—El Jarocho, ¿no te ayuda en la muda?

—No confío en él. Por eso pido que tú me cuides. Ese tipejo no puede verme vulnerable o se me echará encima, maldito traidor. ¿Crees que puedan darte permiso en tu trabajo?

—Sí, voy a pedir mis vacaciones. Pero no importa si estoy trabajando ¿eh? Si lo necesitas yo estaré ahí. ¿Cuándo será?

—No lo sé con exactitud. Mínimamente, dentro de 15 días. Hoy empiezo un ayuno que me prepara para ese momento. Luego, la “muda” dura casi un día entero. Todavía después de eso, debo dejar pasar dos semanas para la recuperación. En ese tiempo se me formará otra cubierta nueva, que con los días va a ponerse rígida.

—¿A partir de cuándo me necesitas?

—De inmediato. En siete días comenzaré a debilitarme por la falta de alimento.

—¿Hasta cuándo podrás comer?

—Hasta después de que el nuevo exoesqueleto quede listo.

Comenzaron a recibir los primeros rayos de luz anaranjada. Teresa había preparado café para las dos. Ella bebía de una taza pequeña que sostenía con las manos, cruzada de piernas en una silla blanca de herrería. La Mujer Tarántula sorbía directamente de un tazón más grande que estaba sobre la mesa. Sentarse era imposible para ella, pues sus patas se atoraban en los descansabrazos de la silla.

—¿Y qué se siente? —extendió su mano para que la tarántula le diera una de sus patitas, como la noche anterior.

—Fatal —dijo la tarántula mientras las manos de Teresa le acariciaban una patita— lo que más me enoja es que pensé que iba a ser hasta el año entrante. Espero que este favor no vaya a ocasionarte muchos problemas.

—A mi madre no le importa si no estoy; pero no le puedo decir que me voy contigo. Le diré que me fui con mi padre para que no se enoje tanto.

—Cuando ellos hablen sabrá que no es cierto...

—Mi madre nunca habla con mi padre, pero no te preocupes, yo me las arreglaré.

Se miraron y sonrieron. Con la mesa de por medio, no podían hacer más; aunque Juana hubiera deseado ejecutar más de una estrategia de seducción, estaba bloqueada.

—¿Me dejas darte un abrazo? —se le adelantó Teresa.

—Sí, pero no me lo pidas —su voz tembló sutilmente, pero la Mujer Tarántula carraspeó para que no se notara.

—¿Y cómo lo hago? —era una pregunta estúpida, emitida sólo para llenar el silencio incómodo que aquel temblor de voz hiciera en el ánimo de ambas.

—Sólo hazlo —y se recargó torpemente en el barandal de la terraza, flexionando sus piernas traseras e irguiéndose un poco para quedar a la altura de Teresa quien ya se acercaba rodeando la mesa. La tarántula la vio como dando saltitos, llena de candidez. Se sintió un monstruo por primera vez, al tomar ventaja de su juventud, de sus favores. Su cuerpo empezó a resbalarse del barandal, justo cuando Teresa llegó a poner sus brazos alrededor de la cintura, evitando que cayera. La tarántula alcanzó apenas a recargar su cabeza en el hombro de Teresa, y a sentar su trasero. Entonces, de monstruo pasó sentirse un pequeño insecto inseguro y solo, muy solo, apenas al cobijo de ese abrazo. Teresa por su parte, miraba el mar, oía sus olas y sentía los pelitos como de gato rodeando sus brazos.

—Estamos bien así, ¿no? —irrumpió Teresa en el silencio, como dando saltitos con sus palabras—, quiero decir, con este abrazo y con el mar. ¿Sabes?, ya había querido abrazarte antes, pero no había sabido cómo y me sentía tonta nomás de pedirlo.

La tarántula hubiera querido romper en llanto en ese momento, soltar lágrimas liberadoras de la soledad y dureza con que se había conducido hasta ese momento, pero no se permitió perder la compostura. Sin embargo, algo de sinceridad le llamaba a corresponder con su amiga que le había perforado su coraza invisible y todas sus formas defensivas para enfrentar la vida.

—Yo me siento más estúpida aún. Debería tener más experiencia y no la tengo. Tampoco he abrazado a mujeres y no sabría cómo seducirte ni para qué hacerlo. Hay días en que me digo “puedo vivir sin ella” y otros en que cuento los minutos para que llegues a la feria.

Se quedaron otro rato en silencio, ambas oyendo el mar. Una que sí lo miraba, y otra que miraba su mar interior, por primera vez en calma.

Teresa tomó la palabra y anunció que tenía que regresar. Eran las ocho de la mañana, su madre despertaría al mediodía, así que tenía el tiempo justo para volver y llegar a su casa. La Mujer Tarántula le dijo que iba a quedarse, ahí pasaría su muda.

—Los Pérez-Grovas saben de esto que me pasa, y me rentan su departamento. Todavía tengo que acondicionarlo para la muda. ¿Hay algún problema si el chofer te lleva a ti sola y yo me quedo aquí?

—Ningún problema —Teresa tenía una manera particular de asentir, cerrando los ojos, como parpadeando largo.

—Cuando estés lista para acompañarme, vete a la Feria y pregunta por el patrón Pérez-Grovas. Él te enviará para acá con el chofer.

Se despidieron con cuatro besos, como en París. El carro arrancó y Teresa sentía como si dentro de su pecho los árboles de los alveolos se iluminaran cada vez que respiraba. Sin embargo,

no tenía claro cómo resolver todos los cabos sueltos de su vida. Cuando empezaba a pensar, algo se le nublaba en la cabeza y se aturdí o se desesperaba. Lo veía todo muy complejo, pero no quería preocupar a su amiga que bastante tenía con la muda que se le avecinaba. Lo que sí tenía claro es que debía, quería estar disponible para ella. “A ver —se dijo— tengo que estar lista con una maleta de ropa y cosas para un mes”. No sería mucho: sus dos pantalones y diez camisetas, calzones y una pijama que pediría prestada porque ella no tenía. Pero, ¿y la escuela?

El único recuerdo que le vino fue el festejo del 14 de febrero en la escuela preparatoria. Tenía dos horas libres. Ella había estado caminando y viendo a muchos de los jóvenes con camisetas de color rojo y el pantalón del uniforme. Sin embargo, había pocos estudiantes, pues algunos de sus compañeros habían decidido esconderse con sus parejas a celebrar. Otros vendían globos y regalos para reunir dinero para su fiesta de graduación. Se recordó sola por la escuela, observando a sus compañeros como a través de una cámara. Se sentía ajena. Había un puesto de registro civil en el que casaban a una pareja de novios y los enlazaban con una guirnalda roja, de esas que se habían usado para decorar en la Navidad anterior.

Luego, pasó por un puesto de cartas anónimas donde, por cinco pesos, se podía escribir una nota o ellos la escribían con su letra y la entregaban sin que se supiera el remitente. Los chicos de otros semestres jugaban en las canchas volleyball o basquetball, o paseaban con sus novias, abrazándolas tímidamente. Teresa los miraba pensando que ella también quería un amor, pero no tímido ni cohibido. Ella quería que la amaran como en las películas, que la siguieran y la cortejaran. Quería alguien que se arriesgara por ella, sin miedo al rechazo. Contra una pared alguien cantaba con una guitarra y en torno a él, unas cuantas decenas de espectadores de pie que lo miraban. Eran pocos en una institución que debía albergar cuatro mil estudiantes. Un barullo de gritos y aplausos la hicieron mirar hacia el registro civil; vio

a sus compañeros que reían enlazando otra pareja, y cómo estos se daban un beso tímido y avergonzado mientras todos gritaban. Teresa deseó que alguien la besara sin pedir permiso, que la tomara de la cintura y le plantara los labios encima, sí, que después le sujetara las mandíbulas entre sus manos, seguro de lo que estaba haciendo. Sólo que entre sus compañeros no había sido fácil encontrar alguien así.

Se durmió abandonando su recuerdo. Al despertar ya habían bajado la Rumorosa y los asuntos pendientes estaban más cerca. De pronto, alguien se le vino a la memoria. ¡Sí! A ella le pediría ayuda...

Lealtad

Llegó el día. Teresa fue a la feria sin arreglar ninguno de los cabos sueltos de su vida, excepto uno: su madre. Se aseguró de pelearse con ella el mismo día que se despidió de la Mujer Tarántula. Al llegar, la despertó para que viera que no había dormido en casa. Su madre la cacheteó, la desgredó, la insultó y la corrió de la casa. Teresa tenía una semana a partir de ese momento para preparar la fuga, pues era el tiempo que tomaba a su madre no hablarle, salir por las noches y llegar hasta la madrugada en el coche de alguien. Exactamente al viernes siguiente, escapó. Se fue a vivir a casa de su prima y desde ahí le escribió una carta que alguien más le entregaría. Por las noches hablaba con la Mujer Tarántula por celular. Al cuarto día, su amigo Joaquín la invitó a comer por su cumpleaños y ahí mismo le pidió que la acompañara a San Luis Río Colorado, una ciudad cercana a la suya, con la excusa de tomar el autobús a Guadalajara con su padre. Lo que no le dijo, es que se iría a buscar la feria de los hermanos Pérez-Grovas, que ya estaba en San Luis para esas fechas.

El día que los interceptara la policía en el Mercadito Ultra Express de la entrada a San Luis, Teresa traía puesto el uniforme escolar con la intención de pasar por una estudiante en un día normal. Sin embargo, cuando estuvo a punto de ser atrapada, le metió el pie a Joaquín, quien se tropezó hacia las ruedas del pickup patrulla. Entonces, Teresa corrió hacia lo oscuro, se tro-

pezó con una cerca, cayó de bruces, y así se fue arrastrando hacia los primeros matorrales. Llegó a una casa y la bordeó por atrás, rogando que no hubiera perros. Luego corrió hacia la parcela cercana. Ahí se quedó escondida en el fondo de un surco, aprovechando el follaje crecido, hasta que la noche se aquietó y dejaron de buscarla. Dios sabe cuánto tiempo pasó tirada de bruces, metida en el agua, pues la parcela en que se había escondido estaba en su cuarto riego, con los surcos inundados. Le dolían los huesos y sentía frío, pero no se movió mientras las luces de los reflectores barrían el terreno. Creyó oír sabuesos ladrando, pero estos nunca se acercaron. Entonces, caminó hacia la feria.

Atravesó la parcela y, antes de llegar a las casas, se puso el pantalón de mezclilla mojado y se quitó la camisa del uniforme, dejándose una camiseta. Escondió el uniforme en su mochila y siguió caminando. San Luis no era tan pequeño como esperaba, tuvo que recorrer muchas cuadras e internarse por la calle 26 para llegar a la feria. La gente en la calle la miraba de reojo al verla toda maltrecha. Teresa se fue zigzagueando por entre las calles para despistar a los transeúntes a quienes pedía señas de la feria y después temía que pudieran denunciarla. Cuando por fin llegó, eran casi las once. En la taquilla dio el nombre del patrón Pérez-Grovas y el de La Juana.

Inmediatamente, se apostó un auto con chofer a la entrada. Le oyó decir a la chica de taquilla: “Dice el Señor Pérez-Grovas que se vaya para el condominio desde ahorita, él le va a avisar a la señora, aquí está la llave”. Al Pérez-Grovas nunca lo vio, pero agradeció la gentileza del carro con chofer. Llegó a las tres de la mañana al pie del edificio de departamentos frente al mar. El chofer le dio su propia llave. “¿Dónde va a dormir usted?”, le preguntó al chofer, “donde sea, menos aquí que no estoy loco...”.

Entró por el estacionamiento y subió en el elevador. Al abrir, todo estaba en penumbra. Esperaba que le hubieran avisado a la Mujer Tarántula, pues no querría encontrarla de nuevo patas arriba como estrella de mar. La llamó dos veces y escuchó

sus indicaciones: “Puedes prender la luz de la sala, acá estoy en el cuarto. Por favor, procura no romper mis telas”.

¿Mis telas?, se preguntó Teresa al mismo tiempo que encendía la luz. Entonces comprendió: todo el piso del departamento estaba cubierto de telarañas, también las ventanas. Comenzó a avanzar, pero se le pegaban a los pies. Al pasar la cocineta, reconoció el comedor que estaba todo cubierto de telarañas. Perdió el rumbo de nuevo pero siguió avanzando hasta que chocó con un muro como de vidrio y recordó que eso era el ventanal que daba a la terraza. Alcanzó a oír la voz de la Mujer Tarántula: “Bueno, si se rompen ni modo, a fin que ya nadie más va a entrar”. Luego empezó a sentir que le faltaba el aire...

Despertó porque un rayito de luz solar, que se coló entre las telarañas, le pegaba en los ojos. Ya había amanecido. Se incorporó del suelo, pero se volvió a sentar hasta recobrar fuerzas y acostumbrarse un poco a las telarañas. Recordaba haber pasado un frío intenso a causa de su ropa húmeda. También ignoró sus ganas de hacer pipí; pero tenía pereza de ir a buscar una habitación en la madrugada. Además no quería chocar con algo de nuevo en la oscuridad. ¿Por qué la Mujer Tarántula la había dejado ahí tirada? ¿Dónde estaba ella ahora?

El umbral del pasillo que llevaba a las dos habitaciones estaba cerrado por una telaraña inmensa. Comenzó a abrirse paso con las manos, pero esta se le quedaba pegada. Se fue caminando pegada al muro, despegando la tela de araña con su mochila por delante, usándola como escudo y dando movimientos circulares. Bordeó hacia la izquierda y entró a la recámara. Ahí la capa de materia arácnida en la entrada era aún más espesa y gruesas telas cubrían las ventanas. Además el piso de la habitación estaba cubierto de una gruesa capa de tierra. Teresa la llamó en voz alta:

—¿Estás aquí? ¿Puedes abrir una ventana? No veo nada...

—No puedo, estoy demasiado débil.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Sólo quédate en silencio, con saber que estás aquí me tranquilizo ahora. Ve a la cocina, hazte desayuno.

—Me voy a bañar y regreso, ¿sí?

Ya no obtuvo respuesta, la Mujer Tarántula se había dormido. Ella caminó por el pasillo de regreso y entró al baño. Al menos ahí no había telarañas. Se duchó con agua fría porque no había de otra. Se envolvió en toallas porque su mochila con ropa estaba húmeda. Volvió a la entrada de la habitación donde la Mujer Tarántula dormía, se quedó en el umbral de la puerta, hasta que la tarántula le habló:

—En la otra habitación no hay tierra ni telarañas.

—¿Está bien si voy ahí y duermo un ratito? Desayunaré después.

—Anda, ve. Después me cuentas cómo estuvo tu viaje...

En la otra habitación entraba la luz solar, se veía el cielo y el mar azules. Teresa sintió descanso tan sólo de ver el cuarto espacioso e iluminado. Comenzó a sollozar mirando el mar, tal vez de cansancio porque había pasado por mucho para llegar con su amiga y esperaba un consuelo; pero ella estaba en peores condiciones. Al recostarse, se dio cuenta del silencio armonioso que imperaba en todo el departamento y por fin sintió que había llegado a un destino, que ya podía estar tranquila. La persecución había terminado. Estaba a salvo y se quedó dormida.

|CAPÍTULO 10|

Interrogatorio

AGENTE RANGEL: ¡Contesta, chingadamadre! —el teniente Rangel arrojaba saliva al hablar.

“Y fue en ese momento que Joaquín, según me dijo después, tuvo que decidir entre él o Teresa. Ella ya se había ido; él, estaba encerrado. Trató de cooperar lo más que pudo sin embarrarla, pero era claro que tenía que hacer cosas para salir de ahí. O sea, decir bien las cosas, para que el agente supiera que él no se la había llevado, como lo acusaba mi tía Mina”.

JOAQUÍN: Mire, agente, ese Tony no existe y yo no me robé a Teresa. Ella estuvo oculta varios días en casa de su prima Susana y sólo me contactó para que la acompañara aquí a San Luis. Si acaso ese Tony existiera, ¿por qué no le pidió ayuda para escaparse? ¿Por qué recurrió a mí? Cierto que ya antes, Teresa se había escrito cosas en la piel con el nombre ese de Tony. No sé si se trate de la misma persona o si ese nombre le haya gustado para fantasear y luego, con la sudadera en mano, haya completado su fantasía. No sé, pero yo nunca vi a Tony. Teresa y yo siempre andábamos juntos, pregúntele a su prima o a su mamá, si ella supiera de Tony, no me habría echado la culpa a mí. Sin embargo, así era Teresa, se inventaba historias como esa.

Lo que Joaquín no mencionó, porque tampoco lo sabía, es que esos encuentros sí sucedieron en el ámbito de los sueños. En sueños, Teresa encontraba a Tony y ahí mismo lo volvía a perder.

AGENTE RANGEL: ¿Y por qué si tú y ella no eran novios si siempre andaban juntos? ¿Ni un apañe ni nada?

JOAQUÍN: Ser amigos era suficiente para mí. No quería poner en peligro nuestra amistad.

AGENTE RANGEL: Qué pinche coyón eres, no me extrañaría que por falta de morra tuvieras un brazo más musculoso que otro... dame pues esos papeles pa' atrás...

JOAQUÍN: ¿Cómo los consiguió, los papeles?

AGENTE RANGEL: ¿Qué te importa? Es mi trabajo, soy agente investigador. Bueno, quedatelos y ya ve hablándole a alguien para que venga por ti. Vas a salir por falta de pruebas. Pero si te acuerdas de algo me avisas, ¿eh? Ocupas cooperar con la autoridad. ¡GUARDIAAAAAA! ¡ÁBRANME!

JOAQUÍN: ¿Ábranme o Ábranmen? —preguntó Joaquín con sorna.

AGENTE RANGEL: Síguete y te voa chingar...

“Ya veníamos por la carretera, entrando a la ciudad y ni lo sentí, por venir oyendo la historia del Joaquín y del alboroto que había armado la Teresa. Y esto, apenas empezaba...”

—¿Te dejo en tu casa? ¿O quieres comer en la mía?

—Llévame a mi casa. Me baño y agarro el carro para ir a la tuya.

—O.K. Allá te espero, falta que sepas algo...

—¿Qué es?

—Ya que llegues te digo. Oye, qué raro lo de la carta, ¿no? ¿Para qué su mamá pone a la policía a investigar, si en la carta la Teresa le pudo haber explicado por qué se iba?

—Pues sí, pero a lo mejor no le dice a dónde se va. Esa carta está incompleta, te digo.

—Bueno, llegamos. Dame un beso y te espero en mi casa.

“¿Y si mejor te besara en la boca, Joaquín? ¡Hey, puse mi boca y no le sacó! Por primera vez en mi vida, el Joaquín no le sacó la vuelta a un beso mío. ¡Y en la boca! ¡Yeah!”

—Bueno, al rato. Oye Susi, qué labios tan suaves, ¿eh?

“¡Lo besé! ¡Lo besé! ¡Por fin me atreví! Ahora sí, no hay duda de que él sabe que me gusta. Hice bien en decirle a la Teresa que si no quería nada con él, se hiciera a un lado y me lo dejara. ¡Chin! esta calle es de sentido contrario, ¿por dónde me salgo? Ni modo, vuelta en ‘U’. ¡Ay! solo espero que no me vea una patrulla. Ya está. A lo mejor es un poco humillante rogarle a otra morra que te deje pedalear su bicicleta, pero si ella no lo iba usar, ¿para qué lo trae como idiota? Nomás diciéndole cómprame una recarga para el celular, tráeme la ropa que tengo en tu casa, ¡ah! porque hasta eso, vivilla la morra: antes de salirse de su casa fue sacando de una en una la ropa que se iba a llevar, por días y días, para que mi tía no se diera cuenta. Aun así dijo que había dejado mucha ropa en los cajones para que su mamá no sospechara. Lo que no me explico es que, teniendo tanta ropa, ¿por qué siempre andaba con los mismos trapos?

”En fin, espero que no se haya ido por lo que le dije ... pero no, no fue por eso. Más bien se puso de acuerdo con... con quien sea que se pasaba horas en el celular. Yo la veía cuando nos acostábamos, me hacía la dormida y ella se encerraba en el baño a hablar por teléfono por un montón de tiempo. Al final yo terminaba por quedarme dormida. ¡Ándele, señora, camínele! ¿Por qué no avisa que va a dar vuelta? ¡Ash! ya no alcancé el semáforo en verde por su culpa...

”Eso de la carta yo ya lo sabía, pero no le puedo decir a Joaquín, ni tampoco decirle lo de las llamadas por celular. Él no me creería y además pensaría que hablo mal de la Teresa porque estoy celosa. No, mejor ahí ni me meto. Me quedo de observador-participante como dice la maestra de metodología: nomás miro pero no me muevo. Que él solito se vaya decepcionando de ella... ¡Hey, espérese, señor, que a mí me tocaba primero! ¡A mí me toca! Mejor que pongan semáforo aquí, con el uno y uno de los cuatro altos ya no se puede, la gente es muy gandalla. Le voy a hablar a mi amá a ver si quiere que compre tortillas para la comida”.

—Bueno, amá, ya voy en la Indepe, ¿quieres que llegue por tortillas? Ya invité al Joaquín a comer como me dijiste, nomás que se va a bañar primero y va a llegar en su carro. Órale, pues, al ratillo, *bay*... ¿Qué? Sí, amá me orillé pa'hablarte, no estoy manejando. ¿Cómo? ¿Te habló mi tía o tú le hablaste? ¿Le dijiste que íbamos a ir? ¡Ay, amá! ¿Le dijiste que la Teresa se había quedado con nosotras? ¿Para qué le contaste eso? Ahora no va a querer ni vernos... No, todavía no le cuento al Joaquín, pero seguro él va a querer ir y pos yo *voa* ir con él...entonces tú no vas, okey, bueno, te cuelgo para ir por las tortillas. Besos, *bay*.

“¡Qué raro!, con todo esto del pleito con su mamá, la Teresa se volvió a acercar a nosotras; como cuando éramos niñas y su papá vivía con ellas. Mi tío. ¿Dónde andará? ¿Sabrá lo de la Teresa? ¿Mi tía se lo habría dicho? No creo, capaz que si se entera que la Teresa ya no está viviendo con su mamá, va dejar de mandar dinero y eso es impensable para mi tía. Pobrecita, es bien centavera, donde huele a dinero ahí va a estar ella. De seguro no le ha dicho nada”.

—¿Me da un kilo de tortillas, por favor? Gracias. ¡Ah! Déjeme agarrar una, antes de que cierre el paquete. ¿No tiene sal? Gracias. Así calentitas se antojan comer casi puras, nomás con sal. ¡Mmmm!

“Pobre Teresa, decía que nunca la quisieron, que nunca le hicieron caso, pero yo me acuerdo que cuando éramos niñas, yo veía que mi tío siempre jugaba con ella, con las dos: con la Yuli también, pero también con la Teresa, y la abrazaba y todo; pero ella dice que no, que nomás jugaba con su hermana. Se aferra, pues. La verdad le encanta azotarse y sufrir en silencio. A ver, ¿por qué no estudia bien, termina la prepa y luego se va? ¡Le faltan tres meses para graduarse! No, así en un futuro podrá decir 'ay, no terminé la prepa por culpa de mi amá que me corrió'. Bueno, si es que la volvemos a ver en un futuro...”

”Todavía tengo que bañarme antes que llegue el Joaquín. Me voy a poner el vestidito rosita de flores, pa' que me vea bien

bonita. No, no, tengo que vestirme de negro y con este solazo que pega... Bueno, me pongo el vestido de florecitas y ya cuando nos vayamos a ir, me cambio... A ver, bajo las tortillas y... ¡La cámara de Joaquín! ¿Desde cuándo la habrá olvidado aquí en el carro de mi mamá? Así ha de traer hecha bolas la cabeza, el pobre. Bueno, se la daré cuando venga a comer”.

Aprovechando el viaje a San Luis, el agente Rangel fue a la feria y la encontró otra vez deslucida con la luz de día. Aparcó el auto con el corazón oprimido de nostalgia. ¡Cómo le gustaba que sus papás lo trajeran a la feria cuando niño! Este agente es un romántico: pensó que le gustaría volver de noche, con Minnie de la mano, pues así es como recordaba que paseaban sus papás. Mientras, desde afuera veía las casas rodantes de los camerinos; una de las más grandes correspondiente a la Mujer Tarántula, él la había estado observando desde días antes. Se plantó ahí media hora, por fuera del cerco que separaba la feria del terreno del estacionamiento. El sol le quemaba la cara. Tendría que perderle el amor a quinientos pesos para averiguar algo más. De pronto, de la casa rodante salió El Jarocho y se dirigió hacia él.

—Oiga, que dice mi jefa, que si no se va, llamará a la policía.

—Yo soy de la policía, ya no tiene que llamar a nadie.

—Ah, pues sí, ¿verdad? Con su permiso, pues.

—Ten —le pasó un billete por el cerco—, te puedo dar uno de estos cada semana, a cambio de tu información.

—Pero no venga de día cuando lo ven todos. Véngase de noche, como quien viene a la feria. Mientras la señora trabaja en su número, no hay peligro. Los domingos es el día con más refugio.

Y se fue por donde vino.

De vuelta a Mexicali, Rangel se acercaba a la casa de la mamá de Susi, tía de Teresa. Justo en el interior, al otro lado del muro, Joaquín releía la carta de Teresa en el sillón de la sala:

Mamá, soy demasiado feliz como para guardar resentimientos. El otro día platicué con mi tía Julia, fui a verla a su casa. No te dije porque te ibas a enojar. Pero es que siempre he tenido este pensamiento y antes de irme, quería hablarlo con alguien de la familia. También necesito decírtelo a ti y no volveré a repetirlo: Cuando éramos niñas mi hermanita Yuli y yo, la familia estaba bien; pero luego que ella murió, todo cambió. Tú y papá dejaron de reír, de jugar, de hablar conmigo. Yo creía que estaban enojados, que a lo mejor yo había hecho algo sin querer y que por eso la Yuli había muerto. Recuerdo que mi tía Julia me decía que no, que ustedes no estaban enojados, sólo que muy tristes. Pero su tristeza hizo que se olvidaran de mí. Sí, mamá, ustedes olvidaron que tenían otra hija y nomás se ocuparon de llorarle a la Yuli. Por eso yo estuve mucho tiempo enojada contigo y con mi papá, por su culpa yo pensaba que era normal que la gente se olvidara de mí. Cuando dejamos de ir a la casa de mi tía Julia y de mi prima Susana, y que ellas ya no hablaban a la casa, pensé que también habían comenzado a olvidarse de mí. Entonces, pensé que no tenía caso hablarle a la gente o tener amigas, si luego iban a olvidarme. Le conté a mi tía Julia todo esto. Entonces, ella me dijo que a la Yuli le había dado tétanos. Que se le paralizó el cuerpo hasta que ya no pudo respirar. Que en tres días se murió. Que a la vacuna le había faltado un refuerzo. Que toda la familia cambió con su muerte. Que sí, se olvidaron de mí porque se dedicaron a llorar la ausencia de mi hermanita. Pero lo peor, me dijo, era que yo también había aprendido a olvidarme de mí. Me dijo que tenía que re-aprender a ocuparme de mí misma, a quererme a mí, a escucharme y también a consentirme. Y es cierto, ni me peinaba ni me arreglaba, nomás me vestía por traer algo encima y no andar bichi; pero no me importaba si combinaba o si me favorecía. Aunque eso sí, mi ropa siempre estaba limpia y planchada porque eso lo alcancé a aprender de ti, mamá.

—¿Qué lees? —llegó interrumpiendo Susana.

—La carta de Teresa, tú ya lo sabías, ¿verdad? Ya sabías que había dejado esto para tu mamá... aquí la menciona ...

—Mi mamá lo sabía... me lo dijo hasta que Teresa y tú se habían ido, pero yo no la leí.

—¿Esto era lo que tenías que decirme?

—No, era otra cosa. Espérame están tocando afuera, voy a ver quién es. ¡Chin! es el agente Rangel, también nos anda investigando. Le voy a decir a mi mamá que abra y tú y yo nos subimos a mi recámara. No sabe que estás aquí, así que no viene por ti. Vete subiendo... mamáaaaa, están tocandooo.

Joaquín entró al cuarto de Susi, se sentó en el borde de la cama y, aunque llamaron su atención los montones de ropa sobre el piso, siguió leyendo en silencio:

Mamá, creo que todavía estoy enojada, pero se me figura que conforme crezca, pensaré otras ideas y el rencor se irá. Lo sé porque en estas semanas me han pasado cosas nuevas, y de verdad que he llegado a olvidarme un poco del enojo y del rencor. Gracias a eso, me animé a escribirte. Mamá, he conocido a alguien con quien voy a trabajar...

—Ya llegué, es que mi mamá me hizo que le abriera al agente mientras ella se cambiaba y maquillaba un poco. ¿Todavía sigues leyendo? —Susana se recargó en la puerta de su habitación, para cerrarla.

—Empiezo a sentir que fui utilizado. Ella tenía planeado irse con alguien...

—Lo que haya sido, Joaquín, Teresa confiaba en ti. Para lo que haya sido, ella quiso que la acompañaras, que la cuidaras. Eso hacen los amigos, te portaste a la altura. A mí me encantaría tener un amigo que hiciera eso por mí, como tú... —vio que Joaquín estaba sentado sobre su revista favorita, que estaba sobre la cama.

—Tú sabes que no cualquier amigo hace eso, tiene que haber algo más. En mí había un sentimiento, algo fuerte, pues.

—Pues a mí me gustaría encontrar eso en ti —Susana tomó a Joaquín de ambos brazos y lo invitó a levantarse, en parte para que no arrugara su revista sobre la cual estaba sentado; por otra parte para que el azar hiciera el resto, pues las miradas de ambos se engancharon y no se pudieron separar.

“¡Wow! Joaquín me está besando ¡Wow! ¡Qué rico! ¡Jamás pensé que sucedería! Ay, aunque a este chico le sobran babas... ¡Ups, no me muerdas! Hey, qué suavcito cabello, qué hermoso estás, que rico hueles, a recién bañado... ¡Ah! ¡Te pusiste loción! ¿Te pusiste loción para mí, Joaquín?... ¡Besas delicioso! y qué calientita tu piel... ¿y si viene mi mamá? Bueno, me pongo atenta cuando oiga que viene subiendo la escalera... ¿No debería esperarme? Aún no me ha dicho si quiero ser su novia... Tú sígueme besando mientras decido...”

—Susiiii... Susanaaa ¡Ya falta poco para que se vayan! Bajen a comeer —grita la mamá de Susana que viene subiendo por la escalera, pues ya ha despachado al agente de la policía.

—Híjole, Joaquín, siéntate en la cama y haz como que estás viendo estas revistas! Yo voy a meterme en el baño, y si te pregunta mi mamá, no he salido de ahí desde que llegamos al cuarto, ¿ok?

“Besas delicioso tú también... besas delicioso tú también... besas delicioso... tú también... Joaquín me dijo que beso delicioso... ¡Wow!”

—Ya voy, mamá, me estoy planchando el pelo...

Ahora ya ni modo, me lo tengo que planchar, ah! ¡Ya sé!, me hago cola de caballo y me plancho la pura cola... besas delicioso... tú también... besas delicioso... tú también... besas delicioso... tú también”

—No cabe duda que la comida hecha en casa sabe mejor, señora Julia.

Así elogiaba Joaquín a la madre de Susana, que se quedó un poco seria por encontrarlo en la habitación de su hija; aunque ella comprendía que era mejor esconderlo del agente Rangel, apenas que lo acababan de soltar de la comisaría.

—¿Qué quería el agente, mamá? ¿Me pasas la sal?

Su hija la sacó de sus pensamientos.

—Me preguntaba que si tenía copia completa de la carta, pero va a ir con tu tía Mina. ¡Ay!, perdona, Joaquín que no te haya dicho nada mi hijito, pero la Teresa me pidió que guardara el secreto de la carta, al menos hasta que se fuera... ¿Quieres más frijolitos?

—No, gracias, así está bien, pero no tiene que disculparse señora, era su deber para con Teresa. ¿Sabe con quién se fue?

—Pues yo creía que contigo... vas a ver que estará bien, y antes de una semana nos va a llamar, a lo mejor de Guadalajara, diciendo que está con su papá y todo bien. Lástima que... ¿Ya le dijiste, Susie?

—No he tenido tiempo, mamá, me había estado planchando el pelo, ¿verdad Joaquín?

—Sí, desde que llegamos a su cuarto se metió en el baño y no salió de ahí. ¿Qué es lo que pasa?

—¡Ay mi'jo! Mi cuñada Mina... Susie, no hagas ruido con los cubiertos, mi'jita.

—¿Qué ha hecho ella, señora Julia?

—Pues en dos horas va a comenzar una misa que organizó para su hija.

—¡Vaya! No pensé que fuera tan creyente... ¿Eso es todo?

—No, mi'jo. Lo que pasa es que es una misa simbólica, como si Teresa hubiera muerto para ella. La caja va a estar vacía, nomás que la gente no sabe, nomás los más cercanos. Se me hace que ni en la iglesia dijo nada. ¿Te gusta el agua de arroz?

—Sí, señora, gracias.

—Oye, mi'jo, Teresa me dejó una carta para ti. ¿Quieres que te la dé ahorita? ¿O prefieres ya que vengas de misa?

—Ahorita que acabemos de comer me la da, señora, gracias —la voz le temblaba y el vaso de agua de arroz se le resbaló sobre la mesa.

—Iré por ella, corazón. Susie, hija, tráete unos trapos para absorber el agua.

—Sí, mamá.

“Esperaba que Joaquín me dijera algo, ahora que nos habíamos quedado solos, pero con el pedo que se armó por la carta, pierdo mis esperanzas. Al menos se levantó a ayudarme con los trastes y a guardar las cosas que van en el refri. El efecto calmante del ‘besas delicioso’ estaba agotándose y yo comenzaba a impacientarme como lo hace mi perrita Lana cuando tiene sed. Necesitaba que me dijera más cosas lindas o si no, como Lana, podría comenzar a correr de un lado a otro... ‘Dame unos días, me dijo’, y me derretí por dentro porque me lo dijo con voz ronca, en un volumen bajito, tan bajito que tuvo que acercar sus labios a mi oído mientras yo jabonaba los platos: ‘Dame unos días para ordenar mis cosas por dentro. Para andar contigo bien, primero tengo que estar bien yo. ¿Sí me entiendes, verdad?’. Aunque no entendiera, no podría decirle no a Joaquín. Así que moví la cabeza de arriba para abajo dos veces. ‘¿Podemos seguir como amigos estos días? Yo te avisaré cuando esté listo’. Y volví a mover mi cabeza para decir que sí.

—Aquí está la carta de Teresa, mi’jo. Susie, hija, ve a cambiarte. Ponte algo negro para la misa.

—Por cierto, Joaquín —interviene Susana desde las escaleras— No sé por qué, pero tu cámara apareció en el asiento del carro de mamá, ¿la traías ahorita que te recogí en San Luis?

Joaquín buscó apresuradamente la mirada de la madre de Susana, quien la percibe de reojo y la ignora, volviéndose a su hija para insistir:

—Susí, apúrate, se hace tarde... y ponte algo negro, no quiero que lllames la atención de tu tía.

Cerca del mar

Teresa regresó al mediodía a la habitación de la tarántula, después de haberse bebido un viejo yogurt del refrigerador. La habitación estaba en penumbra con gruesas telas sobre la ventana de la que se escapaban hilillos luminosos con los que Teresa podía orientarse, y ver cómo el piso de la habitación estaba cubierto de una gruesa capa de tierra oscura.

—¿Te sientes bien? —le preguntó para decir algo, pero la realidad es que no se veía nada bien: la tarántula estaba en una esquina del cuarto donde aparentemente había más tierra, formando una pequeña loma. Estaba quieta, parada como cualquier bicho de esos con sus diez patas. Todo olía a humedad, a tierra negra. Al acercarse, pisó una cobija sobre la que estaba recostada su amiga: débil, oliendo a rancio, despeinada y sin peluca; seguramente ni siquiera traería maquillaje. La peluca estaba semienterrada en el suelo. Sus piernas, que antes le habían dado una fuerza impresionante, ahora se veían escuálidas y frágiles. Se arrodilló junto a ella y vio una grieta que le nacía en la base de la cabeza y atravesaba todo el cuerpo, de la cual supuraba un líquido espeso.

—¿Me veo horrible, verdad?

—No te preocupes por como yo te veas, lo que importa es que te sientas bien —contestó sin pensar, sólo por rellenar el silencio mientras veía una sustancia blanquecina que asomaba por

la grieta. Comenzó a sentir mucha saliva en su boca, no podía escupir porque se vería muy mal hacerlo, pero tampoco quería tragarla. Así que dejó que se le acumulara en la boca.

Empezaba a angustiarse cuando la boca se le llenó de saliva, caminó por la habitación buscando una orilla donde escupir, con el dilema de ¿cómo voy a escupir en la habitación de una amiga? Entonces escuchó a la tarántula llorar.

—¡Estoy horrible y te doy asco!

—No, no... de verdad que no —dijo esto fingiendo un estornudo para escupir dentro de su ropa. No podía dejar que la tarántula supiera de esta salivación involuntaria o entonces lloraría más, pues a todas luces traía el estado de ánimo como si estuviera en sus días. Tenía que ser cuidadosa con la hipersensibilidad de su amiga.

—Pues es que no te acercas... —lo dijo en tono de reproche.

—Es que te ves muy frágil con esa grieta a la mitad del cuerpo y me preocupa lastimarte, pero no me pareces asquerosa. Te ves enferma y me preocupas, pero sigues igual de guapa, ¿eh? guapa y enferma...

—Pero me duele mucho todo el cuerpo —dijo con una voz infantil.

—¿No quieres que te maquille un poco, para que te sientas mejor? —no podía creer que estuviera diciendo eso—. Ella, la que nunca se maquillaba, la que no creía que eso sirviera de algo, la que pensaba que los trucos de belleza constituían un sistema que tenía a las mujeres enganchadas, ahora entendía sus efectos terapéuticos.

—Pero mi maquillaje está enterrado entre las telarañas —la tarántula comenzó a llorar de nuevo— y te dará asco buscarlo.

—Deja ver en mi mochila si traigo algo de maquillaje, algo que haya empacado de la casa de mi prima —sabía que mentía, pero tenía que irse de ahí. Al entrar, cerró la puerta de su habitación, contaba con poco tiempo. Se puso una almohada en la cara y lloró por el dolor de su amiga, por su aspecto y por todo eso que estaba viviendo sólo para ser fiel a sí misma. Era doloroso.

Respiró hondo. Volvió después de cinco minutos.

—No encontré nada, ¿dónde dices que está tu maquillaje?

—Lloraste, ¿verdad? Tienes miedo que esto también te pase a ti.

Teresa no entendió las palabras de su amiga, ¿por qué le pasaría algo así a ella? Guardó silencio y se concentró en quitar las telarañas delante de una cómoda, para abrir el primer cajón. La tarántula percibió la incomprensión de Teresa y guardó silencio también. Luego comenzó a hablar despreocupadamente y se dio cuenta que el ambiente de la habitación se aligeraba, incluyendo su propio ánimo. Así que comenzó a hablar del viento que había hecho en esos días, mientras se dejaba maquillar. Luego, Teresa le contó los pormenores de su escape, pero la tranquilizó diciendo que ya era mayor de edad: el día del escape fue su cumpleaños número 18.

—¡Amiga, hay que celebrar! Dile al portero que nos traiga un pastel con velitas. Bueno, sin velitas, no se nos vaya a armar una quemazón —Teresa la oyó reír débilmente—, no tarda en llegar para preguntar qué me trae de mandado.

En eso, tocaron a la puerta.

—Es él, sal y preséntate. Dile que vas a estar conmigo el tiempo que resta y que tú le harás encargos para que no tenga que gritarme desde la puerta, como hasta ahora. Encárgale lo que quieras comer, yo le encargo cosas todos los días para disimular, pero no estoy probando alimento. Si quieres, checa en las bolsas de mandado lo que te pueda servir. ¡Ah! Y encárgale un pastel chiquito, ¿eh?, no queremos engordar.

La cocina estaba llena de bobitos, esos moscos que rodean a las verduras descompuestas, mismas que estaban amontonadas en bolsas por el piso. Le hizo breves encargos al portero y comenzó a limpiar.

Varias veces durante ese día, y los días subsecuentes, la tarántula le pediría agua de beber, mucha agua. Siempre tenía sed. Teresa comenzó a leerle en voz alta. Conforme se acostumbraba a las telas de araña y se acercaba a la Mujer Tarántula, iba leyendo

más quedito. Hasta que llegó el tiempo en que se tumbaba de panza sobre la cobija de tela de araña. A partir de entonces, cada lectura era el escenario de palabras al oído por parte de Teresa y miradas breves pero llenas de significados distintos entre ambas.

Habían pasado dos días de su llegada al departamento junto a la playa, cuando la despertaron los gritos de la Mujer Tarántula:
—TERESAAAAAA ¡Dame agua por favooooor!

Fue a la cocina y le llenó una jarra completa. El sol entraba de lleno por las ventanas pero el cuarto de la tarántula se mantenía cubierto. Teresa cuidó de no tropezar con la tierra entre lo oscuro, le sirvió un vaso y lo depositó en el suelo. Ella sorbió del vaso desesperadamente. Luego, cerró los ojos. Inhalaba profundamente y a cada exhalación soltaba un débil quejido. Teresa, de pie, miraba cómo se tendía de espaldas sobre el suelo con movimientos involuntarios.

—No te asustes, ya voy a dejar este esqueleto, por eso las contracciones. Déjame sola, por favor, necesito concentrarme. Sólo te llamaré para beber agua, ¿sí?

—Lo que tú quieras, corazón... —y dio media vuelta mientras sostenía la jarra entre las manos. Había buscado en su repertorio de palabras cariñosas algo para darle ánimos y había encontrado esa: “corazón”. Su mamá se la decía de pequeña cuando tenía fiebre.

También la Mujer Tarántula había agradecido su cariño correspondiendo con un “gracias, niña mía”. El intercambio de palabras cariñosas le hizo sentir de nuevo el pecho electrizado y la llevó al recuerdo de la primera noche en ese apartamento, cuando habían bailado juntas tomadas de la mano. Un quejido de la tarántula la sacó de su ensoñación.

—No, Teresa, te necesito aquí —Teresa apenas le entendió pues las palabras estaban deformadas por las contracciones.

—Aquí me quedaré, pequeña —se acuclilló, dejó la jarra en el suelo y puso su mano en la frente sudorosa de la Mujer Tarántula, que comenzó a llorar y le dijo en tono de reclamo, queriendo hacerse la dura:

—¿Por qué me llamas así?

—Porque quiero que sientas mi cariño y mi apoyo —y le acarició las cejas con los dedos.

—Yo ya te amo por estar aquí —la tarántula temblaba y además se le quebraba la voz; pero era un “te amo” honesto y había sido dicho desde el fondo de un lugar interior al que la Mujer Tarántula rara vez permitía el acceso. Teresa sintió electricidad otra vez, como cuando la ropa sale de la máquina de secar y se sienten chispas.

—Este temblor es para despegarme de mi exoesqueleto y salir de él. Sólo no me vayas a tocar, porque mi nuevo exoesqueleto estará muy frágil y podrías lastimarme —Teresa inmediatamente la soltó, alzando las manos como futbolista cuando viene el árbitro—, sí puedes tocar la cabeza, ¿eh?, a esa no le pasa nada porque no muda. Anda, hazme piojito.

Teresa se sentó junto a ella y pasó los dedos por su cabello, masajeando suavemente. Estaba tieso de mugre, pero no le importó. Seguían en un rincón de la habitación sobre la cobija café, encima de cerros de tierra traídos para la ocasión. Pensó en dejar la jarra en la cocina, pero no quería alterar más esa atmósfera, alterada ya por la inquietud de su amiga.

—Si lo que ves es muy feo, tú nada más cierra los ojos, ¿okey?

Cuando Teresa se cansó de la postura, se recostó contra el muro; pero se quedó dormida. Despertó cuando las contracciones aumentaron de intensidad. Se incorporó para sentarse y ver a la tarántula retorcerse de un lado a otro de forma irregular y producir estertores como si fuera a vomitar. Entrecerró los ojos para no ver lo que pudiera venir, pero se aseguró de que aquella criatura sintiera su mano cerca de la coronilla, en los breves instantes en que su cabeza se aquietara. Por entre las pestañas alcanzaba a ver la figura oscura de su amiga, de espaldas, sacudiéndose.

Después de un rato las sacudidas aumentaron de fuerza, tanto que ya no podía acariciarle la cabeza. Con la tarántula boca arriba, su vientre se elevaba como una cáscara, y del interior seguía saliendo otra Tarántula, impulsándose hacia afuera en cada

sacudida, con las patas adheridas aún al viejo cuerpo. Esta visión le recordó como cuando ella, de niña, se quitaba la pijama, aún acostada en la cama, y se sacudía para desprenderse de los pantalones. La imagen no parecía haberle impresionado, pero se desmayó cuando vio cómo una tarántula blanquecina salía completamente de su cascarón peludo y con patas.

Duraron horas en la penumbra, quietas las dos. La Mujer Tarántula la observaba dormir, hasta que la claridad del día dejó de reflejarse por los muros del pasillo y se apagó. Entonces, Teresa despertó.

Entreabrió los ojos y alcanzó a ver un cuerpo de tarántula tieso y volteado patas arriba, iluminado débilmente por la luz de la cocina que entraba por la puerta. Pronto, la silueta de la Mujer Tarántula se interpuso y cubrió aquella visión.

—Ven, salgamos de aquí, no tienes que ver eso. Más noche lo recogerán los hombres de la feria porque quieren disecarlo.

—¿Ya nos vamos? —preguntó Teresa mientras pasaban el umbral de la puerta.

—Aún necesito tres semanas aquí para recuperarme y que este nuevo exoesqueleto endurezca. Pero come algo, por favor.

—¿Tú ya puedes comer? ¿Preparo algo para las dos?

—Aún no. Luego nos bebemos un té con frutos rojos que tengo en la cocina. Creo que la primera semana me la pasaré con tés. Luego veré si tengo hambre. No te preocupes por mí, al cabo que no comemos lo mismo. Oye, ¿no te incomoda que hoy permanezca en la otra habitación contigo? Es que no quiero que los hombres que vengan por mi viejo esqueleto, me vean. Tampoco quiero que tú me veas, mi aspecto es peor que antes. Permaneceré a oscuras en lo que recobro el aspecto que tú conoces.

—¿Cómo es tu nuevo aspecto?

—Peor que estar desnuda.

Bebieron té y charlaron en la oscuridad. Teresa percibió que la tarántula ya no tenía aquella voz cantarina y superficial, se había tornado más seria y cálida.

|CAPÍTULO 12|

El sepelio

El carro de Joaquín, un Dodge Shadow en su etapa terminal, circula por la calle siguiendo a otros autos. La velocidad es de 40 kilómetros por hora y se debe frenar casi totalmente para no caer de golpe en un bache del pavimento, tan comunes en esta ciudad cacariza. Susana está metida en sus pensamientos:

“Pinche Joaquín, el oso que me hizo pasar. Si hubiera sabido lo indiscreto que iba a ser, no lo llevo y me voy sola... Ahora con qué cara veo a mi tía Mina, si de por sí, con que mi mamá le confesó que tuvimos a la Teresa con nosotros, la desinvitó a venir a la misa. Ahora con esto, no me va a dejar entrar a su casa. Pero tengo que ir, que por mí no quede...”

”Primero, llegamos a la iglesia súper temprano. Aún no había nadie. Cuando nos acercamos a la puerta vimos a mi tía Mina, de pie frente al altar, de espaldas a la entrada, por eso no podía vernos. Eso nos dio tiempo para observar la escena: junto a ella, a su derecha, estaba un ataúd color rosa mexicano sobre una base metálica con rueditas. De seguro, fue la madera más barata que se halló. Y luego rosa, pues... bien ñoño, como siempre hubiera querido que fuera su hija. Parecía un pastel de fresa. No sé cómo le hizo, se supone que iba a ser una misa simbólica; pero ¿una muerte simbólica?, ¿no está muy macabro? O sea, ya la da por muerta, pero no es para que lo anuncie... además, ¿cómo le dieron permiso en la iglesia de montar este numerito? De segu-

ro ni les dijo que la caja está vacía. En fin, como no podíamos permitir que mi tía Mina viera a Joaquín, debíamos esperar a que hubiera muchos asistentes para pasar desapercibidos. De modo que nos fuimos a dar vueltas en el carro para hacer tiempo. Nos paramos en un Ultra Express para comprar algo y sentarnos en las mesitas que tiene dentro, con aire acondicionado. Entonces, se me ocurrió pedirle la carta que Teresa había dejado para mi tía:

Mamá, ¿te acuerdas la vez que fui a pedir trabajo en el museo para ser guía de la colección infantil que les acababa de llegar? Pues te acordarás que me dijeron que no podía trabajar porque era menor de edad. Pues días después regresé para ver la exposición permanente del museo. Entonces comencé a ver a los primeros pobladores y a las primeras mujeres de aquí, que eran maniqués y traían puestas sus falditas de corteza de árbol y no traían blusa. Y no pasaba nada, la gente las miraba y no se ofendía. Se me figuró que si tú hubieras estado ahí sí te habrías ofendido y hubieras ido a hacer un escándalo a la recepción para exigir que les taparan sus “cosas esas” a los maniqués. En ese museo la conocí. Parecía otra pieza más de la galería. ¡Era una Mujer Tarántula, mamá! ¡Y en el museo! Que conste que yo no fui a verla a la feria... Aunque, la verdad, ya había hecho planes con el Joaquín para ir a escondidas de ti. Sí, ya sé que me lo tienes prohibido, pero me moría por conocerla. Desde que me tiraste a mi Juana a la basura cuando tenía nueve años, no había visto una tarántula de cerca... y de ese tamaño.

“¡Aquella Juana! Era una tarántula que el papá de Teresa le había regalado en una cajita de cartón. Con el tiempo, la tarántula ya no cabía en esa cajita. Entonces, Teresa consiguió una de zapatos más grande, a la que le puso tierra... pero un día se fueron de día de campo y ‘alguien abrió la caja’, la tarántula se fue al desierto, ‘de donde nunca debió haber salido’, decía su mamá... La Teresa lloró mucho la pérdida, me acuerdo”.

Mientras Susana lee, se pregunta cómo la vida nos pone en el sitio y lugar adecuados para coincidir y ejecutar jugadas en el ajedrez de la vida. Por supuesto, utiliza sus propias palabras:

“¡Qué pedo con las coincidencias! ¿Y si la Teresa no hubiera ido al museo ese día? ¿Y si en lugar de tarántula, su papá le hubiera regalado un hámster?, ¿una víbora? ¿Y si la otra hija no se les hubiera muerto, y no les hubiera jodido la vida a todos?”.

Mamá, ella traía un collar de oro. Un señor negrito de pelo chino la traía agarrada de la cadena. Entonces, me acerqué y ella comenzó a hablar. Detrás de todos sus pelos se veía una mujer inteligente, parecía saber mucho. Conversamos casi por accidente y ella se interesó en escuchar mis comentarios sobre las fotos viejas de la ciudad. Era la primera vez que yo percibía interés de alguien hacia mí, hacia lo que yo pudiera decir. Además, era alguien que no me ahogaba con su bla, bla, bla. Ella quiso escucharme, mamá, así que nos hicimos amigas. Me quedé a acompañarla durante el resto del recorrido, ella le hizo una seña al señor negrito que sujetaba la cadena y él se fue de ahí. Entonces, ella me pidió que por favor tomara la cadena para que los otros visitantes que pudiera haber en el museo no se asustaran de ver que andaba un animal suelto. A mí se me hizo muy feo que ella se llamara a sí misma “animal” y le dije que antes que tarántula, ella era una mujer. O sea, mujer-tarántula. Me moría de ganas por preguntarle si de casualidad alguna vez había probado bolitas con carne molida cruda, como las que yo le daba a mi Juana, pero no me atreví...

“Mientras yo leía la carta de Teresa a mi tía, Joaquín había comenzado a leer su propia carta y no tenía buena cara. Lo peor era que a mí ya se me había acabado la carta para leer, porque Joaquín nomás me había dado la primera hoja de la copia incompleta que mi tía Mina le había dado al agente Rangel. Así que, así de pronto, se me ocurrió abrir la bocota:

—Oye, Joaquín ¿qué tal que la Mujer Tarántula sabe algo? ¿Y si la buscamos y le preguntamos? Ahorita todavía sigue la feria en San Luis...

“Joaquín no me contestaba, seguía con los ojos puestos en la carta, pero hizo un gesto que le conozco de siempre cuando comienza a enojarse: apretar los labios y abrir poquito los orificios de la nariz para jalar aire. Primero pensé: chin, tal vez debería seguir leyendo en silencio aunque no tenga nada que leer, pero luego me molestó que yo misma me censurara de esa forma, para no molestar al ‘señorito’. O sea ¿qué no tengo derecho a expresar mis ideas libremente? ¿Por qué me voy a callar sólo porque un zoquete como éste hace un gesto?”.

Así que recomencé:

—Sí, Joaquín, podemos ir a San Luis en el carro y buscar a la Mujer Tarántula en la feria. Ándale, antes que se vayan más lejos y entonces...

—¿Pregúntarle a la Mujer Tarántula? —me interrumpió—, estás bien loca...

“Nomás levantó los ojos de su carta para decirme eso y para remarcar la *n* de bien. Luego los volvió a bajar a su lectura. ¡Ay! pero el muy maldito me lo dijo con un desprecio... hasta una mueca se le formó en la cara y no volvió a dirigirme la palabra ni cuando salimos del Ultra Express, ni cuando llegamos a la iglesia, ni cuando hizo su desmadre. Pero ahí en el Ultra Express yo tenía dos opciones: o indignarme por su trato, darle vueltas al asunto y dejar que se me rodaran las lágrimas... que ya se me estaba poniendo la vista borrosa, o cambiar rápidamente de pensamiento. Elegí la opción más sana y comencé a pensar en Teresa. Recordé cómo le habían gustado siempre esas cosas peludas, como de niña, su papá, mi tío Juan, le había regalado La Juana; cómo le daba de comer bolitas de carne molida y se las aventaba a la caja de zapatos en la que el bicho ese habitaba. ¿Le das de comer albóndigas?, le pregunté y ella nomás sonreía sin responder. Sólo que le duró poquito el gusto porque luego se la hicieron

perdediza. Después se murió la Yuli, su hermanita de siete años. A partir de ahí todo se descompuso, porque a los pocos meses mi tío se fue de la casa y mi tía Mina comenzó el reinado del terror. Sí, 'La Juana' se la había regalado mi tío, a quien por casualidad le apodaban Spiderman. Dice mi mamá que de joven siempre andaba bien araña porque tomaba mucho. Luego se le quitó, pero el apodo se quedó.

"Cuando llegamos a la iglesia la misa había comenzado. Joaquín, que venía manejando, me dejó en la entrada y fue a buscar estacionamiento. El lugar estaba a reventar. Seguramente todas las amigas de mi tía Mina habrían llegado con su familia. O sea, aquello se había convertido en el evento social del mes entre las amigas de mi tía. Me distrajo ver a todos hincados, pues no creí haber llegado tan tarde, pero así era. El sacerdote ya levantaba la hostia para la consagración. Recordé entonces esas misas de 15 minutos que había en Guadalajara y a las que mi tío Juan nos llevaba de niñas, a Teresa y a mí, cuando estábamos de vacaciones. Y pensar que ahora esta era en honor a Teresa. Miré el reloj: no habían pasado diez minutos, ¡en efecto!, era una misa de 15 minutos. ¡No sabía que existieran en Mexicali! ¡Guau! Así sí dan ganas de venir a misa.

"No puedo quitarme de la cabeza ese féretro rosa, siempre cerrado. Me quedé en la puerta esperando a Joaquín y mirando el vitral del fondo tras el altar, con sus vidrios de colores brillantes que dejaban pasar la luz del sol. La gente empezó a levantarse y pensé que formarían una fila al centro para tomar la comunión, pero no, venían hacia mí. Bueno, más bien se dirigían hacia afuera. Me hice a un lado para no estorbar, busqué a Joaquín con la mirada, pero no lo encontré. En cambio, vi al agente Rangel que se acomodaba afuera junto a las mujeres, como en media luna y viendo hacia dentro de la iglesia, esperando algo. Volteé hacia el interior y vi a mi tía Mina que venía por el pasillo central, empujando ella sola el féretro cerrado. Me acerqué para ayudarlo, pero ella me detuvo con una seña y entendí que quería hacerlo sola. Así que me integré a la comitiva de gente.

”Mientras nos acercábamos todos a la salida, veía como todos los rostros sonreían bonachonamente hacia mi tía. Veía miradas como de aprobación con cariño. Eran miradas como la que ponen mis tías cuando me portaba mal, mi mamá me pegaba y ellas me sonreían como con solidaridad y desapego a la vez. Vi a Joaquín abriéndose paso entre esos rostros, queriendo alcanzar el féretro. Casi llegando a la salida, las personas empezaron a aplaudir. Supuse que era su manera de apoyar. En eso, veo que Joaquín se planta enfrente de ella, cámara en mano, y comienza a tomar fotos al ataúd y a mi tía. Luego, ella se interpone enfurecida entre la cámara y el ataúd para impedir las fotos y el necio de Joaquín sigue empeñado en tomarlas. ¿Pero qué tienen en la cabeza? Egoísmo, puro egoísmo. Él no piensa que con eso va a arruinar mi raquíta relación que tengo con mi tía. Si al menos el piso no hubiera sido de adoquín, las rueditas que sostienen el féretro no se habrían atorado cuando mi tía Mina se apuró a jalar la caja... Y si la caja no se hubiera caído por haber perdido estabilidad y no se hubiera abierto, dejando ver que no tenía nada. Al menos el forro de la caja era de satín blanco y no rosa, pero estaba vacío. Mi tía trató de cerrar el ataúd sin lograrlo, porque supongo que estaba bien pesado, pues era de madera. Ella no pudo sola e hizo el ridículo tratando de levantarlo. Peor, los ruidos raros que hacía por el esfuerzo... pobrecita mi tía, echaba maldiciones. Su cara de señora desapareció y se deformó por el coraje que traía. Las personas dejaron de aplaudir y se hizo un silencio bien pesado... Lo peor fue el pinche Joaquín que siguió tomando fotos... y luego nadie le ayudaba, ¡ eso se me hizo bien feo!... hasta que el agente Rangel se acercó para voltear la caja y cerrarla... y que abraza a mi tía Mina como para darle el pésame y ahí la tuvo aperingada un buen rato... ¡Ay, sí! Luego todas las amigas como en automático, viejas copionas, fueron en fila a darle el pésame a mi tía.

”Ya después, todo normal, como si nada. El agente Rangel y el sacristán subieron el féretro a una carroza, mi tía siguió con

abrazos y pésames, subió al asiento del copiloto de la carroza, y ¡el agente Rangel iba a conducir! Todo parecía un mal sueño por lo absurdo, pero no lo era. Los carros caminaron en fila hacia el cementerio, siguiendo a la carroza. Joaquín y yo nos quedamos parados en medio del atrio viendo a todos marcharse. Él con su cámara entre las manos. Yo, pensando que Teresa vomitaría al ver ese color rosa en su ataúd. ¿Por qué todos ignoraron el incidente de la caja vacía? ¿Cómo le hizo mi tía para conseguir una misa? ¿Quién se prestaría a eso? Capaz que el padre que ofició nunca supo que no había muerta ni nada. ‘Seguro se consiguió la misa con un acta de defunción *photoshopeada*’, respondió Joaquín como si me estuviera leyendo el pensamiento. Como zombis, caminamos al estacionamiento, subimos al auto. Joaquín lo encendió y de pronto, como si el sonido del cinturón me despertara”:

—A ver, Joaquín, espérate. ¡Espérate, por favor! Deja que se vayan. Mientras, ve a ese Ultra Express de la esquina y cómprame un té helado. Y hazlo ya, que después de lo que acabas de hacer, debería ahorcarte. ¡Estoy enojadísima contigo! No, mejor voy contigo para leer la carta de Teresa y terminarla, así como está de incompleta. ¡No! No estaba en nuestros planes ir al entierro... ¿O qué? ¿Querías seguir tomando fotos?

“La ironía de mi comentario no surtió efecto. En realidad Joaquín sí quería seguir tomando fotos... ¡Hazme el favor! que pa’ mostrarlas a Teresa cuando la vuelva a ver. Está loco si cree que vamos a ir. O sea, no voy a ir... pero, ¿a dónde vamos? No quiero ir a mi casa todavía. Tengo la carta de Teresa para mi tía en las manos y no se me antoja leerla. Sí yo también me bajo del carro y tal vez en el Ultra Express esté mejor que aquí metida. Además, ahí está la refrigeración y las mesas para sentarnos en la frescura a tomar té fríos. Ahí, en lo fresco, tal vez me vengan las ganas de leer cartas”.

Mamá, me siento muy bien con ella. Es la primera vez que tengo confianza para hablar con alguien de cualquier cosa, por simple que

sea. Ya ves tú, dices que estoy loca cada vez que opino... pero con ella es diferente. Ella ha leído mis textos... Es más, le he permitido que escriba sobre mi espalda, al fin que yo no alcanzo a escribir ahí. Aunque tampoco he podido leer lo que me ha escrito. Cuando se lo pregunto, sólo sonrío y me pide seguir escribiendo...

“Llevamos horas metidos en el Ultra Express. He ido al baño dos veces, ¿habrá sido por el café o por el té negro? Aunque ya sé que con el café me dan ganas de hacer pipí, más la botella de agua que me tomé para lo enchilado... Eso me pasa por andar de antojada, si no hubiera picado de las botanas con chile habanero que compró Joaquín... pobrecito, creo que comió mucho por la tristeza. Y no era para menos, la carta de Teresa nos puso en ese *mood*, a Joaquín le duele que Teresa no lo hubiera preferido a él y a mí me duele que a él le duela... comimos compulsivamente, para evadir nuestro dolor”.

El sepelio no iba a realizarse. De camino hacia allá, la señora de Jiménez hizo algunas llamadas para alertar a sus amistades, de modo que al llegar, ella y Rangel estaban solos. Depositaron la caja en la entrada del lujoso cementerio y ahí otros se desharian de ella. De regreso, el agente Rangel acompañaba a Mina hasta su casa en un coche que había dejado horas antes para tal propósito. Optimista, el agente tenía razones para sentirse triunfador.

|CAPÍTULO 13|

Historias para contar mientras se espera

Teresa y la tarántula se mantuvieron despiertas, en espera que los de la feria entraran a recoger su antigua carcasa. Estaban totalmente a oscuras en la habitación contigua al cuarto con tierra.

—¿Por qué estás tan lejos? —Teresa se encontraba sobre una de las dos camas, la tarántula en una esquina de la habitación.

—Mientras no endurezca mi esqueleto, soy sumamente frágil. Después que se vayan, regresaré al cuarto con tierra y ahí estaré los próximos diez días. Es que prefiero estar a puerta cerrada porque el aspecto que tengo ahorita es muy feo.

—Entiendo —respondió apenada por haber forzado a la tarántula a admitir lo que ambas sabían. Pero agregó:

—¿No crees que ya somos de confianza como para que me platiques tu historia? ¿Por qué eres tarántula?

—Lo siento, pero me incomoda contar mi vida pasada. A lo mejor no es la gran cosa; sin embargo, yo siento vergüenza de voltear hacia atrás y recordar lo débil de mi carácter, mi conducta, y la poca voluntad con que asumí todo lo que me pasaba. Había personas que me importaban y no luché por estar con ellas.

Teresa la escuchaba, hurgando en los cajones del buró en busca de una veladora que había visto de día, pues deseaba añadir un poco de color a la oscuridad. Al escuchar eso, sintió por primera vez la necesidad de replicar.

—Yo también, cuando veo hacia atrás, veo a una muchacha de poca voluntad y recuerdo que me sentía insignificante. Sólo que ya he descubierto que puedo dejar de ser una mujer pasiva. En otro momento, te habría aceptado que no me quisieras contar, hoy ya no. Contigo siento la libertad para insistir, así que insisto en saber más de ti. ¿Me puedes contar, por favor? Quiero conocerte.

—Todo empezó en Gruyork. Como siempre, el amor es el motor de las grandes locuras, sean estas sanas o perjudiciales. Me enamoré de un chico, estudiante de medicina —detuvo su relato para suspirar—. Era tan hermoso que mi cuerpo vibraba a todas las frecuencias posibles cuando lo tenía enfrente. Él era originario del ahí, pero emigró a la capital a estudiar la universidad. Estaba de regreso, haciendo un año de servicio social. Aunque era médico general, también recetaba té y remedios a aquellos que no podían costear los medicamentos, pues su familia lo había criado en el naturismo. Yo era temperamental y me llamaban la loca del pueblo. Era la adolescente incontrolable de carácter irascible que hacía escenas en todos lados. Además, era muy alta y fuerte. Todos me veían con recelo y no se me acercaban. Desde entonces, comenzaron a ver un monstruo en mí: la grandota güera, de padre alcohólico y madre sumisa, una bala perdida; pero yo todavía no me daba cuenta, ni siquiera porque me apodaban “Juana”, o “La Juanona”, por ser hija de Juan, mi padre.

”Mis hermanas eran las que llevaban la casa y nuestros padres eran figuras borrosas en el hogar, pero les debíamos obediencia y les hablábamos de “usted”. Yo tenía un conflicto porque, a pesar que ellos exigían obediencia, en realidad no tenían autoridad, o más bien: todas mis hermanas querían ser mi papá, y yo no quería respetar a ninguno. Es más, yo también quería ser mi papá y no ser sumisa ante nadie, cosa imposible en esa sociedad machista del pueblo, así que siempre andaba de pleito con todos. Como seguido me enfermaba de las amígdalas, en una ocasión

tuve que ir con ese doctor porque tenía fiebre y no quería estar en mi casa, pues la enfermedad me colocaba en una posición más vulnerable. En cuanto llegué, no dejé de mirarlo. No podía quitar mis ojos de ese paisaje humano: esas cejas, manos, ojos, cabello oscuro; su cuerpo compacto y macizo. Finalmente, la voz seria, cálida, con entonación y pausas perfectas, era la cereza del pastel. Me aplicó inhalaciones de eucalipto y esa vez, después de que yo insistiera mucho, aceptó por esa noche que durmiera en el dispensario y él se fue a su casa. Luego, sugirió que no comiera cualquier alimento, de modo que me dio una dieta especial. Hice todo cuanto dijo pues, ¡cómo no creerle si era tan guapo!

Con el tiempo, se calmó mi carácter y hasta bajé de peso. Yo, para agradecerle, barría diariamente la banqueta del dispensario que daba a la plaza. Así, aprovechaba para verlo y consultarle cualquier cosa. Siempre tenía preguntas para él.

Algunas tardes, él pasaba por el dispensario después de las consultas para recoger alguna medicina y yo podía verlo en ropa informal que dejaba ver sus brazos, los músculos de sus hombros. Él siempre fue amable y respetuoso; pero sólo eso. Yo quería hablarle de mí, que me conociera; pero él sólo quería ser mi doctor. Seguramente me veía como la chiquilla brusca adolescente, demasiado alta para su edad, de movimientos toscos y voz estentórea, ahora lo veo. Pronto terminaría su año de internado y regresaría a la capital. A mí, se me apachurraba el corazón porque no podía traspasar más allá de barrerle la banqueta. Deseaba que al menos fuera mi amigo.

Un día, después de pensarlo mucho, me atreví a invitarle una nieve en una de esas tardes que regresó al dispensario. “Te agradezco, pero no”, le oí decir de la forma siempre amable, pero en tono inexpresivo. No me atreví a mirarlo, no podía. Con todo y escoba me fui a llorar al monte, allá donde nadie oyera mis gritos y regresé hasta entrada la noche. No podía ir por la calle con una escoba robada, tendría que devolverla al día siguiente. Esa noche no entré a mi casa, me quedé en el patio, a fin que

hacía calor porque se acercaba el verano y aún no llegaban las lluvias. Al amanecer, me lavé la cara en la pila del lavadero, me peiné con mis dedos mojados, tomé una blusa de mi hermana de las colgaban del tendedero, y me fui a devolver la escoba. Ya no iba a poder barrer su banqueta, ya no podría verlo a la cara. De todos modos, él ya se iba a ir.

”Al llegar al dispensario, la puerta estaba abierta, aún no empezaban las consultas. Entré despacio y ahí estaba él, de espaldas a la entrada, hablando por teléfono. Yo me quedé quieta, en silencio. Entonces, pude escuchar que él hablaba amorosamente con alguien que seguro era su novia. Sentí que se me salían las lágrimas, pero no pude moverme. Él colgó y se giró hacia la puerta donde yo estaba.

”Teresa, gracias por la escoba, ya no voy a necesitar que barras, esta es mi última semana”. No podía dejar de mirarlo, pero tampoco podía quitarme de la puerta. Ese instante en que él me miraba con incredulidad, se volvió eterno aunque me doliera. Después de algunos minutos intentó acercarse a la puerta, pero yo tomé una silla y lo amenacé para que no se fuera. Me dijo “Teresa, no tardan en llegar los pacientes”, aún así, no me moví. Luego, tocaron a la puerta: era don Polito, el taquero. Llamaba al doctor con insistencia. Él sabía que estaba adentro porque su auto se encontraba aparcado afuera.

Cuando parecía que don Polito se había ido porque ya no insistía, me atreví a decirle que yo sólo quería conocerlo y que me conociera, que fuéramos amigos. El doctor bajó la mirada con indulgencia y como perdonándome por anticipado, pero no habló. Entonces agregué: “Yo lo quiero a usted, aunque no lo conozco, y quería conocerlo”. Claro que todo eso lo dije con mi voz ronca y al borde del llanto y don Polito me alcanzó a escuchar.

”—¡La Juanona tiene secuestrado al doctor! —gritó hacia la plaza para que todos oyeran— ¡Juana, libera al doctor o voy por la policía!

Dada la fama del carácter irascible que me seguía, la gente acudió al dispensario y trató de mirar por las ventanas. El doctor, sorprendido, me aconsejó que mejor saliera por la puerta de un lado antes que alguien de verdad llamara a la policía y prometió no levantar una denuncia. Salí corriendo por la puerta lateral y no paré hasta llegar de nuevo al monte, a mi escondite. Ahí me estuve casi toda la semana llorando quedito para que nadie me descubriera. Por las noches bajaba a mi casa donde una de mis hermanas me dejaba comida en la pila del lavadero. Aunque no se enteró la policía, todo el pueblo supo. Fui la vergüenza de mis padres y hermanas porque había hecho una cosa de hombres, me acusaron de querer robarme al doctor como si fuera mi novia y eso era cosa de machos. Hasta el doctor salió tachado de “joto” por no haberse propasado conmigo “si ahí se le estaba ofreciendo ella, pues”, decían. Como chismeaba la gente, me refugié en el monte esperando a que el doctor se fuera. Sin embargo, en el pueblo, las malas lenguas hicieron correr la voz de que yo podía ser una loca peligrosa, que me había pasado de la raya y que necesitaba de un loquero. ¿Me sigues o ya te dormiste con mi historia?

—Te sigo.

Ya había oscurecido. Teresa prendió la luz de una veladora que había sobre el buró, entre las dos camas.

—Entiendo la fuerte voluntad de tus actos. Pero ¿dónde está la poca calidad de carácter que dijiste? —luego se sentó y enredaba su dedo índice en el hilo de una cobija mientras dirigía la mirada hacia el rincón de la habitación. A causa de la penumbra no había hacia donde enfocar. La Tarántula retomó su relato:

Una tarde, tres compañeros de la secundaria me encontraron por accidente en el monte y empezaron a grabarme con el celular para subirme al internet como la “Robahombres”. Luego, amenazaron con darme una “una calentadita”. Me puse como loca cuando vi que uno de ellos comenzaba a desabrocharse el pantalón, lo ataqué y le estrellé la cabeza contra un tronco. Le

salió mucha sangre. Los otros no se atrevieron a atacarme, pues apareció mi padre amenazando con una pistola. Me dijo “vete” y yo le busqué los ojos antes de irme, pero papá nunca volteó, sólo los miraba a ellos.

Tuve que regresar a la casa, donde terminé de convertirme en el monstruo social que señalaban los del pueblo. En ese tiempo les creí todo lo que decían. Sobre todo, que era una amenaza para el pueblo, una bala perdida. Concluí que si mi hermana me dejaba la comida bajo el lavadero, a lo mejor sí era un poco animal; si mi padre no me miraba, era porque sí tenía algo de monstruo; que si mis hermanas no me daban mi lugar, no había sitio para mí, o si mi madre no intervenía, yo no le importaba tanto.

Llegué al anochecer a recoger mi plato de comida, pero sentía entumidos los brazos y no pude asirlo. Así que comí con la pura boca, como lo hago ahora. Escondida bajo la pila del lavadero, pasé la noche ahí con muchos dolores en el cuerpo. Al día siguiente amanecí convertida en tarántula. Fue cuestión de días para que el chisme se regara como pólvora en el pueblo y después llegaran los de la carpa León y me invitaran a trabajar con ellos. Todos, chicos y grandes se asomaban por la barda con morbosidad, me aventaban piedras a ver si me movía. Encontré un consuelo cuando los de la carpa me dijeron: ‘el que te quiera mirar, tendrá que pagar su boleto’.

—Espérame tantito —interrumpió Teresa porque sonó el timbre en el departamento. Eran los hombres que se llevarían el casajo de la tarántula. Teresa salió, fue a cerrar la puerta por dentro y regresó a la habitación donde ya no estaba la tarántula. Se había ido a su cuarto con tierra y la puerta estaba cerrada.

—Juana, ¿al menos podemos conversar con la puerta entreabierta? —dijo dando tres toques.

—Claro, corazón, ¿pero te importa que sea mañana? Tal vez debemos dormir —su voz se escuchó grave.

—Cierto, buenas noches —esperaba que La Juana quisiera contarle más de su vida. Así que, desanimada, caminó hacia su

habitación y apagó la vela. Se metió en la cama y no tardó en dormirse.

Cuando Teresa despertó y pasó por el cuarto con tierra, la puerta estaba entreabierta. Dio los buenos días, pero no se asomó, respetando el deseo de la Tarántula. Esta no respondió porque dormía y siguió durmiendo casi todo el tiempo. Teresa aprovechó para estudiar sus materiales de la preparatoria en el equipo de internet que los Pérez-Grovas tenían en el departamento. Ella calculaba estar de regreso al final del semestre para presentar los exámenes extraordinarios. También seguía trabajando en sus textos, almacenándolos en las notas de su celular.

*Tu voz me inflama
exalta
ilumina
me habla de otros mundos
llama a mi puerta
acelera mi pulso
restituye mi fe.*

Yo le sonrío a tu voz

como le sonrío a todo.

Quiero habitar el mundo

de la mano de tu voz.

Cuando la tarántula estaba despierta, Teresa leía capítulos de *Pedro Páramo* en voz alta para que esta se acordara de su tierra con palabras de allá, de las que aparecen en ese libro, como “cama de oate” ¿qué demonios era el oate? A través de la puerta la tarántula respondía:

—Eran unas varas como de bambú, flexibles y resistentes. Mi padre me contó que los abuelos dormían en una cama de esas. Estaban las varas y luego el colchón. A veces, ni colchón había... puras varas —y cerraba los ojos para ensoñar sobre su tierra y disfrutar aquella lectura con tibio aliento y vibraciones pausadas.

Así pasaron diez días, hasta que la tarántula se recuperó. La sorprendió una mañana en la cocina diciendo: “¡Tarán, mírame ahora!”. Teresa encontró a la misma Mujer Tarántula de antes, la de siempre. Sin ocultar su entusiasmo fue a abrazarla. Comieron juntas y por la tarde jugaron a maquillaje y peinados. Cerca de las cuatro, las dos mujeres estaban en la habitación sin tierra, cada una en una cama. En medio de ambas, el buró con un servicio de té preparado por Teresa. La Mujer Tarántula incluso había accedido a que se descorriera la cortina de la ventana para darle gusto a Teresa y permitir que mirara el cielo y el mar, aunque usaba lentes oscuros porque no toleraba bien la luminosidad y le era difícil mantener abiertos los ojos. Miraba hacia abajo, hacia su taza de té.

—¿Me ayudas a lavarme el cabello mañana? O si quieres, puedo pedir que traigan a Betty.

—Claro que te lavaré el cabello. Además, si hubieras querido a Betty, la habrías pedido desde el principio... y no, no es molestia.

Teresa bebió de su té, sentada al borde de la cama, por lo que no se dio cuenta que la Mujer Tarántula se le había acercado. Cuando bajó la taza se encontró cara a cara con los ojos verdes que la hipnotizaban.

—Quería pasar tiempo contigo, más allá de sólo vernos a la hora de comida. ¿No te ha gustado todo lo que hemos pasado juntas? Además, de verdad necesitaba ayuda —la miraba fijamente aunque parpadeaba mucho a causa de la luz.

—Y yo quería ayudarte y también pasar tiempo contigo —pareciera como si los ojos verdes también tuvieran pelitos, como si fueran de terciopelo—. Y sí, me ha gustado todo este tiempo que hemos vivido juntas.

Tantas horas de cercanía le habían quitado el miedo a mirarla, contrario a su primera tarde en las tazas locas de la feria. Dada la cercanía, había necesidad de bajar el volumen de su voz hasta volverla un susurro.

—Quédate conmigo para siempre —lo dijo en tono suave, mientras Teresa sentía la patita con pelos como de gato que le tocaba la mano. Sólo que el tacto se sentía diferente, igual que su voz. Teresa no podría explicarlo, pero le gustaba. Comprendió con agrado que la Mujer Tarántula, aunque hablaba en serio, usaba la expresión exagerada “para siempre” para impresionarla, igual que en la noche de tarántulas de aquel sábado, cuando terminaron bailando tomadas de la mano. Eso le produjo un cosquilleo eléctrico en el centro del pecho. Se preguntó si la tarántula estaría sintiendo ese cosquilleo o alguno semejante, y dónde tendría el pecho un arácnido. Aun así se sobrepuso, respiró profundo y le anunció que regresaba a Mexicali.

—No es tan fácil, dejé un caos antes de venirme —tomó la pata con pelitos suaves—, tengo que volver a la escuela, hablar con los maestros, presentar los exámenes —sus dedos jugueteaban con los pelos como de gato, sin dejar de mirarlos—. Seguiremos en contacto, arreglaré mis pendientes y te alcanzo donde estés.

—¿Nos tomamos el té, querida?, se está enfriando —el tono de voz cantarín y superficial de la tarántula retumbó en la habitación, al mismo tiempo que retiraba su patita de entre las manos de Teresa y se recorría hacia la esquina de la cama. Teresa intuyó que dicha naturalidad fingida sólo indicaba una cosa: autoprotección. Era lógico, sus expectativas de que ella se quedara no se estaban cumpliendo, lo cual muy probablemente dolería. La tarántula podría estar protegiendo sus sentimientos. Teresa se sintió extrañamente bien por ese descubrimiento y las chispas de estática reventaron en su columna vertebral. Supo que estaban al borde de algo: podría voluntariamente dar un paso adelante y ambas caerían o podría permanecer en donde estaba y prolongar esa tensión placentera; porque lo otro implicaría tomar decisiones serias. Sin embargo, todo avanza, fluye, por lo que aquella sensación no podría mantenerse estática. Inevitablemente ambas avanzaban hacia algo.

La visita

Teresa recordaría después, ya en Mexicali, cómo su tía y su prima la recibieron como si nada. Nunca le mencionaron los sucesos provocados por la señora de Jiménez. Tampoco opinaron sobre sus acciones. La trataron como una persona adulta que llegaba de visita. Teresa se quedó con ellas mientras presentaba sus exámenes y tramitaba su certificado de preparatoria.

Una tarde, Teresa paseaba por el barrio de su tía, la colonia Nacozari, donde vivió con su familia hasta antes que la tragedia de su hermana los obligara a mudarse a un fraccionamiento artificial, donde todo fuera nuevo y no hubiera historia. Pasó delante de su antigua escuela primaria y luego se topó con la iglesia donde acudía de niña. A esa iglesia su padre la llevaba cada domingo. Era cerca de la una de la tarde y las puertas estaban abiertas. Era un hermoso lugar. Se sentó sobre una de las bancas de madera tapizadas en color morado y sintió con placer que estaban muy acojinadas. Respiró el perfume del incienso y cerró los ojos. Cuando los abrió, los vitrales de colores intensos llamaban su atención. Recordaba la vieja iglesia con bancas duras y sin respaldo y con las vigas del techo visibles aún. Esta parecía una iglesia nueva. Entonces recordó que su tía, cuando niña, le decía que al entrar a una iglesia nueva podía pedir gracias, es decir, deseos. Entonces, oró a la imagen del altar y le pidió no ser rechazada si algún día se convertía en tarántula, quitarse el mie-

do a ser juzgada por la gente y no ser un monstruo social. Toda la propuesta de la Mujer Tarántula le gustaba, le halagaba, pero La Juana no era un chico, era una mujer. Aunque en la carta a su madre le hablaba de su admiración por ella, del querer estar con ella, no se atrevía a estar enteramente con ella. Por otra parte, en la feria tendría un empleo, ganaría dinero y podría hacerse cargo de sí misma. Además, estarían juntas. Entonces, también deseó sabiduría para tomar la decisión correcta entre irse a trabajar con La Juana a la feria, o no. Sin embargo, ya no tenía casa y no quería ser una carga para su tía ¿qué más le quedaba por hacer?

Por último, pidió perdón por la parte de culpa que le correspondía en los actos realizados, y deseó que algún día la relación con su madre mejorara. Antes de salir, dio gracias porque hasta ese día estaba viva, sana, y en camino de encontrar la paz; porque ya no sufría ni guardaba rencores y porque estaba tomando las riendas de su vida en lugar de lamentarse del pasado.

|CAPÍTULO 14|

El *after* (del sepelio)

—¿A dónde vamos?

—Con mi tía Mina. Necesito dar la cara. Además no alcancé a darle el pésame.

—¿Y yo?

—Tú me esperas tantito en el carro, por favor.

“Cuando llegamos con mi tía Mina, las luces de su casa estaban apagadas y todo se veía muy silencioso, como si no hubiera nadie, pero afuera estaba estacionada una patrulla. Esperamos un rato pensando que tal vez el sepelio se habría demorado, que ella no estaría en casa y que pronto llegaría. Así que intenté hacer conversación con Joaquín:

—Oye, ahora que has aparecido de nuevo, ¿volverás a trabajar en la estación de radio?

—No lo creo. Antes de ir a tu casa, me texteo El Chileno. Me dijo que la mamá de Teresa me ha estado desprestigiando con llamadas al programa y que los jefes de la radio están molestos. De todos modos voy a ir a hablar con ellos y dejar las cosas claras, para no desaparecer así nomás. A lo mejor me meto a estudiar, puedo volver a hacer examen para entrar a la uni...

—¿Qué carrera escogerías?

—Algo sin matemáticas, ya ves que son mi coco. Me da vergüenza decirte esto, pero me siento un inútil por no ser tan bueno en la escuela.

“¡Piensa, Susana, piensa cómo animarlo... que nuestro chico se desmorona! Busca algo que sí haga bien, además de besarte, ¡claro!, ¡Ah, ya sé!”

—No te desanimes. Acuérdate cómo te gusta la historia, y cómo nos hacías resumen de los documentales que veías en internet. ¿Te das cuenta que eres bueno en eso?, y además te gusta; tienes la capacidad de hacer resúmenes y dar detalles claros de esos temas que te gustan...

—¿Sí?

—¡Claro!

—Si no me lo hubieras dicho, no me habría fijado...

—Mi mamá dice que sólo hace falta que descubras tus talentos y tus pasiones, y que cuando los combines, serás un as... aunque no sé qué tengan que ver los ases de la baraja con esto...

—Se refiere a un As, como el mejor, ya ves que los ases son los que valen más puntos en la baraja... Oye, ¿le hablaste a tu mamá de mis problemas con matemáticas?

—Siempre le hablo de ti, ya sabes porqué...

—Gracias por ayudarme a ver cosas buenas en mí.

“Y cómo no hacerlo, si te quiero... ¿es tonto que lo quiera si él me está mandando a la *friend zone*? Bueno, Susi, no te aceleres, no te está *friendzoneando*, nomás te pidió tantito tiempo pa' poner en orden sus sentimientos... ¿Qué tal que, en el mejor de los casos, descubre que tiene sentimientos de amor para ti? Claro que, en el peor, sólo tendría sentimientos para Teresa. En fin, mejor platicamos en lugar de darle vueltas y vueltas. Ya está oscureciendo y no veo que llegue el carro de mi tía Mina”.

—Ojala que sí estudies. Ya habrá quien más ponga la música del programa *Bossa Nova MILF*... oye, con esto de las MILF, me quedó una duda... Si es una señora con hijos debe tener un marido, ¿no?, ¿cómo se va a meter con un morro?

—¡Ay, Susi! —Joaquín le soba la cabeza como si fuera perrito—. Ese es un factor que no se menciona en la definición de MILF, creo que eso no les importa a quienes usan esta expresión. Lo que sí se menciona, es que tiene que ser mamá y estar buena.

—¿Mi tía Mina sería una MILF?

—Sí, puede encajar en la categoría de MILF. Aunque con el debido respeto, te digo que es una señora nefasta y me cae re gorda. Pero, alguien como El Chileno sí podría referirse a tu tía como una MILF.

—Pues creo que el agente Rangel piensa lo mismo, mira —y señalé con el dedo la casa de mi tía—, esa luz tenue, ¿será la de su recámara? No me atrevería a asegurarlo. ¡Hey! Ya se encendió la de la sala y la del porche. ¡Y el agente Rangel está saliendo de la casa! Y mi tía Mina está recargada en el marco de la puerta, vestida con una batita sexy... ¡Vaya, vaya!”

—¿Nos habrá visto?, porque está volteando para acá. ¿Eh, Joaquín? ¡Chin, ya nos vio!

—Tú ve con ella —me dijo Joaquín, mientras abría la puerta del carro—, yo voy con el agente.

“Eso fue lo último que le oí decir. Cuando cruzamos la calle y llegamos a la banqueta de la casa, mi tía se le lanzó a Joaquín y en dos pasos lo alcanzó, jalándolo del pelo sin dejar de gritarle cosas. Lo llamaba corruptor de menores. El agente bajó de la patrulla e inmovilizó a Joaquín, le dijo que se lo iba a llevar y que le podían levantar cargos por agresión a una dama y daño en propiedad ajena. Yo dije que sería testigo de que mi tía lo había agredido primero y no al revés, pero ella me dio una cachetada diciendo ‘tú te callas’, y me metió de las greñas a su casa. Pude ver por la ventana que Joaquín era llevado por el agente hacia su patrulla. Luego, mi tía le habló a mi mamá a su celular y le dijo que viniera por mí, que me había encontrado haciendo quién-sabe-qué-cosas dentro del carro con Joaquín y que, afortunadamente, el agente Rangel andaba por ahí para llevarse a Joaquín por mañoso... Chin, en toda esta historia, me faltó recalcar a mi mamá que mi tía Mina me arrastró li-te-ral de las greñas... ¿eso es violencia, ¿no?”

Mientras la señora de Jiménez golpeaba a Susana, sentía cómo se disipaba toda la rabia que tenía contra las mocosas ado-

lescentes que se creen que pueden hacer su voluntad. “Ojalá pudiera darle estos soplamocos también a Teresa”, pensaba. Aunque sea con la prima se conformó mientras la metía a empellones a su casa. Por otra parte, cuando evocaba la imagen del agente que se llevaba a Joaquín en la patrulla, pensó en la conveniencia de tener de nuevo un hombre que recogiera la basura del patio en lugar de hacerlo ella misma. La señora de Jiménez todavía insiste en llamarse así porque aún no se acepta como mujer sola. “Yo no quería divorciarme, chingados”, se lamentaba en esas reuniones con las amigas más cercanas. “A mí me gustaba tener esposo y atenderlo”. De modo que Guillermina de Jiménez busca siempre de quién enamorarse, pero generalmente de eso las madres no dan cuenta a sus hijas adolescentes. Qué saben ellas de tener que sostener un hogar, hacer que el dinero alcance porque el ex-marido se retrasa en la pensión hasta por dos meses, y encima mantenerse hermosas en la competición por un hombre, con la cara en alto. Es difícil allá afuera. Por ahora puede descansar, el policía ha sido muy noble hasta el momento, “aunque no es para que una se suelte confiando de buenas a primeras”, se dice a sí misma, “hay que mantenerse alerta, siempre maliciándola”. Por el momento tenía que asegurarse que a esa desgraciada chiquilla hija de su cuñada, se le quitara la mala maña de andar metiendo sus narices entre ella y el policía. ¿Qué le importa con quien se meta? Para eso es libre, joven y guapa, ¿qué no?

“Mi mamá tardó media hora en llegar pero me pareció una eternidad tratando de convencer a mi tía que yo sólo había ido a darle el pésame. Le juraba y perjuraba que no había visto nada extraño, mientras ella decía una y otra vez su versión de que el agente nomás la había llevado a su casa después del sepelio... bla, bla, bla. Luego mi madre llegó extrañamente calmada, (yo pensé que sería porque acababa de salir de su clase de yoga), pero en realidad tramaba algo... mi amá es mi héroe... eso lo supe después. Mi tía, al contrario, siguió echando chispas cuando llegó mamá... luego, mientras más avanzaba en su versión de

los hechos, más se enojaba. Mi mamá le pidió un tecito caliente y mientras mi tía estaba en la cocina me hizo señas para que nos saliéramos despacito, sin hacer ruido. Cuando prendimos el carro, mi tía salió a buscarnos, pero ya habíamos acelerado. No nos detuvimos hasta llegar a mi casa. Nunca había pasado tanto miedo. Iba temblando mientras conducía porque se me figuraba que mi tía nos iba a perseguir. Lo bueno que no fue así porque andaba con bata de noche y ella es incapaz de salir fodonga a la calle. Seguramente con esto no volverá a hablarnos ni a buscarnos en los próximos cincuenta años. ¡Mejor!

”Le conté a mi mamá lo que había pasado, lo de la misa, lo del ataúd abierto, de la carta de Teresa y cómo había ido a casa de mi tía Mina para darle el pésame; pero en lugar de eso había visto al agente salir de ahí y a mi tía en su batita sexy, luego, la agresión a Joaquín y de cómo el agente se lo había llevado. Joaquín me tiene preocupada, he querido llamarlo a su celular, pero me enviaba al buzón de voz. Tengo miedo que lo vuelvan a encerrar. Mi mamá me hizo un té caliente y me tranquilizó diciendo que íbamos a esperar hasta las doce. Si Joaquín no contestaba, iríamos a poner la denuncia y a Derechos Humanos a poner una queja también. Empecé a llorar, parece que la noche va alargarse mucho. No puedo dormir y ya es bien tarde.

”Para consolarme, mamá se puso a contarme lo que sabe de Teresa. Me dijo que Teresa le había contado todo. ‘¿Y qué es todo?’ , casi le exigí, pero ella con su voz de piedra dulcificada me dijo: ‘vamos por partes...’. O sea, no manches, madre... ¡Fue ella quien llevó a Joaquín y a Teresa a San Luis! No se fueron de raite, por eso la cámara apareció olvidada en su carro. Fue un favor que, según dijo, le quiso hacer a mi prima. Y sí, la entiendo, porque mi mamá es muy dulce, quiso cuidar de Teresa. Lo malo es que cuando estaban haciendo fila en el puente, hubo un retén de la policía para revisar no se sabe qué cosa y los tres se asustaron. Fue idea de Teresa que los bajara en el Ultra Express, donde aprovechó para comprar una recarga para el celular...

otra... Ya el resto de la historia, pues es la que me contó Joaquín... ¡Guácala!, se me pasó la mano con la miel y el té quedó bien empalagoso.

”Pero no me cabe en la cabeza por qué mi mamá ayudaría a Teresa a fugarse. Como que no es de mamás hacer eso. Ella dijo que Teresa es como yo, una jovencita con bondad y gentileza que sólo quería ayudar a una amiga en desgracia, que los sentimientos son cosa aparte y que no nos toca juzgar. Me insistió mucho en que, pase lo que pase, Teresa es de nuestra familia y eso no lo va a cambiar nada ni nadie. Me gustó que me abrazara diciendo que yo en su lugar, también haría lo mismo porque tanto Teresa como yo crecimos juntas y somos buena semilla. Según mi amá, el problema es que mi prima no se podía comunicar con su mamá.

”Esa es otra, la carta que Teresa escribió para su mamá... ¡Fue mi mamá quien se la entregó de propia mano! No lo puedo creer...por eso el distanciamiento de mamá con mi tía Mina... y fue desde ese día, mucho antes de la misa; no es que mi tía la acabara de desinvitar hoy, es que nunca la invitó. Encima de todo, fue mi mamá quien habló con los maestros de la prepa de Teresa para que no la reprobaran por faltas y para que le aplicaran los exámenes extraordinarios cuando volviera... ¡Awww! Estoy orgullosa de mi amá.

”Hey... ¿qué es esto que traigo en la bolsa? ¡Es la carta que Teresa le dejó a Joaquín! Al menos este no se la llevó y no la va a encontrar el agente asqueroso ése”.

Joaquín, si le escribo a mi madre, es justo que te escriba a ti. Tú sí te mereces mis palabras. Mi mamá tal vez no, pero quise hacer las paces. A ella la llevo pegada a la espalda, como El Pipila cargaba la losa de piedra ¿te acuerdas de El Pipila? ¿Lo ves? Siempre he sido buena en recordar historias. Incluso la de México.

¿Qué fuimos tú y yo, Joaquín? Me regalaste mi primer beso, me ayudaste a liberarme de mis miedos, de mi actitud aislada. Eres mi

mejor amigo, chingado. Me enseñaste a amar. ¿Qué pasó después? ¿Por qué huiste? Te aterró la idea de alimentarme de amor, ¿verdad? Sí, yo estaba hambrienta de amor y me portaba insoportable. Como un pordiosero que causa siempre repulsión, así era yo, mendigaba amor desesperadamente.

No pude con mi miedo. En fin, ya no importa. Ahora sé que debo amarme a mí misma primero para poder ser capaz de dar y recibir. Somos amigos pero... ¿Qué seremos tú y yo Joaquín? ¿Me seguirás queriendo a pesar de lo que te he hecho?

Joaquín, discúlpame, te mentí. No tomé el autobús a Guadalajara. No voy a buscar a mi padre. Me voy con ella, Joaquín. Perdón por no decirte antes. ¿No sabías que fuéramos tan cercanas, verdad? Desde que la conocí nos hicimos amigas, como contigo. La visitaba en mi hora de comida, y después me fui a trabajar con ella desde la mañana, cuando tú estabas en la estación de radio. No es que fuera a propósito, que no quisiera que te enteraras, pero a esa hora ella tiene menos visitantes al contrario de las tardes en que hay mucha gente y además presenta su espectáculo con luces y efectos. Discúlpame, discúlpame por favor, no quise lastimarte. No deseo que sufras. Es sólo que en este tiempo presente necesito estar a su lado.

¿Sabes? Ya no tengo las telarañas mentales que tenía cuando tú y yo hablábamos y escribíamos. Ahora quiero ver hacia adelante y estar segura de mí misma, de mis logros y de mis acciones. Un día quiero voltear hacia atrás y sentirme orgullosa de haberme convertido en lo que yo quise ser y no en lo que mi mamá quería. Todavía no se qué quiero ser, pero trabajar con ella en la feria me parece una buena opción. En realida, me quedo en San Luis unos días, me incorporo al equipo de trabajo de La Mujer Tarántula. Quiero tener conocimientos como ella, viajar como ella y ser como ella, pues...

“Aquí la carta narra cómo la conoció y cuanto la admira... mejor eso me lo paso”.

...En fin, ella es la estrella de la feria, pero a la vez es una mujer tan sencilla que se alegra con la salida del sol, con el verde de los árboles... qué puedo decirte, Joaquín... la admiro demasiado y sé que en este momento ella es la persona con quien quiero estar.

Tè quiero mucho, espero me comprendas. Y espero que de verdad te abras al amor sin miedo cuando te decidas a amar. Por cierto, mi prima Susana está esperando el momento en que eso suceda...

“Pobre Joaquín, se puso triste pero al menos ya sabe que con la Teresa no hay futuro para él. Espero que con eso voltee a verme a mí. Aunque le haya roto el corazón a mi chico, le agradezco a Teresa el empujoncito que me dio al recomendarme con él, aunque no sé de qué me sirve ahora si él está en peligro. Joaquín, Joaquín, ¿cómo estarás?”

La mamá de Susana intentó en vano llamar a la señora de Jiménez, que no le contestó ni el celular ni el teléfono de casa. Entonces, optó por enviarle un mensaje de texto que se leería con mayúsculas:

“DILE QUE LIBERE AL MUCHACHO.
ACUDÍ A JOSÉ, MEDIO HERMANO
DE TU EX-MARIDO:
DEMANDA POR RAPTO (TÚ Y ÉL).
SABES QUE UN POLICÍA NO PUEDE
MÁS QUE UN ABOGADO DEL MP”

La obediencia

—Ora sí, chingado, ya te cargó la chingada. ¿No quisistes cooperar antes? Te voy a chingar.

Así le hablaba Rangel a Joaquín, mientras conducía la patrulla, llevándolo en el asiento de atrás. Joaquín guardó silencio. Iba en el asiento trasero de una patrulla, esposado con las manos por detrás.

En realidad el teniente no sabía qué hacer con él. Lo había subido a la patrulla para hacerse el héroe delante de la señora de Jiménez, pero ahora que iba cargando el bulto viviente, en realidad le estorbaba. Quería ir a la feria, de noche, como le había sugerido El Jarocho. Anduvieron dando vueltas por la ciudad. El agente dejó de estar escupiendo frases amenazadoras y guardó silencio. Joaquín comenzaba a marearse, así que cerró los ojos y se recargó en el respaldo. De pronto, cayeron en un bache. Joaquín se incorporó para darse cuenta que iban hacia las afueras de la ciudad, por la carretera a San Luis. “A la madre”, se dijo, “espero que este wey no me quiera costear”. No se atrevió a hablarle, pero se tranquilizó cuando puso música. Nomás que no daba crédito a sus oídos: El agente panzón, asqueroso, con cinto piteado, estaba oyendo el *podcast* más reciente del programa de El Chileno e iba cantando Agua de beber.

La empatía le duró muy poco. Al final de un camellón, el teniente subió a dos más a la patrulla quienes estaban vestidos de

civil. Uno de ellos, al que el agente se dirigió como “Güero de Rancho”, le habló a Joaquín:

—¡Ay, papá! Vas a dormir calentito... por las buenas o por las malas...

Joaquín a la expectativa, trató de mantener la calma. El otro sujeto comenzó a reír de forma aguda y estentóreamente.

—Ya, Pinche Bodoques —rio Rangel y Joaquín supo cómo se llamaban sus acompañantes; pero se sintió como en una película de cómicos con mala suerte, mientras veía por la ventanilla que ya habían dejado la ciudad y ahora pasaban por algún poblado, camino a San Luis.

—Quita tu música de jotos y pon algo de hombres, Rangel.

El Güero de Rancho no esperó respuesta y rápidamente encontró una estación de radio donde cantaban con voz aguda y tocaban acordeón. El bodoques comenzó a cantar.

La feria estaba hasta la calle 26, en un lote baldío que generalmente lo usaban de estacionamiento. Disminuyeron la velocidad después de la caseta de cobro y viraron hacia la derecha. La patrulla se acomodó en un cajón de estacionamiento, “cosa rara”, pensaría Joaquín. Cualquiera en patrulla prendería los códigos y se estacionaría frente a la entrada, para hacer alarde, para sentirse bien. Sin embargo, no se le ocurrió pensar que Rangel quisiera manejar un bajo perfil. Este le dijo al Güero de Rancho:

—Güerito, métete a la feria, paga tu entrada y todo normal, ¿eh? Buscas al Jarocho, va a andar cerca del número de la Mujer Tarántula, lo vas a reconocer bien fácil: es el único negro. Le dices que lo estoy esperando acá, que traiga lo que me quiera vender.

Mientras el güero caminaba entre los carros hacia la entrada de la feria, El bodoques se pasó al asiento del copiloto y encendió un cigarrillo. Joaquín pensó que sin querer había terminado en la feria de San Luis, así como lo había sugerido Susana.

Justamente ella, por su parte, se encontraba en casa de su madre con el Jesús en la boca, como dirían las señoras. Su madre

le acababa de hacer otro té y se lo estaba endulzando con miel de abeja, mientras le hablaba con voz suave:

—Mira, mi'ja, sé que ahorita te preocupas por Joaquín, pero yo quisiera hablar de Teresa. Tienes que saber que ella está bien, y que por eso Joaquín también va a estar bien.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Susana, enjugándose las lágrimas y embarrándose los restos de rimmel que corrían de sus pestañas.

—Porque vi a Teresa y se veía tan contenta —hablaba mirando la cucharilla plateada que tenía en la mano, con la que mezclaba eternamente ese te. Luego, buscó los ojos de su hija para decirle:

—Además la vi como más madura, como crecida, ¿sabes?

—¿Y qué tiene que ver eso con Joaquín?

—Yo sabía que Joaquín sólo iba a llegar hasta San Luis, allá alguien la iba a estar esperando, y también tu tía Mina lo sabía. Así que ahorita ya le mandé un mensaje de texto, porque no me contesta las llamadas.

—¿Qué decía?

—Que la vamos a denunciar por rapto a ella y al policía si no nos mandan a Joaquín para la media noche. Nos vamos a asesorar con tu tío José, del MP de Tijuana.

—¿El medio hermano tuyo y de mi tío?

—Ese. Ya le hablé y lo puse al tanto. Me pidió el nombre del policía para llamarle a su jefe acá en Mexicali.

Al mismo tiempo, Joaquín se revuelve en el asiento trasero de la patrulla, entonces les habla a los de enfrente:

—Ya se me entumieron las nalgas, oigan, ¿me puedo bajar un rato?

Entonces suena el celular de Rangel y en la pantalla aparecen letras mayúsculas en negro que, en el identificador de llamadas, se leen como “COMANDANTE” en mayúsculas.

—Cállate, cabrón —lo interrumpió Rangel con un tono de voz que no admitía réplica, mientras le explicaba—, si te quieres salvar de la putiza que te tenía reservada, haz como si no pasara nada, aquí todos somos amigos, ¿okey? Voy a contestar el teléfono y no quiero que se escuche nada. No hables, vuélvete invisible y mudo.

Entonces contestó el teléfono en el tono más neutro que le fue posible.

—Sí, dígame, comandante.

—Buenas noches, oficial. ¿Oye, llevas en la patrulla a un Joaquín Romero?

La boca del estómago se le frunció a Rangel, como si bajara de una montaña rusa y hubiera levantado las manos.

—Afirmativo, comandante.

—¿Qué hizo el detenido?

—Invasión de propiedad privada, se le encontró *infraganti*, y la víctima pidió el auxilio.

—Pues no, déjalo ir. Los familiares quieren presentar denuncia en Derechos Humanos y puede haber consecuencias. Te recomiendo que lo dejes ir.

—Entendido, comandante.

—Buenas noches, oficial.

Donde manda capitán no gobierna marinero. Rangel tuvo que inventar algo para justificar la liberación y no parecer un idiota al servicio de un sistema con jerarquías y juego de influencias.

—¡Buenas noches!, agregó en tono festivo El Jarocho que ya se aproximaba hasta la ventanilla de Rangel.

—Qué tal —agregó en tono seco, de modo que El Jarocho se desanimó y cambió el tono de su voz.

—Aquí le traigo algo —dijo abriendo sus manos para dejar ver una grabadora portátil y dos cassettes.

—¿Me puede explicar qué es eso? —dijo Rangel en tono inquisidor, como si le estuviera tomando declaración.

—Pos, son pedazos de conversaciones secretas entre la señora tarántula y la señorita esa que anda buscando —dijo tímidamente—, deme cinco mil pesos por ellas.

En ese momento le vibró el celular en el bolsillo de su pantalón y de la pantalla luminosa emergió un mensaje de texto que leyó mientras el Güero de Rancho subía a la patrulla:

DEJA TODO, MI AMOR
DEJA AL MUCHACHO.
AQUÍ TE ESPERO
PARA CENAR Y
CENARTE A BESOS...

Qué ganas de mandar todo a la mierda y salir corriendo para Mexicali. Pero Rangel tenía una imagen que cuidar y un respeto que mantener. Así que guardó el celular en el bolsillo bajo su pesado vientre abultado, y se sintió aliviado de ahorrarse cinco mil pesos.

—No, Jarocho, no me conviene —y arrancó en la patrulla.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó El Bodoques, mientras iban por la calle principal hacia el puente de la salida.

—Vamos a enseñarle a este dónde hay mujeres de verdad —alardeó.

—¡Sí! —intervino el Güero de Rancho—. ¡Vamos a ver a la hermosa francesa! —refiriéndose a un espectáculo exclusivo para caballeros.

—Tas jodido, está bien caro —lo recriminó El Bodoques. O ¿qué? ¿Tú vas a pagar el *cover* del chamaco? Son ciento cincuenta.

—Yo pago mi propio *cover* —intervino Joaquín, entre expresiones de celebración por parte de sus acompañantes, cons-

ciente que de algún modo tenía que generar empatía con esos caballeros.

—Nel, yo no salgo con mocosos —dijo Rangel mirando hacia el camino—, en Mexicali te bajas y se acabó el corrido. Nosotros nos vamos a ir a La Choza —dijo mirando hacia el camino—.

“Me queda cerca pa’ despacharlos a todos”, pensó. Así calculaba Rangel que cerca de la media noche podría estar llegando con Minie.

Ya en Mexicali, en las inmediaciones del mencionado bar, Rangel se paró en una esquina y desbloqueó la puerta trasera donde iba Joaquín.

—Bájate. Aquí cerca está la casa de tu novia, así que bájate que seguro te está esperando. Y pobre de ti que menciones este paseo a alguien.

Joaquín descendió del carro sin pensarlo dos veces y caminó a la casa de Susana. Al llegar vio que estaban las luces prendidas y sacó una moneda de diez pesos para con ella tocar a la puerta del cancel metálico. Ambas mujeres lo saludaron con abrazos, risas y expresiones diminutivas: mi’jito, mi niño, Joaquincito, cosita, hermosito, chiquito, etcétera. Tras el efluvio emotivo Joaquín habla:

—Señora Julia, solicito su permiso para visitar a Susana. Queremos conocernos mejor.

—¿Pero no son novios todavía? —pregunta la madre.

—¡Mamáaaa! —la interrumpe Susana.

—Prometo respetarla y tratarla como un caballero, señora; pero aún no somos novios. Quisiera estar seguro, pues no quiero equivocarme y lastimar a su hija. ¿Me permite, entonces, venir o invitarla a salir?

—Claro, mi’jo. Aquí tienes tu casa.

|CAPÍTULO 15|

Ciclos circulares

El tiempo pasó. Llegó el verano y luego el invierno. En esta ciudad de Mexicali, el otoño sólo se anuncia por una semana y la primavera se queda un poco más. Hacia finales de septiembre, cuando por las tardes la temperatura comienza a bajar unos grados, es el momento para que los circos, ferias y demás atracciones al aire libre comiencen a instalarse en los huecos baldíos de la ciudad, casi siempre en la zona del Centro Cívico. Después continuarán en su peregrinar por la región hasta finales de la primavera, antes que llegue de nuevo el “calorón termonuclear”, como lo llama la gente. Aquí siempre ha sido un pueblo cirquero. Todavía los abuelos se acuerdan de la Osa Carolina que bailaba al son del pandero que un viejo tocaba, allá por la calle “F”, a mediados de los años cincuenta.

Ha pasado más de un año. Cada ráfaga de aire trae los sabores del elote asado, las papas fritas, los churros con azúcar. Un vendedor de cobijas empieza su pregón, invitando a los asistentes:

“Mire, hágase pa’ acá, aquí tengo una oferta de cobertores... ¡*¡ire* nada más! Le voy a dar este matrimonial en color rojo pa’ que no le hagan brujería mientras duerme... ¡Lléveselos, oiga!”. ¿Yo pa’ qué los quiero?

En el primer día de la feria, Joaquín y Susana tomados de la mano, hacen fila frente a la taquilla. La madre de Susana se acerca y su casi yerno la recibe:

—Señora Julia, acérquese que la estábamos esperando.

—Gracias por guardarme lugar en la fila, mis amores —trae en sus manos una bolsa de papel que despidе un olor muy rico, como a *chicken nuggets* calientitos.

—¿Nos trajiste comida, má? ¡Qué linda! —Susana está a punto de quitar la grapa que cierra la bolsa cuando su madre le habla:

—¡Deja, deja!, son para Teresa, se las manda tu tía Mina. Son bolitas de carne molida, ella las hizo. Se las voy a llevar al camerino antes de la función.

—Mejor después, señora —interviene Joaquín—, como es la primera función, va a andar apurada poniéndose el traje y el maquillaje. Se me figura que después ya se le habrá pasado un poco el pánico y podrá comer —se gira hacia la taquilla para comprar sus boletos.

Mientras compra los boletos, madre e hija conversan:

—Tu tía está muy cambiada. ¿Ya ves?, le mandó bolitas de carne como las que le hacía cuando eran niñas. Me dijo que no puede venir porque no tolera las arañas, pero más bien creo que no sabe cómo acercársele a Teresa. Yo le dije que estas bolitas son un buen comienzo...

—¿Todavía anda con el policía? —Susana interrumpe mientras toma la bolsa de papel entre sus manos—. ¡Mmmh! Esta bolsa huele muy bien...

Los espectadores entran pagando un boleto de 50 pesos para ver a través de una malla ciclónica. Dos lámparas de color magenta y amarillo prenden alternadamente y coinciden con las bocinas que gritan la exhibición más atractiva: “Desde Chile y Argentina, Producciones León y Pérez-Grovas trae para todos ustedes a las gemelas tarántula. No una, señoras y señores, sino dos, ¡dos gemelas tarántula!”.

Las dos mujeres avanzan despacio alzando las patas de enfrente mientras se apoyan con las piernas laterales. Se colocan bajo el foco magenta y se mantienen quietas frente a la gente que

las observa sin parpadear. Mientras, Teresa se queda en el centro del escenario y una luz blanca la ilumina de frente causándole escozor en los ojos, La Juana avanza en zigzag tan velozmente que es difícil descifrar el movimiento de sus largas piernas. Trepa al cerco de maya ciclónica y da la vuelta hasta regresar al fondo de la escena. La grabación continúa: “Hace varios meses, unos campesinos las encontraron en la selva...”.

La voz masculina del narrador se dirige a ellas:

—Díganos, señoritas, ¿por qué se encuentran en ese terrible estado?

Teresa, que recibía la luz blanca frontal, grita:

—Es una maldición de mis padres por no obedecerles.

Se hace el silencio. Ambas mujeres avanzan hasta la orilla del escenario junto a la malla ciclónica. Ahí, las espera una luz cenital amarilla que contrasta con el magenta del fondo. Ambas miran los ojos de los niños que se aferran nerviosamente a la mano de su padre o madre. El tiempo de ese silencio está medido: cinco segundos. La Juana acerca una de las patas al cerco. La gente retrocede, los niños se colocan detrás de las piernas de sus padres sin dejar de ver aquellos ojos verdes, duros y penetrantes. No falta quién esté grabando con el celular, o transmitiendo en vivo.

Se apagan las luces. La voz anuncia que el espectáculo se repetirá en dos horas. Entonces, los olores dulzones de la feria se vuelven a sentir y la voz del cobijero se deja oír de nuevo:

“Acérquense, señoras, tengo cara de perro pero no muerdo...”. El churrero, que había empezado a freír tiras de masa antes del espectáculo, se distrajo viendo a las tarántulas y los churros le han quedado crudos. La gente se acerca a un vendedor de algodones de azúcar que ya se puso a fabricar uno gigante de tres colores. Lo vendió a cuarenta pesos a una familia. El público se dispersa y las mujeres tarántula vuelven hacia el camerino.

Después del espectáculo y antes de la siguiente función, los amigos se reunieron en el camerino más grande de la feria, donde tomaron un poco de té sentados en los cheslones. La tarántula

usaba lentes oscuros, pues la luz natural entraba de lleno por las dos ventanas de la casa móvil que constituye su camerino. Cuando despidieron a las visitas, Teresa bajó las cortinas de las ventanas diciendo:

—Anda, guapa, quítate esos lentes que quiero ver tus ojos, aún tenemos 20 minutos.

—¿Andas de galana conmigo?

—No, y ¿tú? —Teresa le sonrió al retirarle las gafas.

—Tampoco —la Juana le sonrió y ambas se quedan sonriendo “como idiotas”, diría Susana, si acaso ella narrara esta escena.

Dieron cuatro funciones esa tarde. En el entretiempo, Teresa se quitaba la botarga, que constituía el antiguo exoesqueleto disecado y reforzado con una estructura interior hecha con delgadas hojas de madera, parecido a un corsé y hecho a la medida de Teresa. A su vez, también portaba una peluca rubia y lentes de contacto color verde. Eran muy parecidas, lo que le daba el nombre al espectáculo: Las Gemelas Tarántula. Al final de todas las funciones, sin pelucas, botarga o corsé, y sentadas cada una en un cheslón (aunque la tarántula se montaba en él, dejando sus patas a los lados), bebían una tisana relajante.

—Felicidades, Teresa. Diste muy buen espectáculo. A pesar de que estabas nerviosa por la visita. Moviste la botarga con gracia y seguiste el marcaje —lo dijo en tono serio, pero cálido.

—Estoy contenta por lo que estamos haciendo juntas, porque vinieron a verme de mi casa, y por las bolitas de carne de mamá —Teresa miraba su taza de té.

—Me encanta verte feliz, te ves más hermosa —dijo esto mirando a Teresa y cuando ella levantó la vista, sus ojos se encontraron con el verde hipnótico.

—¿Andas de galana?

—No, y ¿tú?

—Tampoco.

La tarántula aprovechó para tocar el tema que llevaba días dándole vuelta en el pensamiento:

—De ninguna manera —la Mujer Tarántula, que había hablado con voz cálida y seria, se levantó del cheslón, se acercó a Teresa y casi en un susurro, sin mayor intención que la de ser franca, habló mientras inclinaba la cabeza para mirarla fijamente:

—No quiero abusar de mi edad, ni quiero venderte un cuento de hadas. Quiero probar la vida lado a lado contigo, algo que no sé qué es, pero con responsabilidad te digo que lo quiero descubrir en tu compañía —Teresa permanecía sentada en silencio, mirándola. ¿No podría quedarse un poco más en ese estado de indeterminación? Aceptar, lo sentía como un paso demasiado grande ¿qué diría en su casa?, ¿a su tía?, ¿a su prima? La tarántula, siempre tres metros adelante, percibió sus dudas y opinó:

—Si temes lo que piensen, no te preocupes, ¿por qué crees que vinieron en el primer día de tu *show* en la ciudad? ¡Están contigo! Me alegra mucho que te amen, te acepten y te apoyen.

Teresa guardó silencio. El hecho que su misma madre le hubiera mandado bolitas de carne, era esperanzador. Se conmovió, pues acababa de despertar a una realidad antes ignorada: Tenía una familia que la amaba y una madre que tal vez la perdonaba. Le comenzaron a salir lágrimas de gratitud. Le extendió los brazos a la tarántula, quien flexionó sus patas traseras para adecuarse a la altura de Teresa. Con dos pares de patas la abrazó y le acarició la espalda. Teresa terminó de estrechar sus brazos alrededor del cuello de la Mujer Tarántula y así se quedaron un rato y ella agregó:

—Has pasado por mucho y es momento de dejarlo ir. Ahora sabes que tienes una familia. Ellos son los lazos de aceptación que yo no tuve. Estoy segura que por ellos no te convertirás en tarántula.

—¿Cómo saberlo?

—Porque ya te habrías convertido en monstruo social desde que te fuiste de casa y tu madre te señaló, pero creo que te salvó el amor de tu prima y tu tía, y el perdón de Joaquín. Mírate ahora, te has vuelto una joven mujer responsable de sí misma,

que por el momento hace lo que desea hacer. Yo creo que, en el fondo, enorgulleces a todas las mujeres que te quieren, incluso a tu mamá. Si no, ¿por qué te ha enviado esas bolitas de carne?

—Sí, pero siento culpa porque no he hablado con ellas claramente y ...

—Hablarás cuando estés lista, pero te adelanto que no vas a decir nada nuevo, nada que ellas no perciban, comprendan o acepten. Tal vez podrías comenzar aceptándolo tú.

—¿Acepta qué?

—Que estamos juntas, que te gusta estar conmigo.

—¡Y me encanta estar contigo! Eres el ser más valiente que conozco, el más optimista, creativo, sincero... que se defiende y protege a sí misma. ¡Pero quiero estar contigo, porque eres tú! Si hubiera mujeres tarántula en otras ferias, no querría irme con ellas porque amo tu risa, tus ojos y lo que eres. Podrías ser mujer grillo o pájaro, ¿comprendes?, no importa lo que parezcas o la envoltura que tengas. Es más, podrías ser hombre tarántula y sería lo mismo para mí, de todos modos la gente me señalaría por estar contigo. Pero de verdad te digo que no me importa, lo que he encontrado en ti es un tesoro. Lo que sí, es que me gustaría decírselo a mi familia y hablar abiertamente con ellos...

—Y yo... —no pudo terminar su frase porque se le quebró la voz. Nadie antes la había rescatado del exilio sentimental y ahora una jovencita le zangoloteaba el corazón. La imagen del insecto minúsculo y frágil que vio en sí misma poco antes de su muda, le vino de repente. Ahora Teresa le frotaba la espalda, diciéndole lo que le había dicho ella:

—Has pasado por mucho, déjalo ir.

Cuando el silencio volvió. La tarántula, haciendo uso de su voz cálida, dijo:

—¿Qué tal si probamos esas bolitas de carne? —y señalaba la bolsa de papel que había dejado la visita.

Afuera, la feria sigue. Al fondo de la calzada, el cobijero mantiene su propio espectáculo de ventas:

“Échame la cobija rosa... así se llamaba mi difunta esposa. ¿Quién la quiso?, ¿quién la quiere? ¡*Ire* nada más qué bonita!, ¡ay, ay, ay! Yo se la voy a dar con este cojín de regalo por mil doscientos pesos. En más, pa' que se anime: deme en mil pesos, todo. Si no, lo guardo, oiga usted...”.

Índice

CAPÍTULO 1 La feria	13
CAPÍTULO 2 La denuncia	19
CAPÍTULO 3 Casualidad con causalidad	29
CAPÍTULO 4 Arrebatos	35
CAPÍTULO 5 Postura abierta, actitud cerrada	47
CAPÍTULO 6 La revelación	53
CAPÍTULO 7 Merienda de grillos Merienda de hombres Noche de tarántulas	61
CAPÍTULO 8 Diario de sueños I	75

Diario de Sueños II
Carta sin sueños
Diario de Sueños XV
Diario de Sueños V
Diario de sueños XXVIII
Diario de Sueños XXXIII

Capítulo 9	91
La misión	
Lealtad	
CAPÍTULO 10	101
Interrogatorio	
CAPÍTULO 11	111
Cerca del mar	
CAPÍTULO 12	117
El sepelio	
CAPÍTULO 13	125
Historias para contar mientras se espera	
La visita	
CAPÍTULO 14	137
El <i>after</i> (del sepelio)	
La obediencia	
CAPÍTULO 15	151
Ciclos circulares	

Teresa Jiménez desaparece. Las investigaciones comienzan y se siguen todos los cabos sueltos posibles, incluso, la pista de un monstruo de feria. También hay una carta que Teresa escribió para su madre, quien tiene motivos para no compartirla con la policía. Joaquín, su mejor amigo, y Susana, su prima, quien conoce todos sus secretos, van atando cabos hasta llegar al instante de la desaparición, momento en que Teresa conoce a alguien que sufre el desprecio social al experimentar una metamorfosis.



**BAJA
CALIFORNIA**
GOBIERNO DEL ESTADO

CULTURA

Secretaría de Cultura
Instituto de Cultura de Baja California